



A

27

344

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: A

N.º: 27

Num.º: 344

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20

i20280245

BIBLIOTECA REAL  
 GRANADA

Sala: A

№: 27

№ de 344

CONFERENCIA DE LOS  
 SUYOS EN ESTOS  
 PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA  
 JUNTO A LA DOCTORA CON EL FIN DE  
 ESCRITAS EN FRANCÉS  
 POR LA SEÑORA MARQUESA DE SAGUNTO  
 (1811) Catedra de Gramática  
 DE DON FERNANDO DE GIBERTAN  
 Académico Correspondiente de la Real Academia  
 de la Historia

TOMO TERCERO.

i 20280245

MADRID: EN LA OFICINA  
 DE LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ  
 EN LA CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS, N.º 11.  
 1811

LAS VELADAS DE LA QUINTA,

Ó NOVELAS É HISTORIAS

SUMAMENTE ÚTILES

PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA,

Á QUIENES LAS DEDICA LA AUTORA,

PUEDAN INSTRUIR Á SUS HIJOS,

JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO.

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR LA SEÑORA MARQUESA DE SILLERT  
(aliàs) *Condesa de Genlis.*

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR DON FERNANDO DE GILLEMÁN,  
*Académico Correspondiente de la Real Academia  
de la Historia.*

TOMO TERCERO.

MADRID: MDCCLXXXVIII.

EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.

*Se hallará en casa de Arribas, carrera de S. Gerónimo;  
en el puesto de Cerro, calle de Alcalá; y en casa de Lopez,  
plazuela de Santo Domingo.*

# CONCLUSION

## DE LA LISTA DE SUSCRIPTORES

Á LAS VELADAS DE LA QUINTA.

**E**l R. P. Fr. Matias *Arce* y Calderon.

Señor D. Juan Bautista *Aguirre*.

Señor D. Joaquin Roberto *Armesto*.

Señor D. Jacinto *Arana*.

Señor D. Josef Maria *Abascal*.

Señor D. Antonio *Artacho* y Londoño.

Señor D. Xavier Ignacio *Amenabar*.

Señor D. Mariano *Azcúe*.

Señor D. Joaquin *Albertos Barrio*.

Señor D. Cipriano *Almagro*.

Señor D. Juan Antonio *Arrazain*.

Señora Marquesa Viuda de *Aranda*.

Señor D. Braulio *Anchuelo* y Coronado.

Señor D. Justo *Albertos*.

Señor D. Juan Garcia *Borrega*.

Señor D. Miguel *Barberan*.

Señor D. Manuel *Barrio* y Armona.

Señor D. Pedro *Capilla*.

Señor D. Gonzalo *Cesar* de Espinosa.

Señor D. Justo Josef *Cossio*.

Come raccende il gusto il mutare esca  
Cosí mi par che la mia Istoria quanto,  
Or què, o la piu variata sia  
Meno á chil' udirà neiosa fia.

*Orlando furioso, Canto XIII.*

*Traducción literal.*

Al modo que la variedad en los manjares aviva el apetito, así yo he creído que quanto mas varios sean mis asuntos, tanto menos enfadosos serán á mis lectores.

Señor D. Juan *Chaubet*.  
Señores Cover y Compañía (por 2.)  
Señor D. Alberto Josef Costa Maya.  
Señor D. Francisco *Cascales*.  
Señor D. Baltasar *Castellini*.  
Señora Doña Josefa *Colon* y Clavijo.  
Señor D. Josef Francisco *Casal* (por 8.)  
Señor D. Benito *Carrasco* (por 6.)  
Señor D. Sigismundo *Casanova*.  
Señor D. Manuel *Cerro* (por 2.)  
Señora Doña Antonia *Celes*.  
Señor D. Juan *Cericilla*.  
Señor D. Santiago *Diez*.  
Señor D. Miguel *Dominguez* de Zamora.  
Señor D. Tomas *España*.  
Señor Conde de *Fuente el Salce*.  
Señor D. Pedro *Garcia* Fuertes (por 6.)  
Señor D. Miguel *Febrer*.  
Señor D. Pasqual *Febrer* de la Torre.  
Señora Doña Francisca Agustina *Fernandez* de  
Miñana.  
Señor D. Francisco Josef *Fernandez*.  
Señor D. Andres *Fernandez*.  
Señor D. Manuel *Florentin*.  
Señora Doña Maria *Fresno*.

Se-

Señor D. Antonio *Ferrer* (por 6.)  
Señor D. Juan *Gamboa*.  
Señora Doña Josefa *Gago*.  
Señor D. Emigdio Josef *Gironda*.  
Señor D. Fulgencio *Gallardo* de Flores (por 4.)  
Señor D. Bartolomé *Garcia Gaston*.  
Señor D. Pedro *Gorostiza*.  
Señora Doña Ramona *Gonzalez* y Zaldibar.  
Señor D. Santos *Gallegos*.  
Señor D. Patricio *Gallardo*.  
Señor D. Pedro Miguel de *Goycochea*.  
Señora Doña Maria Andrea *Garcia* y Bermio.  
Señor D. Pedro *Garcia Gaston*.  
Señor D. Pedro Regalado *Garro*.  
Señor D. Gerónimo *German*.  
Señor D. Patricio *Heras* (por 2.)  
Señor D. Juan Bautista *Iribarren*.  
Señor D. Antonio *Iglesias* (por 6.)  
Señor D. Genaro *Jaen* (por 3.)  
Señor D. Martin Antonio *Jaen*.  
Señor D. Carlos *Keli*.  
Señora Doña Maria Getrudis *Landañuri*.  
Señor D. Justo *Largon*.  
Señor D. Diego *la Peña*.  
Señor D. Josef *Lopez*.

Se-

Señor D. Josef *Lopez* Beltran.  
Señor D. Josef *Laurencio*.  
Señor D. Bartolomé *Lázaro*.  
Señor D. Luis *Lopez* Mendez.  
Señor D. Fernando *Lozano*.  
Señor D. Simon *Lago*.  
Señora Doña Maria Antonia de *Luzi* y Ben-  
dicho.  
Señor D. Regulo Diego *Moreno*.  
Señor D. Isidro *Mendoza*.  
Señor D. Josef *Moreno* Boza.  
Señor D. Antonio Medinilla *Martinez*.  
Señor D. Vicente Antonio *Morales*.  
Señor D. Juan Manuel *Mascareñas*.  
Señor D. Enrique la *Mata* ( por 2. )  
Señor D. Antonio *Manzano*.  
Señor Marques del *Moral*.  
Señor D. Tomas *Martin*.  
El R. P. Fr. Sebastian *Miranda*.  
El Excelentísimo Señor Conde de *Miranda*.  
El R. P. Fr. Lorenzo *Marin*.  
Señor D. Santiago *Malagamba*.  
Señor D. Manuel *Muñuz* y *Mariñ*.  
Señor D. Angel *Nate*.  
Señor D. Juan Bautista *Oreil*.

Señor D. Julian *Ortega* Zerazo.  
Señor D. Manuel *Ortiz*.  
Señora Doña Maria Bernarda *Ortiz* de Gui-  
nea y Terán.  
Señor D. Francisco *Osulliban*.  
Señor D. Joaquin Anastasio de *Piñeyro*.  
Señor D. Josef *Pulchi*.  
Señor D. Jaime *Palomino*.  
Señor D. Manuel *Pardo* ( por 1 2. )  
Señor D. Mariano *Pizzi*.  
Señor D. Juan *Perchet*.  
Señora Doña Angela Clara *Pineda*.  
Señor D. Baltasar *Pozo*.  
Señor D. Ramon *Posada* y Soto.  
Señor Marques de *Peñastorida*.  
Señor D. Josef Antonio *Prada*.  
Señor D. Victorio *Pajares* ( por 6. )  
Señor D. Anselmo *Rodriguez* de Ribas.  
Señor D. Manuel de la *Rosa* ( por 2. )  
Señor D. Victor *Redondo*.  
Señor D. Manuel *Rodriguez*.  
Señor D. Francisco *Rodriguez* de Sandino.  
Señora Doña Leonarda la *Riva*.  
Señora Doña Isabel Maria *Ruiz*.  
Señora Doña Maria *Rey*.

Señor D. Antonio *Ruiz* de Guzman.  
 Señor D. Juan *Rincon* ( por 3. )  
 Señor D. Julian Francisco *Suarez* y Freire.  
 Señora Doña Luisa Maria *Sarria*, Condesa de  
     Echaz.  
 Señora Doña Juana Josefa *Serna*.  
 Señor D. Bernardo *Sanchez*.  
 Señor D. Antonio *Sancha* ( por 5. )  
 Señor D. Federico *Stembor* ( por 2. )  
 Señor D. Marcos *Sanz* de Villacorta ( por 2. )  
 Señor D. Frutos *San Baquero* ( por 2. )  
 Señor D. Patricio *Saz* ( por 2. )  
 Señor D. Miguel Antonio *Texada*.  
 Señora Marquesa de *Uxtariz*.  
 Señor D. Francisco Xavier de la *Vega*.  
 Señor D. Vicente *Vazquez*.  
 Señora Doña Maria Teresa *Villar* y Es-  
     cobar.  
 El R. P. Fr. Tomas de la *Virgen*.  
 Señor D. Josef Dionisio *Ugarte*.  
 Señor D. Antonio *Xaraba*.  
 Señor D. Salvador *Zalduendo*.  
 Señor D. Bartolomé Ramon *Zea*.  
 Señor D. Santos *Zamarrilla*.

ÍNDICE DE LAS NOVELAS  
 del tomo tercero.

**O**limpia y Teófilo. Pag. 1,  
 Los Solitarios de Normandia, historia  
     verdadera 154.  
 El Palacio de la Verdad, cuento moral 211.



**P**ag. 5. lin. 14. dice: de Limosin, lease *del Limosin*.  
 Pag. 7. lin. 10. la misma errata, lease como arriba. Pag.  
 42. lin. 20. aniquiló el breve valor, lease *aniquiló en bre-  
 ve su valor*. Pag. 53. lin. 10. hizo movimiento, lease *hi-  
 zo un movimiento*. Pag. 126. lin. 3. dimision, lease *demi-  
 sion*. Pag. 128. lin. 16. el año que se le ha cortado, lease  
*el año en que ha sido cortado*. Pag. 151. lin. 18. antes del  
 punto: *Hai tambien &c.* falta una raya, porque entonces  
 habla la Marquesa. Pag. 161. lin. 17. tambien falta una  
 raya despues del interrogante y antes del: *Si, Señor*.  
 Pag. 269. lin. 10. He ido en un instante, lease *He ido un  
 instante*. Pag. 270. debe haber en la lin. 5. despues de  
 Rosamira una raya. Pag. 300. en la lin. 16. despues de  
 virtud faltan puntos y raya.

## CONCLUSION

DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

## OLIMPIA Y TEÓFILO.

**A**un se vé hoy dia cerca de las riveras del  
 Véзера, á lo último del Limosin, una an-  
 tigua casa de campo tan solamente notable  
 por su antigüedad y por la belleza de su si-  
 tuacion, rodeada de prados cubiertos de ga-  
 nados; está edificada sobre la loma de una  
 colina, desde la qual se descubre el rio y  
 la bonita Ciudad de Uzerche en perspecti-  
 va, formando á esta distancia una vista tan  
 singular como grata. (a) En esta soledad fue

TOM. III.

A

don-

(a) La pequeña Ciudad de Uzerche está edificada  
 sobre un peñasco escarpado, al pie del qual pasa el  
 Véзера; se nota en esta Ciudad que ningun vecino  
 dexa de tener vistas al rio en su casa ó jardin, y que  
 cada casa mirada de lexos parece ser una fortaleza an-  
 tigua con sus almenas y torreones cubiertos de pizar-  
 ras. Dista esta Ciudad ciento y nueve leguas de Paris:  
 Limoges sobre el Vien, á noventa y siete leguas de  
 Paris, es la Capital del Limosin.

donde el Baron de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba solamente en la educacion de un Hijo único y querido. Había pasado el Baron su juventud en el mundo: naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho mas que su inclinacion, le había apartado de él, porque habiendo disipado la mayor parte de sus bienes y perdido las brillantes esperanzas que tanto tiempo le habían alucinado, se había resuelto en fin á retirarse á su casa. No obstante echaba menos, como á pesar suyo, el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarle: reputaba su despecho por filosofía; se creía desengañado, pero solo estaba abatido y desanimado. Mas con todo tenía sensibilidad, amaba á su Hijo, y Teófilo (que este era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometía de servir de todo á su Padre, y de hacer su vida feliz. El Baron tenía por amiga íntima á una de sus vecinas llamada Eufrasia. Teófilo, que veía casi todos los días á la jóven Olimpia, Sobrina de Eufrasia, la tomó una inclinacion que su Padre vió nacer con gusto. Era Olimpia huérfana y sin

bic-

bienes, pero Eufrasia no tenía heredero forzoso, y el Baron no ignoraba que estaba determinada á dexar toda su hacienda á su Sobrina. Olimpia tenía dos años menos que Teófilo: luego que hubo cumplido diez y seis, el Baron declaró á Eufrasia sus ideas, y aquel mismo dia Olimpia y Teófilo supieron que su casamiento estaba concertado. De allí á quince dias se firmó el contrato. Eufrasia se obligó gustosa á dexar todos sus bienes á una Sobrina que había criado, y que amaba en extremo.

Lleno de gozo esperaba Teófilo con la mayor impaciencia el dia señalado para su casamiento. Era amado, y lo sabía, porque en presencia de su Padre y de Eufrasia había obtenido de Olimpia esta declaracion tan precisa para su ventura.

Llegó finalmente la víspera del dia feliz en que Teófilo y la amable Olimpia debían unirse para siempre; aquel mismo dia cayó mala Eufrasia, y al quinto de su enfermedad recibió el Baron una carta de París en que le decían que un pariente mui

remoto, aunque de su mismo nombre, acababa de morir, despues de haber hecho un testamento por el qual le nombraba su heredero universal. Este suceso que hacía al Baron dueño de una fortuna quantiosa le obligaba á marchar sin dilacion á París. Era imposible hacer el casamiento de Olimpia y de Teófilo antes de su marcha, porque Eufrasia estaba delirando desde dos dias antes, y así no podía firmar los artículos. Preciado Teófilo á acompañar á su Padre manifestó un dolor tan grande y verdadero que el Baron para consolarle suplicó á la triste Olimpia que le escribiese. Un Padre, añadió, se lo suplica á Vmd. y se lo pide por su Esposo. Olimpia llorando prometió darles noticias de su Tia, y por su parte el Baron se obligó á no detenerse en París mas que seis semanas, y marchó aquel mismo dia con Teófilo.

Llegado á París tomó el Baron posesion de una magnífica casa y de una rica herencia. Presto se llenó aquella de una turba de amigos íntimos que en doce años no se habían

bían acordado de él. Los primeros dias se decía el Baron: *mis riquezas y una buena mesa son los motivos que hacen venir esta tropa de viles desertores*; pero en breve tiempo el amor propio supo persuadirle que solo á su mérito debía las pruebas de cariño y atencion que le tributaban. Teófilo metido de improviso en un mundo tan nuevo para él, no disfrutaba de ninguno de los placeres que á porfia se le ofrecían. Pensando solo en Olimpia esperaba con viva impaciencia el efecto de sus promesas: le había prometido escribirle, y no obstante no llegaba aquella carta tan deseada. Recibió finalmente el Baron noticias de Limosin: le decían que Eufrasia había muerto sin volver en su acuerdo y sin haber hecho testamento, por lo qual la infeliz Olimpia se hallaba reducida á una corta pension apenas suficiente para su subsistencia, y que se había retirado á Tulle (a) en un Convento. Lue-

(a) Ciudad considerable del baxo Limosin, situada en parte sobre una montañia en el confluente de los rios Salant y Corezo, en un país lleno de montañas y precipicios: dista ciento y catorce leguas de París.

go que Teófilo supo esta noticia suplicó encarecidamente á su Padre concluyese lo mas breve que le fuese posible sus negocios para volver al Limosin , añadiendo que las desgracias de Olimpia hacían que la amase mucho mas. El Baron manifestó aprobar su pensamiento , y le prometió apresurar la partida. Al punto escribió Teófilo á Olimpia una carta llena de amor y de respeto , y la acababa prometiéndola que antes de un mes estaria otra vez á sus pies. No había estrañado Teófilo que Olimpia en los primeros instantes de su dolor no le hubiese escrito ; pero quince dias despues de este acontecimiento , no teniendo noticia de Olimpia , se entregó á las mas crueles inquietudes. El Baron le consolaba un poco asegurándole que iba á finalizar todos sus asuntos. Un dia que Teófilo , mas afligido que nunca , estaba solo encerrado en su quarto , entró el Baron , y sentándose junto á él con rostro grave : acabo de recibir , le dixo , noticias de Olimpia. Al oir estas palabras Teófilo , enagenado de gozo quiere tomar una carta que su Padre

dre tenia en la mano. Espera un poco , dixo el Baron , modera esa impaciencia ; las noticias que te he de dar no son nada gustosas...—¡Oh Cielos! ¿está mala Olimpia?—No, goza de cabal salud ; pero ya no es digna de tu amor...—¡Ella! ¡Olimpia! No , no : es imposible...—Oye lo que me escribe un hombre respetable , y cuya probidad te es notoria. Diciendo esto el Baron enseña á su Hijo la letra y firma de un Caballero de Limosin , cuyo testimonio en efecto no le podía ser sospechoso. Despues leyó el Baron el artículo de la carta concerniente á Olimpia , que decia así:

„Puesto que me pregunta Vmd. la ver-  
 „dad con tanta confianza , debo decírsela sin  
 „disfraz alguno. Confieso que la Señorita por  
 „quien Vmd. me pregunta se porta con una  
 „imprudencia mui dañosa á su reputacion.  
 „Quando murió su Tia tomó la prudente de-  
 „terminacion de retirarse á un Convento ; pe-  
 „ro ha salido de él al cabo de quince dias  
 „para ir á vivir en casa de una de sus ami-  
 „gas con quien se trataba en Uzerche , la  
 „qual

»qual casada dos años hace , vive en una po-  
 »sion que tiene en las inmediaciones de Tu-  
 »lle. Lá tal no tiene veinte años , y por des-  
 »gracia ha sido el objeto de varias historias  
 »escandalosas , por lo que no tiene mui bue-  
 »na fama : tiene además un Hermano , mu-  
 »chacho presuntuoso , cuya compañía no pue-  
 »de convenir á una Señorita que ama su re-  
 »putacion. Pero todo esto no debe tenerse  
 »por delito grave : nadie duda que la Sobri-  
 »na de la virtuosa Eufrasia tenga buenos prin-  
 »cipios y sólidas virtudes. Su inconsiderado  
 »proceder se atribuye á su inocencia misma,  
 »á la falta de experiencia , y al culpable aban-  
 »dono de su Tutor que la dexa dueña ab-  
 »soluta de todas sus acciones ; pero si Vmd.  
 »escribe acerca de esto estoi cierto que al  
 »punto cederá á las justas representaciones  
 »que puede hacerla por razon del mutuo  
 »enlace que está para concluirse , y todo  
 »estará remediado si la Señorita vuelve pron-  
 »tamente á su Convento , porque puedo  
 »asegurarle á Vmd. que hasta ahora no se  
 »ha visto en su conducta mas que un po-

»co de ligereza y una imprudencia mui dig-  
 »na de escusa en su edad.”

Esta carta destrozó el corazon de Teó-  
 filo : sobresaltado , turbado por los zelos veía  
 un rival peligroso en el Hermano de la ami-  
 ga de Olimpia. No obstante disimuló la in-  
 quietud que le devoraba , y afectó manifes-  
 tar la mayor confianza. Aun no es todo lo  
 que has visto , le dixo su Padre ; la carta que  
 acabas de leer es de un hombre circunspec-  
 to y que no dice todo lo que sabe. Aquí hai  
 otra de mi Mayordomo que se explica sin ro-  
 deos y que me avisa que tienes un rival ; que  
 Olimpia no puede ignorar una pasion cono-  
 cida de todos ; que la autoriza permanecien-  
 do en casa de su amiga ; y en fin que el  
 Hermano de esta se ha alabado públicamen-  
 te de que Olimpia le había sacrificado todas  
 tus cartas. Es un impostor , exclamó Teófi-  
 lo : jamás creeré que Olimpia sea capaz de  
 semejante perfidia... Es inconstante , replicó  
 con serenidad el Baron , pero no es páfida ;  
 no quiere engañarte : no ha respondido ni á  
 tus cartas ni á las mias , este silencio expli-

ca bastantemente su mudanza... No , interrumpió Teófilo , no me engañarán falsas apariencias... Olimpia está inocente... la calumnian ; yo debo vengarla : déxeme Vmd. marchar , Padre mio , yo me muero aquí , permítame que vaya á explicarme con ella ; quiero oirla , quiero castigar al atrevido... al monstruo que se atreve á manchar su reputacion.

En tanto que así hablaba el infeliz Teófilo derramaba un mar de lágrimas : el exceso de su dolor hacía patente el furor de sus zelos. Su Padre que leía facilmente todo lo que pasaba en su alma manifestó tenerle lástima y enternecerse. Enviemos , le dixo , un propio á Tulle , llevará tu carta y esperará la respuesta. Si esta respuesta no te satisface entonces te permitiré que vayas ; solo esto te pido. Teófilo vino en ello , aunque de mala gana. Al punto escribió la carta mas circunstanciada ; en ella instruía á Olimpia de todo quanto se decía en contra suya. Una palabra sola , la decía , puede justificarla á Vmd. : quédese si gusta en casa de su amiga , pero dígnese decirme que está pronta á cumplir

plir la sagrada promesa que nos liga , y será el mas feliz de los hombres.

Aprobó el Baron esta carta , y al punto la hizo marchar. En fin aquel correo , cuya vuelta esperaba Teófilo con tanta impaciencia , aquel correo depositario de su destino volvió al cabo de ocho dias. Iba á acostarse Teófilo quando oye un látigo de posta , se estremece , y vuela al quarto de su Padre. De allí á un instante entra el propio en el quarto. ¿Y bien , le dice Teófilo , traes respuesta?—Si Señor.—Dámela pues.—Señor , no es para Vmd...—¿Pues cómo?—Es para el Señor Baron. Entonces entrega el correo al Baron una caja y una carta , y se vá. ¿Qué significa esto? dixo el Baron como admirado... ¿qué contendrá esta caja? No respondía Teófilo ; inmóvil y trémulo no se atrevía á decir á su Padre que abriese la carta. Rompe el Baron el sobrescrito , abre la , y lee en voz baxa. Teófilo , fixos los ojos en el rostro de su Padre , se estremece al ver el espanto é indignacion que manifestaba. ¡Oh Cielos! exclama con voz interrumpida , ¿qué le dice á

Vmd. ?—Ai Hijo mio, ármate de valor! ¡Mas qué digo! No le necesitarás: ¿acaso podrías llorar un objeto tan despreciable?... A estas palabras Teófilo casi mortal se dexa caer en una silla, y tomando la esquila fatal que su Padre le presenta se le arrasan los ojos en lágrimas al conocer la letra y firma de Olimpia. ¿Pero quién podrá expresar lo que sintió al leer lo siguiente?

«Puesto que ahora se me dexa la libertad de disponer de mí misma, debo declarar á Vmd. sin rodeos que sola la obediencia me obligaba á formar un lazo que no hubiera podido hacerme feliz. Esta declaracion nos dexa libres á entrambos. Devuelvo á Vmd. los regalos que mi querida y respetable Tía me mandó aceptar... Quedo de Vmd. con el mayor respeto y veneracion &c.—Olimpia.»

Leida esta carta Teófilo estuvo callando un gran rato, y despues mirando á su Padre, como fuera de juicio: yo me vengaré, exclamó, sí, yo me vengaré...—¿De qué modo?—¿De qué modo? ¡Justo Cielo! Tengo un rival, morirá á mis manos!...—Sin duda

tienes un rival, amado, ¿pero qué te importa? ¿No debes despreciar y olvidar para siempre una muger indigna de tí?—Sí, yo la desprecio, la aborrezco, la olvidaré sin trabajo; sería en efecto el hombre mas vil si la conservase el menor cariño... ¡Ah traidora, baxo de un rostro tan divino, con aquel aire de inocencia y de candor ocultar un alma tan falsa!...—Vuelvo á decirte que no te engaña; no te ama y lo dice sin disfraz...—Pero me amaba, me lo ha dicho... Padre mio, yo estoi cierto de que me amaba... la han seducido, la han engañado, quizás ella misma se engaña en lo que escribe. ¡Ah si yo pudiese verla y hablarla!... Déxeme Vmd. ir á que la vea y la oiga!...—Toma, insensato, esa carta, vuévela á leer, y avergüénzate de una pasion que en adelante no puede sino envilecerte.—¡Oh Padre mio! yo estoi loco, no sé adonde estoi, téngame Vmd. lástima, guíeme y no me abandone.

Toda la noche la pasaron juntos el Baron y el desventurado Teófilo. Este no se acostó sino al amanecer, pero no halló en la ca-

ma el sueño ni el descanso, y todo el día y noche siguiente se mantuvo solo en su cuarto, á causa de tener el Barón gentes á cenar. Al día siguiente se vió á solas con su Padre, y prometiéndole olvidar á Olimpia no hablaba sino de ella. Unas veces la pintaba con los coloridos de un monstruo digno de todo su odio, otras procuraba disculparla y quería conservarla á lo menos un resto de estimación.

Pero en efecto, Mamá, interrumpió Carolina, yo no hallo que Olimpia sea despreciable: si es cierto que nunca había querido á Teófilo no se la podía tachar de inconstancia, además que Olimpia había quedado pobre, Teófilo se hallaba rico, y con todo Olimpia no quería casarse porque no creía poderle hacer feliz; este proceder me parece noble.—Suponiendo que Olimpia no hubiese nunca querido á Teófilo (cosa que no me parece que está muy probada) ¿no le había ya dicho que le amaba? ¿no había recibido su palabra y prometido unirse á él?...—Es cierto; pero dice que su Tía la ha-

había obligado á ello.—Puesto que se había podido determinar á casarse con Teófilo por obediencia, hubiera debido después de muerta su Tía persistir en esta resolución por respeto á su palabra. En fin, si Teófilo la había inspirado una aversión insuperable, ¿por qué no se lo decía á su Tía? ó por qué no la pidió tiempo, ó bien declarádola que no podía consentir en aquella unión? No estaba baxo de la autoridad sagrada de una Madre, circunstancia que hubiera hecho más excusable su resistencia.—Es verdad, ahora comienzo á comprender que había hecho mal....—Tened presente sobre todo que no hai cosa que pueda dispensarnos nunca de cumplir la palabra que hemos dado. Esta frase *mi promesa no ha sido voluntaria* es una excusa que la conciencia desmiente y de que nunca se ha valido la probidad. Sabéis que vuestra palabra debe ser inviolable, que no podeis faltar á ella sin deshonoraros; preferid, pues, si es preciso, la muerte á la infamia de quebrantarla. En una palabra, si el temor ó amenazas os arrancan una promesa no ha-



gais mayor esta cobardía añadiéndola la indeleble mancha del perjurio ; pero volvamos á Teófilo.

No omitía su Padre medio alguno para distraerle de su pena. Le llevaba á menudo á casa de la Condesa de Lisbé , en donde se juntaba una lucida concurrencia. Tenía la Condesa una Hija de edad de diez y siete años , cuya hermosura y gracias alababa el Baron continuamente. Sin embargo la Condesita de Lisbé no era bonita ; pero el sumo cuidado que ponía en adornarse manifestaba el vivo deseo que tenía de parecerlo. Hablaba mucho , reía á menudo , bailaba bien , se sabía además que tenía Maestros de todas clases ; todo esto era mas que suficiente para que los amigos de la casa dixesen que la Condesita *era bonita, amable, y un conjunto de atractivos y habilidades.* Pero Teófilo estaba lexos de pensar así ; parecíale afectada, llena de presuncion y mui coqueta ; estaba sumamente cansado de su risa violenta y de sus monadas , pareciéndole sobre todo inaguantable quando se acordaba como á pesar

suyo de la agradable conversacion y gracias naturales de Olimpia.

A fines del invierno entró Teófilo en el Regimiento del Hermano de la Condesita y siguió á su Coronel al Regimiento. Al cabo de cinco meses volvió á París ; su Padre notó en él la misma melancolía ; no obstante advirtió con gusto que ya no hablaba de Olimpia. Había ya cerca de un año que habian salido del Limosin. A los ocho dias despues de su vuelta del Regimiento, el Baron se encerró á solas con él en su quarto y le dió parte de la intencion que tenía de casarle , añadiendo que deseaba lo efectuase con la Condesita de Lisbé. Respondióle Teófilo sin rodeos que tenía una repugnancia invencible al casamiento , y además particular aversion á la Condesita. El Baron le refirió con prolixa ponderacion todas las ventajas del brillante enlace que le proponía. Teófilo le escuchó con indiferencia , y respondió que no conocía otra ambicion mas que la de distinguirse en el servicio. Enfadóse entonces el Baron declaran-

do que había ya dado su palabra á la familia de la Condesita. Teófilo sorprendido y afligido pidió algun tiempo para determinarse á formar una union tan contraria á su inclinacion; nó pudo obtener mas que ocho dias. Gran parte de aquella noche pasó reflexionando sobre su suerte. Se acordó de todos los elogios que el Baron daba tanto tiempo hacia á la Condesita: su estrecha amistad con la familia de esta jóven, amistad anterior con mucho al tiempo en que el Baron recibió la carta de Olimpia: traxo á la memoria otras muchas circunstancias que le persuadieron que la conducta del Baron había sido artificiosa y que había formado el proyecto de casarle con la Condesita en el mismo tiempo en que al parecer quería efectuarlo con Olimpia. Mil confusas sospechas se presentaron de golpe á su imaginacion: discurrió que no era imposible que hubiesen extraviado sus cartas, y quizás las de Olimpia, y que en fin le hubiesen malquistado con ella por medio de alguna impostura igual á la que imaginaba que habían empleado contra ella.

No se entregó sin escrupulo á estas ideas tan ofensivas á su Padre; pero cada nueva reflexion las daba mayor fuerza; y no pudiendo tolerar semejante incertidumbre tomó el partido de marchar secretamente la noche siguiente á Limosin y tener una conferencia con Olimpia misma. Ignoraba absolutamente su paradero: seis meses había que ni aun su nombre se había atrevido á pronunciar: se horrorizaba al pensar que quizás la hallaría ya casada; pero no fue suficiente este cruel temor para detenerle. Al dia siguiente supo ocultar á su Padre su agitación y sobresalto; confió parte de su secreto á uno de sus amigos, quien le dió uno de sus criados para que le acompañase, y á las dos de la mañana salió de su casa sin ser visto; montó á caballo y tomó la posta para el Limosin.

Fue derecho á Tulle, á donde llegó á los tres dias al poner del sol. Tomó un quarto en una posada, y temblando hizo varias preguntas á la huéspedea acerca de Olimpia; supo con inexplicable gozo que no estaba ca-

sada , pero lo demás que le refirió la huéspededa minoró gran parte de esta alegría. Dixo que nadie dudaba que Olimpia hubiese amado al Hermano de su amiga ; que había estado ocho meses en casa de esta ; y que en fin , no habiendo querido el jóven á quien había sacrificado el casamiento mas ventajoso casarse con ella , desesperada se había determinado á volver á su Convento , pero que no habiéndola querido admitir las Religiosas , se había ido á Uzerche y se había refugiado en casa de su Tutor , que vivía en una hacienda inmediata á la Ciudad ; que este último paso acababa de perderla en el concepto del público , porque su Tutor no era casado ; que se le reputaba por hombre sin principios y de mala conducta , y que tenía en su casa á una muger de mala vida con quien vivía Olimpia en estrecha amistad. A pesar de estas crueles noticias persistió Teófilo en la resolucion de ver á Olimpia , y al punto marchó á Uzerche.

Hizo que le guiasen á la casa de campo del Tutor de Olimpia : dexó los caballos

llos y el criado en un meson del Lugar : se envolvió en un capote , se puso un sombrero gacho , y se encaminó á la casa de campo con una turbacion que es imposible decir. A la puerta de la casa le dixeron que el amo de ella estaba ausente había ya mas de seis semanas , y que no había en ella mas que Madama Rocher (que era la muger de quien había hablado la huéspededa) y Olimpia. Esto era á las ocho de la noche : atravesó Teófilo un patio mui obscuro , encontró á una criada que le guió al quarto de Olimpia. Su turbacion era tal que apenas podía tenerse en pie , y sin embargo del vivo deseo que tenía de ver á Olimpia , no le pesó no hallarla en su quarto á fin de poder respirar un instante. La criada , á quien no quiso decir su nombre , salió para ir á avisar , y Teófilo quedó solo. No pudo mirar sin enter necerse los objetos que le rodeaban : el clave de Olimpia , su escribanía , su tocador , y sobre todo su canario encerrado en una jaula. Al instante conoció á aquel paxarito que él mismo había dado á Olimpia la víspera

del día en que se separaron. ¡Pues qué, pobre animalito, exclamó Teófilo, eras cosa mía, y no obstante Olimpia te ha podido guardar! Diciendo estas palabras Teófilo enternecido como á pesar suyo abrió la jaula, sacó el paxarito y se lo metió en el pecho. Aleteando el canario contra el corazón palpitante de Teófilo, pronunció claramente estas palabras: (a) *amo á Teófilo*, las cuales penetraron el alma de este de manera que enagenado y fuera de acuerdo no se atrevía á creer lo que había oído, quando el páxaro repitió otras dos veces seguidas *yo amo á Teófilo...* ¡Ah, ya no me es posible dudarle, exclamó Teófilo! ¡Pues qué Olimpia es quien ha dictado estas dulces palabras! ¡Quántas veces habrá tenido que repetir las para enseñárselas á esta avecita, y pensaba (ai de mí) que yo nunca las oiría!... ¡Olimpia, amada Olimpia, eres fiel á tu primer amor, eres inocen-

(a) Aunque no es mui comun que hablen los canarios, con todo no es imposible, y esto basta para descargo de mi Autora: vease lo que dice en la palabra canario el primer tomo de la Encyclopedia traducido al Castellano.

cente!... ¡Sin duda me crees culpado, y no obstante aun me amas! ¡Conservas este paxarito y te dignas de escucharle! Diciendo estas palabras Teófilo besaba enagenado de gozo el canario, y este, á quien no se le había enseñado mas que una sola frase, correspondía á las caricias de Teófilo batiendo las alitas y repitiendo á cada instante *yo amo á Teófilo*.

De improviso oye Teófilo pasos y se estremece todo; no puede desconocer las ligeras pisadas de Olimpia, aun le parece que oye el ruido que al andar hacía su vestido... Se arroja á la puerta: esta se abre, entra Olimpia, y Teófilo se precipita á sus pies. El canario se escapa de entre las manos de Teófilo y vuela sobre el hombro de su ama pronunciando el nombre de Teófilo: pronunpe Olimpia en un grito penetrante, y quiere huir; Teófilo la detiene. Olimpia pálida y temblando se dexa caer sobre una silla; casi desmayada no tiene fuerza para proferir una sola palabra. Teófilo siempre á sus pies, no puede explicarse sino con lágrimas. Solo el

paxarito conserva la facultad de hablar, y gozoso de volver á ver á su ama repite mil veces su leccion... Turbada Olimpia, confusa é igualmente irritada rompe al fin el silencio, y con voz interrumpida le dice: á nadie sino á mí debe Vmd. creer: debo aborrecerle, despreciarle; he debido olvidarle...—Olimpia, amada Olimpia, dignese Vmd. de oirme!... Estoy libre, siempre soi fiel, nos han engañado á uno y á otro; esta preciosa ave-cita acaba de hacerme conocer mi error. Escuche Vmd. tambien mi justificacion...—Pero ¿cómo podrá Vmd. excusarse de no haber respondido á mis cartas?...—¡Sus cartas de Vmd.! Ni una sola he recibido, y la he enviado mas de veinte...

Estas palabras acabaron de disipar las dudas de Olimpia: tenía demasiada inocencia y candor para no ser facil de persuadir. No pudo reprimir sus lágrimas, y levantando los ojos al Cielo dixo: ¡ah Teófilo! puesto que siempre es Vmd. el mismo, no me quejaré ya mas de las traiciones y perfidias que he experimentado. Estas pocas palabras hicieron

á Teófilo el hombre mas feliz del mundo. Despues de haberla manifestado su alegría y agradecimiento refirió quanto le había sucedido. Olimpia le escuchó con igual admiracion y enternecimiento, y despues tomando la palabra le dixo que destituida de guia y de consejos no había creído hacer una accion contraria á su reputacion cediendo á las instancias de su amiga, que la solicitaba á fin de que fuese á vivir con ella; que en su casa, siempre encerrada en su quarto con su canario, no había recibido mas visita que la de uno de sus parientes, el qual baxo el velo de la compasion y amistad ocultaba los mas viles designios; que había puesto alguna confianza en este hombre, y le había descubier-to la pena que experimentaba en no recibir noticias de Teófilo; que en fin aquel pérfido confidente le había dicho que Teófilo no la amaba ya, y que estaba enamorado de la Condesita de Lisbé. Me enseñó, prosiguió Olimpia, varias cartas de su Padre de Vmd. que acabaron de hacerme ver que solo el honor podría determinarle á cumplir la pala-

bra que me había dado. No dudé entonces en quebrar con Vmd. para siempre, y demasiado vana para dexarle ver las penas de mi corazón, le escribí la carta que ha leído. Entregada á la pena y creyendo aborrecer á Vmd. este paxarito me era odioso: no podía escuchar sin enfado las mismas palabras que con tanto gusto le había enseñado. Una tarde abrí la ventana y le eché á volar. Despues de haberle sacrificado de este modo, á pesar mio le echaba de menos: esto me causaba vergüenza; pero persuadiéndome á mí misma que no le apreciaba mas que por él solamente, me levanté á media noche, abrí la ventana y le llamé mil veces: fue en vano, no volvió, y yo pasé lo restante de la noche llorándole. Apenas comenzaba á rayar el día baxé al jardín: me siento, y prosigo con mi llanto; de improviso oigo una voccecita que-xosa que pronunciaba mui quedo *Teófilo...* ¡Imagínese Vmd. cuál fue mi gozo! Este ha sido, Teófilo, el único movimiento de alegría que he tenido en su ausencia de Vmd... Hallé á mi pobre paxarito sobre un rosal:

ha-

había padecido; estaba espantado, temblando, y cubierto el rosal de las plumas que había perdido. Cogile y le cuidé, determinada á guardarle hasta que supiese de cierto su casamiento de Vmd. Estaba mui resuelta á no volver á ver á Vmd.; pero al mismo tiempo que renunciaba nuestra union no podía persuadirme que Vmd. fuese capaz de formar otra. Me decía á mí misma: tendrá remordimientos que no le permitirán casarse con la que ha preferido á mí: nunca le perdonaré, seré inflexible; pero puedo guardar mi canario, él nunca lo sabrá; oculto mi canario á la vista de todos, yo sola le oiré hablar... Tales fueron las razones que me obligaron á quedarme con mi querido paxarito.

Seis meses estuve en casa de mi amiga. En este tiempo el indigno confidente que yo había elegido me propuso si quería casarme con él; esta oferta me le hizo con razon sospechoso. Le dixé que no volviese á verme: para vengarse me hizo saber que mi reputacion estaba mal parada; que la persona en cuya casa vivía había perdido la suya, y que se me

me imputaba que amaba á su Hermano. Estos avisos tardíos me parecieron calumnias. Con todo, examiné cuidadosamente la conducta de mi amiga, y á poco tiempo conocí ser cierto quanto me habían dicho. Resolví volver á Tulle al Convento de donde me había salido con tanta imprudencia. Las Monjas mal informadas rehusaron admitirme. Humillada, vendida, abandonada y apoyada solamente en mi inocencia vine á este lugar á pedir á mi Tutor me aconsejase. No era mi intento pedirle que me diese un asilo, pues no era decente que yo estuviese en casa de un hombre soltero, pero fuí mas feliz de lo que esperaba. Al llegar aquí hallé á mi Tutor pronto á emprender un viage de dos meses; me presentó á una Señora parienta suya que ha padecido grandes desgracias y que vive en esta casa por algun tiempo. Madama Rocher (que este es su nombre) me parece tan amable como virtuosa: me ha referido su historia, que sería asunto de una excelente novela; en fin, cuento permanecer aquí todo el tiempo que ella se esté.

De-

Dexó de hablar Olimpia, y Teófilo tan enternecido como conmovido estuvo algun tiempo sin responderla, y despues arrojando un suspiro, la dixo: ¡Ah! no debemos atribuir nuestras desgracias á otra cosa mas que á esa inocencia, á ese candor que la caracterizan á Vmd... Esas virtudes angélicas han dado armas á la calumnia para denigrarla; ellas son la benda fatal que la ciega á Vmd... ¿Cree Vmd. por exemplo, que está en un asilo decente y seguro?... ¿Pues qué?... Esa muger que estima Vmd. tanto es una infame ramera... ¡Justo Dios!... Lo que de ella he sabido en Tulle me ha sido confirmado de nuevo en este lugar...

¡Oh Tia mia! exclamó Olimpia deshecha en lágrimas, no he sentido al perderos sino el dolor que inspira el afecto mas tierno y una justa gratitud, pero no comprendía ni conocía como ahora lo sumo de mi desgracia! ¡Insensata! no sabía lo precisa que me era una guia... ¡Oh Cielos! ¿Cómo es posible con intenciones tan puras perder la reputacion y el honor? ¿Es, pues, impo-

si-

sible que el amor á la virtud supla por la experiencia?...—¡Tranquilícese Vmd. en nombre de Dios! Considere que nuestros males se acabaron, puesto que nos hemos desengañado. El vínculo que nos une es el mas sagrado, el mas santo...—Pero su Padre de Vmd. quiere deshacerle, ha interceptado mis cartas y las de Vmd. aun antes que hablasen mal de mí...—Ha querido, no lo dude Vmd., acrisolar nuestro amor; despues se ha creído de algunos relatos falsos, y este error justificado por las falsas apariencias es la mejor excusa de su conducta. Pero quando sepa todo lo que Vmd. me ha dicho, con solo el lance del canario, le verá Vmd. sin duda alguna venir á pedirla que se efectúe esta union que el agradecimiento, el honor y el amor me hacen tan preciosa.

Facilmente se cree lo que se desea, mayormente á la edad de diez y siete años. No dudó Olimpia que el Baron conociendo su error no se abrasase en vivos deseos de reparar su injusticia. Tranquila ya sobre lo venidero no pensó sino en lo presente. No que-

quería estar mas en casa de su Tutor; ¿pero qué asilo buscaría en tanto que Teófilo volvía á verse con su Padre? No conocía mas que á dos ó tres antiguos amigos de su Tia, á quienes no había visto desde su muerte, y que preocupados contra ella rehusarían recibirla: en Uzerche no había Convento; determinóse finalmente á ir al dia siguiente á Brives (a) y entrarse en uno esperando en él las noticias de Teófilo, el qual tambien volvería el mismo dia á París. Teófilo obtuvo de Olimpia que le recibiría aun el dia siguiente, y que no se separarían hasta haber concertado de comun acuerdo las medidas que habían de tomar.

Teófilo de vuelta á su posada tuvo una mala noticia: su lacayo le dixo que había visto andar al rededor de la casa quatro ó cinco hombres al parecer disfrazados, y que habían hecho muchas preguntas á la huéspeda. Apenas acababa de decir esto el criado

(a) Ciudad llamada *la Gallarda* por la bella situacion de que goza: dista ciento y diez y ocho leguas de París.



quando Teófilo oyó ruido en la escalera. Sin duda, exclamó, vienen á prenderme! Diciendo esto echa mano á dos pistolas que tenía prevenidas y se adelanta ácia la puerta. En aquel instante ve entrar al Apoderado que tenía su Padre en París. Dumont, le dixo, ¿viene Vmd. á buscarme de parte de mi Padre? Si Señor, respondió Dumont algo turbado al ver las pistolas.—¿Y tiene Vmd. intencion de llevarme por fuerza?...—Yo Señor... espero que la obediencia que Vmd. debe á su Padre... pero no debo ocultarle á Vmd...que traigo una orden del Rey...—Con una orden de mi Padre bastaba, y puesto que quiere que vuelva con Vmd. volveré; pero declaro que no marcharé sin haber vuelto á ver á la persona por quien he venido...—Pero Señor...—No hai que poner dificultades, que no escucho...—La orden que traigo manda que marche Vmd. al punto...—Una obligacion sagrada me detiene aquí algunas horas... Es preciso que yo vuelva á la quinta. Ahora son las once, las puertas estarán cerradas y todos se habrán acostado, no quiero desper-

tar

tar á nadie, ni alborotar la casa, por consiguiente pasará la noche aquí en la misma situacion en que estoi. Al amanecer iré á la quinta, estaré en ella una hora á lo mas, y despues le seguiré á Vmd...—El Señor Baron llevará muy á mal...—Espero que me oirá, y se dignará de atender á mi descargo: yo salgo á todo. Puede Vmd. si quiere esperarme en este quarto: no tengo intencion de huir de Vmd. y aun le doi mi palabra de honor de no intentarlo.

Viendo Dumont que Teófilo estaba enteramente resuelto á no marchar sino al dia siguiente y á no dexar sus pistolas, convino en esperarle y se retiró á un quarto inmediato. El resto de la noche lo pasó Teófilo paseándose en el suyo y pensando en la conversacion que había de tener con Olimpia. Luego que amaneció llamó á Dumont y le propuso si quería seguirle hasta las puertas de la quinta, Dumont le hizo algunas reconvençiones, pero hubo de ceder al ver la entereza de Teófilo. Acompañado de dos hombres le siguió á lo lexos haciéndole prome-

ter que no se estaría mas que una hora con Olimpia. Al llegar á la quinta supo Teófilo que Olimpia acababa de salir : la quinta estaba distante un quarto de legua de la Iglesia en donde descansaban las cenizas de Eufrasia ; el dia antes había convenido Olimpia con Teófilo que á las diez se verían, y que inmediatamente marcharía á Brives ; en consecuencia había querido antes de apartarse de Uzerche dar un tributo de llanto á la memoria de su Tia.

Teófilo sale inmediatamente de la quinta, y á pesar de la repugnancia de Dumont va á buscar á Olimpia. Al entrar en la Iglesia se detuvo á la puerta para contemplarla sola en medio del coro y arrodillada sobre el sepulcro de Eufrasia. Su postura, la santidad del lugar y la vista de aquella misma Iglesia en la qual, á no haber muerto Eufrasia, hubiera Teófilo recibido la mano de Olimpia, causaron una conmocion inexplicable en su pecho. Teófilo se adelantó ácia Olimpia : al ruido de sus pisadas levantó esta la cabeza, y le muestra su rostro bañado en llan-

llanto. Acércase Teófilo, y se arroja de rodillas á su lado. Admirada Olimpia de verle, y sobre todo movida de la alteracion que notaba en su semblante, le mira con sobresalto y terror. Teófilo tomando una de sus manos y estrechándola fuertemente entre las suyas exclamó : ¡oh respetable Eufrasia! ¡Ah! si vivieras, aquí mismo hubiera yo recibido esta mano querida que me habías prometido! ¡En este sitio un juramento sagrado hubiera unido para siempre á Olimpia y á Teófilo!... Pero á lo menos se hará la misma promesa en este sitio... Sí, Olimpia, yo juro ser tuyo mientras viva, pongo por testigo al Sér Supremo que nos oye y que lee en mi corazón... No mas, exclama la trémula Olimpia, no mas, Teófilo, tema Vmd. ¡infeliz de mí! tema Vmd. hacer un juramento temerario...— Porque es inviolable le hago con gusto...—¿Y si su Padre de Vmd. le reprueba?—No tiene derecho para hacerlo. ¿Podrá acaso querer romper un lazo que él mismo ha formado?... Si es cierto, Olimpia, que Vmd. me ama dignese darme una prueba de ello, prométame

Vmd. unir su suerte á la mia en esta misma Iglesia, en la qual habían determinado nuestros parientes unirnos. Delante de este altar en donde debí recibir su preciosa mano, y en fin sobre el sepulcro de la que la sirvió á Vmd. de Madre, y que la mandó me aceptase por su Esposo!... ¡Ah! ¿qué pretende Vmd.? le dixo Olimpia. ¿Por ventura podemos disponer de nosotros mismos?... Diciendo estas palabras quiso Olimpia retirar su mano trémula, que Teófilo tenía entre las suyas... ¿Olimpia, exclamó Teófilo, quiere Vmd. abandonarme, ó pretende olvidarme?... Tema Vmd., pues, mi despecho y desesperacion... El tono con que profirió estas palabras hizo estremecer á Olimpia; perdió el color, y mirando á Teófilo con temor y encogimiento: pues bien, dixo en voz baxa, yo me obligo con los mismos juramentos que Vmd. acaba de hacer... A estas palabras juntando Teófilo las manos dió gracias con los términos mas afectuosos al Cielo y á la triste Olimpia, la qual siempre pálida, inquieta y turbada con funestos presentimientos, y

con

con los ojos clavados sobre el sepulcro participaba de los sentimientos de Teófilo sin poder gozar de la alegría que él experimentaba.

Entrando á este tiempo el Sacristan en la Iglesia, Teófilo suplicó á Olimpia le concediese un rato de conversacion en casa del Cura, que vivía al lado de la Iglesia, y Olimpia convino en ello. Entonces Teófilo la dió parte de la llegada de Dumont; esta nueva la consternó. ¡Ah Teófilo, exclamó vertiendo un mar de lágrimas, qué juramento me ha hecho Vmd. hacer, y en qué ocasion! quando su Padre irritado le llama para mandarle que me olvide... Olvidar, interrumpió Teófilo, no, ya es Vmd. mia, la muerte solo puede separarnos... Deseche Vmd., amada Olimpia, esos temores que ultrajan á mi Padre; quando sepa lo que ha pasado, quando el amor, el honor y la verdad la habrán á Vmd. justificado por mi boca, sé que aprobará mi amor: me quiere, no es bárbaro, no es inhumano, ni vil...—Pero es ambicioso.—¿Y podrá mas en su pecho la ambicion que la justicia y la naturaleza?... Estoy cier-

to de obtener su consentimiento; lo único que temo es alguna dilacion, pero Vmd. puede disipar todas mis inquietudes.—¿Y cómo?—Atreviéndose á seguirme á París...—¡Qué dice Vmd.!...—Esta proposicion no puede ofender ni á la decencia, ni á su pundonor de Vmd., no yendo juntos...—¿Y cuál sería mi asilo en París?—Yo puedo disponer de la casa de uno de mis amigos...—¡Cómo! vivir en casa de un hombre, y hombre sin duda de su edad de Vmd.!... Eso no, jamás... Teófilo, para acabarla de determinar, se permitió faltar en algo á la verdad: pintó á Derval como una persona de mucho juicio y de edad madura, y aseguró que era igualmente respetable por su experiencia y por su genio. Además, añadió, que Vmd. no le verá, no estará en su casa, y al cabo de veinte y quatro horas habré yo encontrado un quarto en un Convento. En fin yo no puedo resolverme á dexarla á Vmd. aquí; demasiado me ha costado el estar separados. Nada tendrá mi Padre que oponer á lo que yo le diga, pero no nos volvamos á exponer á ser víctimas de

al-

algun nuevo artificio. Oh amada Olimpia, siga Vmd. á su Esposo, siga Vmd. al feliz mortal con quien el mas santo de los juramentos la une, para que pueda presentarse en el mismo instante en que yo alcance el consentimiento de mi Padre, y que sea imposible engañarnos ó hallar pretextos para diferir nuestra union. ¡Ah! dixo Olimpia, ¿qué se han hecho todas mis resoluciones? Esta noche pensando en Vmd. me afligía de que mi indiscreto paxarito le hubiese hecho conocer los sentimientos que yo debía ocultar; me arrepentía de haberle escuchado tanto tiempo; me determinaba á no verle á Vmd. hoy, y á marcharme antes de la hora en que habíamos convenido. ¡Pero ai de mí, en la Iglesia misma donde Vmd. me ha encontrado, al pie del altar en donde poco antes prometí á Dios sacrificar, si era preciso, una inclinacion desgraciada, mi boca ha proferido el imprudente juramento que Vmd. me ha dictado!... y ahora quiere Vmd. que le siga y que vaya á exponerme á los desprecios y repulsas de su Padre, que me desconoce!...—No

quiere Vmd. acordarse que está mal informado, y que yo le desengañaré... hágale Vmd. mas justicia: Vmd. le verá pedirle perdon, no lo dude... en fin ya no es Vmd. dueña de sí misma; estamos unidos con un vínculo que no puede romperle ningun poder humano. ¡No nos separemos mas!... Los instantes son preciosos... me están esperando, y es preciso que nos separemos... me voi desesperado si no quiere Vmd. seguirme... ¡Pues qué, exclamó dolorosamente Olimpia, no me dexa Vmd. ni aun el tiempo preciso para reflexionar sobre las conseqüencias de una accion tan temeraria!... ¡Ah Teófilo, Vmd. abusa de mi condescendencia!...

No pudo proseguir Olimpia; las lágrimas la embargaron la voz. Reiteró Teófilo sus instancias, y por fin obtuvo la promesa que solicitaba tan vivamente. Olimpia tomó las señas de la casa á donde debía ir á apearse en París con un nombre fingido. Prometió llorando marchar al día siguiente: entonces Teófilo, colmados sus deseos, fue á juntarse con Dumont, y subiendo con él en

una silla de posta que los esperaba, al punto tomaron el camino de París. Iba Teófilo mui contento no imaginando posible que su Padre desaprobaba lo que había hecho despues que lo hubiese oido, pero al paso que se acercaba á París se disminuían sus esperanzas; se acordaba con temor de la ambicion y artificiosa conducta de su Padre. Las dudas, los temores é inquietudes iban ocupando insensiblemente el lugar de la confianza, y llegó á París en un estado de abatimiento que distaba poco de la desesperacion. Eran las nueve de la noche quando llegó á su casa.

El recibimiento que le hicieron los criados le dió á entender bastantemente la indignacion de su Padre; no vió sino rostros tristes ó severos. Unos le exâminaban con maligna curiosidad; otros al mirarle se encogían de hombros, otros en fin se detenían para dexarle pasar baxando la vista con aire triste y consternado. Ninguno le habló. Luego que subió la escalera encontró á un antiguo Ayuda de Cámara del Baron que le entré-

gó una esquila con mucho misterio. Quiso Teófilo entrar en el quarto de su Padre, no Señor, le dixo el Ayuda de Cámara con aspereza, hoi no puede Vmd. verle...—¿Pues qué mi Padre se niega á oirme?...—Esa esquila...—¡Ah, perdido soi, exclamó Teófilo! Diciendo estas palabras se encaminó á su quarto, y en él abrió temblando la esquila del Baron, que contenía las siguientes palabras.

«No es ya mi Hijo un ingrato, un rebelde: no volveré á verte, ni tendrás libertad hasta que me hayas prometido formalmente por escrito una obediencia sin límites.»

Despues de haber leído Teófilo esta formidable sentencia se quedó algun tiempo inmovil como si le hubiese herido un rayo, despues valiéndose de todo su ánimo dixo: pues bien, estaré preso; pero una dolorosa reflexion aniquiló el breve valor. Dentro de dos dias debía llegar Olimpia: ¿qué pensaría no viendo á Teófilo? No obstante como había imaginado que quizás no podría ir al instante á prevenir á Derval (así se llama-

maba el amigo á cuya casa debía ir á parar Olimpia) el lacayo de este que había ido con Teófilo estaba encargado de entregarle una carta que contenía las circunstancias del favor que le pedía. En ella hacía saber Teófilo á Derval, sin nombrar á Olimpia, que una Señorita con el nombre supuesto de Madama de Forlis llegaría dentro de dos dias á su casa, suplicábale que la hospedase por el tiempo de veinte y quatro horas solamente. El criado portador de esta carta se había separado de Teófilo despues de haber entrado en París, prometiendo ir á entregar al punto mismo. Cierito de que Olimpia lo hallaría todo pronto en caso que llegase al dia siguiente se determinó Teófilo á pasar dos dias sin responder á su Padre, esperando que esta apariencia de entereza podría obligar al Baron á deponer parte de su severidad y á perdonarle sin imponer condiciones.

Encerrado en su quarto pasó Teófilo estos dos crueles dias, lisonjeándose á cada instante de que su Padre iría á verle ó le enviaría á llamar: cada vez que un criado entra-

traba para servirle ó cada vez que abrían la puerta se levantaba temblando; creía oír la voz de su Padre, ó que le traían orden suya para irle á hablar. A la mitad del segundo dia su agitacion y desasosiego llegaron al extremo; la idea de que Olimpia llegaría verosimilmente aquella misma tarde le despedazaba. Esta era su situacion quando un nuevo incidente destruyó todas sus irresoluciones. Ofendido el criado que le servía de que hubiese hecho confianza de un criado ageo no descubrió con grande gozo que el Baron había hecho prender al que le había acompañado, y para mortificarle se lo dixo al instante. ¿Y cuándo? preguntó temblando Teófilo...—El dia mismo que Vmd. llegó; la orden estaba dada de antemano. Apenas el pobre muchacho se separó de Vmd. quando le echaron el guante y le han puesto á la sombra.

Esta nueva acabó de abatir á Teófilo. Si Olimpia había llegado, no estando avisado Derval era fixo que no la habría admitido: ¿qué pensaría, pues, ó qué partido

ha-

había de tomar? Además si habían registrado al criado preso, el Baron habría visto la carta que Teófilo escribía á Derval; todas estas reflexiones eran á qual mas dolorosa. Queriendo finalmente Teófilo saber su suerte se resolvió al único medio que podía volverle la libertad y asegurarle los medios de ofrecer un asilo á Olimpia, ó quizás libertarla de una situacion cruel en caso que ya hubiese llegado. Escribió á su Padre; su mano trémula formó estremeciéndose estas pocas palabras: *Padre mio: yo prometo á Vmd. una obediencia ilimitada; pero á lo menos dígnese Vmd. escucharme.* Un instante despues de haber enviado este villete oyó Teófilo llamar á su puerta, y era el Ayuda de Cámara de su Padre que venía á llamarle de su parte.

Pálido, temblando y fuera de sí, aunque mui determinado á fingir, baxa Teófilo al punto mismo al quarto del Baron, que salió á recibirle, le abrazó, le apretó la mano afectuosamente y le hizo sentar á su lado. Hubo un instante de silencio causado por el

mu-

mutuo empacho; no obstante, procurando el Baron manifestar un aire desembarazado y contento, dixo: olvidemos, Hijo mio, todo lo pasado: tú me prometes una obediencia sin límites; cuento con ella y te vuelvo á toda mi confianza y amor. Bien sé que la persona que has visto en el Limosin no habrá escusado medio alguno para seducirte y ponerme mal contigo: te habrá dicho sin duda que he extraviado sus cartas y las tuyas; este es el único artificio de que me he valido; tu interés y el amor que te tengo son mi excusa. Fuera de esto no he exâgerado nada en quanto te he dicho de una persona cuya mala conducta la ha hecho indigna de tí. Creo mui bien que habrá sabido persuadirte que está inocente, pero no habrá podido ocultarte que ha perdido su reputacion. La última casa en que ha vivido, su actual amistad con la mas vil de las mugeres acababan de desacreditarla: por tanto, ya sea su conducta efecto de la imprudencia ó del vicio, está deshonrada, y esto basta; esa union sería un oprobio para tí; fuera de que

yo

yo no me había obligado con su Tia sino baxo la expresa condicion de que la dexaría por heredera: Eufrasia ha muerto sin dexarla nada, circunstancia que en rigor anula la palabra que yo había dado.

A estas razones dictadas por la ambicion, la codicia y mala fe hubiera podido responder Teófilo: que el Baron exâgeraba los yerros de Olimpia; que su reputacion estaba herida, pero no perdida para siempre; que sus pocos años y la funesta independenciam en que se hallaba hacían inclinar ácia la indulgencia á todas las personas sensatas; que era sobre todo injusto el condenarla sin oír la; que era cosa mui estraña haberla desechado, y suprimido sus cartas aun antes de que se la pudiese creer culpada: que en quanto á la falta de bienes, el mismo Baron conocía lo imposible que era alegar esta causa para romper un enlace formado tan públicamente y de un modo tan solemne y para apagar un amor tan arraigado, puesto que en el tiempo de la muerte de Eufrasia no había hecho mencion alguna de este pretexto de faltar á



su palabra, pretexto que las leyes darían tal vez por suficiente, pero que la virtud y el honor, siempre mas severos y delicados que la lei, despreciarían por indigno. Finalmente, que aun suponiendo que Olimpia hubiese heredado de su Tia, como no podía haber entonces proporcion alguna entre esta corta herencia y la actual fortuna del Baron, este suceso no daba ni quitaba fuerzas á las miras de interés. Todas estas reflexiones hizo Teófilo, pero viendo que el Baron estaba enteramente resuelto á no ceder, y por otra parte impaciente de estar libre para poder salir é ir volando á casa de Derval, no le respondió cosa alguna, y solo pensó en conocer si el Baron sabía algo de la carta que había escrito á Derval y que había entregado al criado que había hecho prender; pero en breve perdió el temor tocante á esto.

Encubriendo sus mortales inquietudes, y el pesar mas amargo baxo un aire humilde y sumiso, aseguró Teófilo de nuevo á su Padre de su entera obediencia. Entonces le volvió á abrazar el Baron, y un cruel re-  
mor-

mordimiento hizo conocer á Teófilo quan horrible es engañar á un Padre, aun quando la injusticia, el artificio y la violencia parece que obligan á ello. Ya sabes, Hijo mio, prosiguió el Baron, el empeño en que estoy con la familia de la Condesita de Lisbé; es preciso concluir este asunto sin demora alguna. Estas palabras hicieron estremecer á Teófilo, pero el Baron, manifestando no hacer alto en su turbacion prosiguió: Madama de Lisbé está en Versalles, no volverá hasta pasado mañana; aquella misma noche te presentarás á su Hija en calidad de Esposo, y al dia siguiente quedareis desposados. Padre mio, replicó el infeliz Teófilo, vuelvo á repetir que estoy pronto á obedecer. Esta nueva protesta valió á Teófilo mil elogios que acabaron de llenarle de amargura. Viendo en fin claramente por esta conversacion que el Baron nada sabía de la carta que había escrito á Derval tocó el asunto que en aquel instante mas le importaba. ¿Podré salir esta noche? dixo; tengo gran necesidad de distraccion; ¿podré ir á ver á mis amigos?—Co-

mo quieras; no te ocultaré sin embargo que haré zelarte los pasos hasta que estés casado, pero eres dueño de salir quando gustes, solo exíjo que sea en coche, y que lleves dos lacayos.

Aprovechóse Teófilo prontamente de un permiso que esperaba con tanta impaciencia. Pero mientras ponen el coche veamos lo que ocurre en casa de su amigo Derval. Aquel día había estado de caza; y habiéndose vuelto á las tres de la tarde tenía convidados á comer á siete ú ocho amigos suyos tan calaveras como él. Esta tertulia tan alegre como de poco juicio debía pasar todo el día en casa de Derval. A los postres, quando ya el vino de Champaña empezaba á calentarles los cascos, entró un criado á decir á Derval que una Señora en coche quería entrar en casa. ¿Y cómo se llama? preguntó Derval.—Se llama Madama de Forlis. ¡Oh Cielos, interrumpió Pulchêria, ese era el nombre supuesto de Olimpia! Justamente, replicó la Marquesa de Clemira; era Olimpia misma, que juzgando que Derval estaría ya avisado, espera-

ba ser recibida en la casa y permanecer en ella veinte y quatro horas, en tanto que el grave y respetable Derval (porque así le había llamado Teófilo) estaría ausente. ¡Madama de Forlis! dixo Derval riéndose, parece nombre de comedia; ¿y qué traza tiene esa Señora?—Es mui jóven y mui hermosa... Que venga, que venga, gritaron á un tiempo todos. Voi á buscarla, dixo el lacayo, y en efecto se fue.

Olimpia con su silla de posta y con su criada esperaba á la puerta: vé que esta se abre, entra la silla en el patio de la casa, un lacayo sale á recibirla, y la hace subir por una escalera secreta. Olimpia trémula, turbada y cansada del viage subía apoyada en el brazo de su criada, que la llevaba casi arastrando. En fin, despues de haber pasado un largo corredor, abre el lacayo una puerta, y se retira: Olimpia y su criada entran por esta puerta fatal, que al punto volvió á cerrarse. Figuraos, si es posible, la turbacion y sobrecogimiento de Olimpia al verse de improviso en medio de una tropa de jóvenes me-

dio embriagados , y de los quales el mas viejo no tenía veinte y cinco años. Prorrumpie en un grito penetrante , quiere huir , pero la detienen y la cercan : ¡oh Cielos, exclama, en donde estoy! Señores , mi postillon se ha equivocado ; yo creía entrar en la casa de un hombre respetable , de Mr. Derval... Este epíteto de *hombre respetable* hizo prorrumpir á todos en grandes carcajadas.

Entonces Derval se acercó á ella : no la han engañado á Vmd. Señora , dixo afectando mucha seriedad , porque yo soi ese Derval. Al oírle Olimpia se quedó petrificada y casi pronta á desmayarse ; se apoyó contra el respaldo de una silla. Pero en efecto es como una plata , continuó Derval : *tis a Romantick girl indeed* , (a) dixo otro que no se había levantado de la mesa. Lo cierto es , añadió otro , que su esquivéz y monadas falsas ó verdaderas la sientan mui bien... ¡Oh Catalina , dixo Olimpia medio ahogada , Catalina ,

(a) *Es una heroína de Novela.* Expresion mui usada en las Novelas inglesas.

sácame de aquí!... Mucho siento , dixo el que estaba bebiendo , que la Confidenta se llame Catalina , ese nombre no es *Romantick*... Ven-ga Vmd. Señorita , dixo la criada , deme Vmd. el brazo , y váyanse en hora mala estos tontos. Aquí empezaron de nuevo las risotadas y las burlas. No dexaron de advertir tambien que *la Confidenta* llamaba á Madama de Forlis *Señorita*. Confundida Olimpia y medio muerta hizo movimiento para escaparse ; Derval la detuvo. Vamos , la dixo , ya basta de fingir empachos y temores , háganos Vmd. compañía con satisfaccion. Olimpia al oír semejantes razones , oprimida de vergüenza y sobrecogida del terror , sintió que sus piernas no podían sostenerla , y se dexó caer sobre una silla. A este tiempo entra un criado , y dirigiéndose á Derval le dice riendo: Señor , abaxo hai un lacayo de Madama de Forlis , que trae una maleta , y nos pregunta en qué quarto debe dormir su ama , porque su ánimo es quedarse aquí. Al oírle , todos se echaron á reír á un tiempo : hallo en este modo de obrar , dixo Derval , un fondo

de alegría y de marcialidad que me encanta, fuera de que este modo de hacer amistades abrevia los cumplimientos y ceremonias. Diciendo esto se sentó junto á Olimpia, y tomándola una mano se la besó. Entonces Olimpia recogió todas sus fuerzas, la indignacion y la cólera vencieron su debilidad y rubor: se levanta, y desasiéndose con ímpetu de entre los brazos de Derval huye al otro extremo de la sala: halla una puerta, la abre, y sale por ella á una galería; Derval la sigue: Olimpia echa á correr con todas sus fuerzas y con tal velocidad que Derval no puede alcanzarla. Viendo Olimpia al extremo de la galería un gabinete entreabierto se mete en él, cierra la puerta, y despues de haber echado el cerrojo se dexa caer sobre un canapé, y dá libre curso á sus lágrimas. En vano llama Derval diciendo mil locuras; por fin la amenaza que vá á echar la puerta abaxo: Olimpia se estremece, abre una ventana; pero esta daba sobre el jardín de la casa; no importa, Olimpia despechada se determina á precipitarse en el jar-

din si Derval consigue abrir la puerta. Ya se disponía á arrojarse quando no oyendo mas la voz de Derval se detiene contentándose con sentarse sobre la ventana. De allí á poco, cierta de que Derval no estaba ya en la galería, se imaginó que había ido á buscar á sus criados para echar la puerta abaxo: ¡oh desventurada Olimpia, exclamó vertiendo un diluvio de lágrimas, á qué punto te han traído tu imprudencia y credulidad! Engañada indignamente, vendida, abandonada, reducida en fin á escoger entre la muerte ó la infamia... ya estoi determinada!... ¡Infeliz! ¿qué pierdo perdiendo la vida?... La muerte me libraré de la pasion funesta que causa mi tormento y mi oprobio!... ¿Pero qué digo?... ¿quién, yo?... podré amar todavía al pérfido seductor que prometiéndome un asilo decente y seguro me ha hecho venir á esta abominable casa?... No puedo creer que haya tenido el bárbaro intento de exponerme á tantas afrentas y de perderme: sin duda que algunas razones que ignoro le justifican sobre esto... Pero en fin

él me ha engañado : me había pintado á ese indigno Derval como un hombre respetable...

Al pronunciar Olimpia estas últimas palabras se estremece y calla, oye pasos en la galería , ¡Oh Cielos! exclama poniéndose de rodillas ; sin duda van á abrir la puerta! ¡Oh Dios mio , dignate de perdonar mis culpas! Mi conducta ha sido imprudente , pero mi corazon es puro! Perdonadme , Señor , una resolucion que el honor me inspira. Al acabar Olimpia esta oracion oye pronunciar su nombre , y conoce con inexplicable gozo la voz de su criada que la gritaba que abriese la puerta , y que podía hacerlo sin temor; sin embargo aun dudaba Olimpia; entonces Catalina la aseguró que Derval y sus amigos habían salido de la casa. Corre Olimpia á la puerta y la abre : al instante se adelanta con ímpetu un hombre , y se arroja á sus pies , y aterrada reconoce á Teófilo. Indignada al verle se retira ; sus fuerzas exhaustas la abandonan enteramente y cae desmayada en los brazos de Catalina. Luego que volvió en sí , el primer objeto que advirtió fue

á Teófilo llorando de rodillas delante de ella. Olimpia aparta de él la vista , y hablando á Catalina , sostenine , la dice , salgamos de esta infame casa. Esta la respondió que Derval no estaba ya en ella , y que no volvería hasta que ella se fuese ; pues siendo así , replicó , ahora mismo puede volver. ¿Pues qué , dixo Teófilo en voz baxa y tímida , será posible que no quiera Vmd. oirme? Apurado el sufrimiento de Olimpia prorrumpe en invectivas y dicerios contra Teófilo , el qual consternado la escuchó sin interrumpirla , y luego que hubo cesado de hablar procuró excusarse diciendo , que si la había engañado acerca de la edad y genio de Derval , había sido porque el mismo Derval era el único con cuya reserva podía contar ; que tenía grandes defectos , pero que era amigo fiel y seguro : despues la suplicó que le oyese sin testigos la relacion de todo lo que le había pasado despues de su vuelta á París.

Despues de haberlo resistido mucho tiempo convino Olimpia en que Catalina pasase al quarto inmediato , y Teófilo , seguro de apla-

aplacar el enojo de Olimpia, ya que consentía en oírle, empezó la triste relacion de las persecuciones que había padecido. No la ocultó cosa alguna, ni aun la palabra formal que había dado de casarse con la Condesita de Lisbé. Pálida Olimpia al oír esta última circunstancia no pudo ocultar el sumo dolor que la causó. Pongo al Cielo por testigo, prosiguió Teófilo, que jamás hubieran sacado de mi boca este cruel consentimiento desmentido por mi corazon, sino hubiese arriesgado mas que la vida; pero era preciso ó engañar por entonces á un Padre que abusaba de sus derechos, ó perder mi libertad y la ocasion de acudir al amparo de Vmd. ¡Ah, y que lexos estaba yo de imaginar los indignos ultrages á que se hallaba expuesta; pero con todo, aun sin saberlos, veía que Vmd. llegaba á una ciudad no conocida, pidiendo asilo en una casa en que no querrian admitirla; y esta idea fue mas que suficiente para determinarme á fingir por el pronto, puesto que la mas injusta violencia me obligaba á hacerlo.

No,

No, no, interrumpió Olimpia anegada en el llanto que en vano procuraba reprimir; no, Vmd. debe cumplir la promesa que ha hecho á su Padre...—Cumpliré la que fue voluntaria. Mi Padre en efecto ha recibido de mí una promesa sagrada; me mandó que amase á Vmd. yo se lo juré, y seré fiel á este juramento, el único que debe ser inviolable.—¿Y cuál es su esperanza de Vmd.?...—La de que Vmd. cumplirá la solemne promesa que me ha hecho...—¿Y cómo es posible quando Vmd. depende de un Padre inflexible, y quando le ha prometido obedecer dentro de tres dias?—Esa dilacion es suficiente para libertarnos de una vez de tan insoportable tiranía...—¿Cuál es su designio de Vmd.?—Sacrificar á mi único dueño mis riquezas, mi estado y mi Patria...—¿Qué dice Vmd! ¡Oh Dios mio!...—Digo que huuyamos...—Y se atreve Vmd. á proponerme...—Si el amor que Vmd. me tiene es verdadero no puede negarse á esta proposicion; Vmd. me debe su fe; es prenda que me pertenece...no puede darmela sino en un

cli-

clima extraño; pasemos, pues, á Inglaterra...—¡Oh Dios mio! interrumpió Olimpia, en qué abismo quiere Vmd. precipitarse conmigo! ¿Yo privaría á un Padre de su Hijo, consintiendo en formar una union ilegítima contraria á las leyes, y huyendo con Vmd. le sacrificaría la decencia, mi reputacion y el honor? ¡Ah, mas quiero morir!...Pues bien, exclamó Teófilo enfurecido, reciba Vmd. mi último Adios... Olimpia, no puedo vivir sin Vmd. y renunciando á mí, me precipita en un fin desastrado...Penetrada Olimpia de terror, detuvo al desesperado Teófilo que iba á salirse del quarto. Oigame Vmd. le dixo, cese ya de causarme un espanto que me hiela!...Tenga Vmd. compasion del estado en que me vé!...¿Quiere Vmd. que el temor me arranque un funesto consentimiento que nos perdería para siempre?—Solo quiero que considere mi situacion; piense Vmd. que dentro de tres dias, si me quedo aquí, me es preciso renunciar á lo que amo, casarme con quien aborrezco, ó verme privado de la libertad. Ya sabe Vmd. que mi Padre ha ob-

tenido orden del Rei... ¿Y qué sería entonces de mi Olimpia? Privada del único amigo que la queda en el mundo, expuesta á las bárbaras persecuciones del odio y de la venganza...¡Ah! huyamos; evitemos tantos horrores!...Todo lo tengo prevenido; mi proyecto está hecho y es infalible. Abandonando nuestra Patria no lloraremos las riquezas que dexamos, ni tampoco tendremos que temer la pobreza; en fin puedo sin faltar al honor librarla á Vmd. y librarme de tantos males...No perdamos tiempo: es preciso obrar sin dilacion alguna.

A estas palabras executivas Olimpia levantando al Cielo sus manos juntas exclamó: ¡Oh Dios mio, dignaos de inspirarme! Ai de mí que en vano deseo el consejo saludable! en vano advierto y conozco mi flaqueza é imprudencia: aislada, entregada á mí misma veo el precipicio abierto á mis pies! una mano compasiva podría estorvar mi caida, pero me hallo sin proteccion ni guia!... Mi pérdida es infalible! Sofocada con sus lágrimas no puedo continuar estas tristes quejas. Teófilo vuel-

ve á echarse á sus pies suplicándola pronuncie su sentencia; jura quitarse la vida si esta sentencia le es contraria. Atemorizada Olimpia pronuncia desesperada la fatal promesa que fixa para siempre su destino.

Luego que Teófilo hubo arrancado el consentimiento de Olimpia se fue dexándola entregada al mas vivo dolor y al arrepentimiento mas amargo.

Inmediatamente volvió Teófilo á su casa: tuvo bastante poder sobre sí mismo para manifestar un rostro sereno. Una conversacion que tuvo por la noche con el Baron acabó de asegurar á éste; creyó que Teófilo se había determinado á cumplir su gusto, y que la ambicion y la vanidad habían apagado su amor antiguo: creyó esto tanto mejor quanto juzgaba por sí mismo: las almas comunes yerran á menudo en esta clase de cuentas. Teófilo al dia siguiente aparentó no ocuparse mas que en frioleras y preparativos de su boda: supo el Baron con inexplicable gozo que había pasado parte de la mañana con el sastré y bordadores y que no había

salido de casa sino para ir á la del maestro de coches á ver el tren de la novia. Sabiendo Teófilo quantas espías se habían puesto para acecharle tuvo bastante ánimo para no ir en todo el dia á casa de Derval y acostarse sin haber visto á Olimpia. Esta conducta disipó del todo las inquietudes de su Padre, que se entregó á toda la alegría que una mudanza semejante debía causarle. Teófilo, que el dia que llegó Olimpia había hablado un instante con Derval, le había vuelto á ver despues en secreto en casa del maestro de coches y le había confiado á medias su secreto, diciéndole el verdadero nombre de Madama de Forlis. Añadió que ella misma le había obligado á sacrificar un amor desgraciado; que él estaba resuelto á casarse con la Condesita; que Olimpia lo estaba tambien á entrar en un Convento distante doce leguas de París, del qual era Abadesa una Tia suya, y que marcharía por la noche vispera del dia en que debía efectuarse su casamiento. Llegó en fin el dia de ir á vistas. El Baron llevó á su Hijo á casa de



Madama de Lisbé. Teófilo ocultó su interior desasosiego tan bien, y manifestó tanto agrado y serenidad, que el Baron quedó sumamente satisfecho de él: se convino en que al dia siguiente se tomarían los dichos. Al salir de casa de la Condesa Teófilo dixo á su Padre que sentía una agitacion que no le permitiría dormir, y que para distraerse de sus reflexiones iría á pasar parte de la noche al baile de la Opera. Pareciéndole al Baron que esta propuesta era mui natural instó él mismo para que fuese al baile. Teófilo añadió que iría á cenar con Derval; en efecto á las ocho mandó poner su coche y se encerró en su quarto. Allí dexándose caer sobre una silla y no pudiendo contener mas tiempo los remordimientos que despedazaban su corazon, dió libre curso á sus lágrimas. En vano quería apartar de su imaginacion un tropel de reflexiones dolorosas; en vano buscaba medios de ocultarse el exceso de su arrepentimiento; sus ojos se abrían como á pesar suyo; la ilusion se iba disipando, el encanto fatal estaba casi desecho: pero ya era

tar-

tarde. No conoció el desventurado Teófilo sus obligaciones y errores sino para sumergirse con mas amargura y espanto en el horroroso abismo que sus pasiones le tenían preparado. Entretanto dan las nueve: se estremece....esta hora, dice, será la última que oiré en la casa de mi Padre...esta casa en que ahora reina la paz y el sosiego ¡en qué horrible agitacion estará mañana!....los sollozos le impiden proseguir...

En fin valiéndose de todo su valor enjuga sus lágrimas, se arma de resolucion, y no pudiendo resolverse á partir sin abrazar á su Padre, sale apresuradamente de su quarto y se encamina al del Baron. Bien advirtió este que había llorado, pero no lo estrañó conociendo su sensibilidad; quiso consolarle empleando cariñosas alabanzas. No he hablado bastante, Hijo mio, del agradecimiento que me inspira tu sumision, le dixo, pero puedes creer que conozco todo el precio de ella. ¡Oh Teófilo! tu piedad filial asegura la felicidad de mis dias al mismo tiempo que hará los tuyos venturosos. El Cielo oirá las

súplicas que le dirijo en favor tuyo: su severa justicia persigue y castiga á los Hijos rebeldes; pero esto mismo debe hacer esperar justamente á un Hijo como tú, sus mas ricas bendiciones... Al oír estas palabras que penetraron el atormentado corazon de Teófilo, enagenado, fuera de sí, se precipita á los pies de su Padre. Enternecido el Baron, le abraza y le bendice... ¡con que en este instante, exclamó Teófilo con voz interrumpida, en este instante recibo... la bendicion de mi Padre!... ¡Oh Padre amado, prométame Vmd. no retractarse nunca!... Si mi conducta en lo venidero... no correspondiese á sus esperanzas... ¡Padre mio!... entonces compadézcase Vmd. de Teófilo... será digno de lástima... téngasela Vmd... pero no le eche su maldicion!...—Estoi leyendo en tu corazon; temes que no harás feliz á la Esposa que te he escogido: dexa de engañarte, Hijo mio; no es el amor, ese fragil sentimiento, el que puede hacer venturosa una union que no debe acabar sino con la vida. Conozco tu virtud, tu juicio, no tengo recelo alguno. Dicien-

ciendo esto el Baron levantó á Teófilo y le abrazó tiernamente. No há mucho me dixistes, prosiguió, que tenías algunas deudas: te he dado veinte mil libras, y ahora quiero añadir otra suma destinada á tu diversion. En ese buró hai quinientos luis, tómalos y llévatelos á tu quarto; ya son tuyos: esta es, Hijo mio, una corta muestra de la satisfaccion que me causa tu conducta... ¡Ah! dixo Teófilo, no puedo aceptar esa cantidad... no Padre mio; tengo lo que me basta. Admirado el Baron de una escrupulosidad cuya causa no podía alcanzar, hizo inútiles esfuerzos para obligarle á recibir aquel dinero. Finalmente, Teófilo enagenado se separa gimiendo de su Padre, y quando salió de casa creyó espirar de dolor considerando que no volvería jamás á ella... ¡Tardíos arrepentimientos tan amargos como inútiles!... Llegó el infeliz Teófilo á casa de Derval en un estado digno de compasion. Sin embargo volviendo á ver á Olimpia olvidó, á lo menos por entonces, su dolor y remordimientos. Olimpia abatida y consternada guardaba un

triste silencio. En su rostro se advertían los efectos de los crueles tormentos que había padecido en aquellos tres días. Su descaecimiento era tan grande que ya no tenía fuerzas para quejarse y casi había perdido la facultad de reflexionar.

No cenaba Derval en su casa aquella noche; Teófilo había llevado consigo todas sus alhajas y un magnífico aderezo de brillantes que su Padre le había regalado el día anterior. Vendió estas alhajas á un Judío: nunca había tenido deudas, por tanto se hallaba con las veinte mil libras que su Padre le había dado para pagar las que él había supuesto. Este dinero, junto con el que le pagó el Judío, componía la suma de quarenta mil libras, que Teófilo esperaba ir aumentando empleándola con ventaja en el país mercantil á donde iba á establecerse. El Judío, que marchaba aquella misma noche á Inglaterra, había pedido un pasaporte para él y otro para Teófilo y Olimpia baxo los nombres del *Signor* y *Signora Andrazzi*. Entregó á Teófilo el pasaporte y el precio en que habían convenido

por

por las joyas y diamantes, y marchó inmediatamente unas dos horas antes que Teófilo.

Abuelita mia, interrumpió César, siento mucho que Teófilo haya dicho á su Padre una mentira; fingir deudas que no tenía, porque le diese dinero, me parece una mala accion.—No hai duda que lo es, no obstante Teófilo tenía nobleza y desinterés, como puedes juzgarlo tú mismo acordándote de que no quiso admitir los quinientos luis que su Padre le ofrecía.—En efecto, como su Padre se los daba á título de recompensa no pudo resolverse Teófilo á recibirlos: este rasgo me ha gustado.—¿Le admiras?—No Señora; me parece mui natural.—Y tienes razon. Teófilo tenía veinte mil libras y sus joyas, por consiguiente no estaba expuesto á padecer miseria; hubiera sido un hombre vil si en el instante en que abandonaba para siempre á su Padre hubiese admitido un don que le ofrecía como prueba de las satisfacciones que le daba su obediencia. Esta accion hubiera sido no solo baxa sino tambien capaz de envilecerle: volvamos ahora á nuestra historia.

A la media noche Teófilo se separó de Olimpia y fue al baile de la Opera. Se disfrazó, y despidiendo su coche y criados le dixo que Derval le llevaría á su casa quando saliesen del baile. De allí á un instante salió con la máscara puesta, y entrando en un coche de alquiler volvió á casa de Derval: halló á la puerta una silla de posta que Olimpia, conforme á lo que habían dispuesto, había hecho venir. Conduxo, ó mas bien llevó casi arrastrando; á ella á la temerosa y desgraciada Olimpia y al instante mismo marcharon. Nadie siguió las pisadas de Teófilo; había tomado varias precauciones que le aseguraban que quando se llegase á descubrir su fuga no dudaría el Baron en creer que se hubiese refugiado en España, y en efecto salió mui bien este artificio. Llegaron á Londres sin contratiempo alguno; el primer cuidado de Teófilo fue buscar en esta Ciudad un Sacerdote Católico; á media noche, y en presencia de dos criados, recibió con sumo gozo la mano de la triste Olimpia, la qual bañada en llanto durante todo el tiempo de la ceremonia, en nada ofrecía la

imagen de una jóven que se une al objeto que ama, antes mas bien parecía una víctima de la obediencia.

Pocos dias despues de su casamiento, no creyendo Teófilo estar seguro en una Ciudad llena de Franceses, salió de Londres y tomó con Olimpia el camino de Edimburgo; dexémoslos por ahora en el fondo de la Escocia; basteos saber que pasaron la mayor parte de su juventud entre la obscuridad, las lágrimas é infortunios.

Volvamos al desventurado Padre de Teófilo. Algun tiempo se pasó antes de que supiese la fuga de su Hijo. Este había salido de París á la hora en que el Baron solía acostarse: á la mañana siguiente supo que Teófilo no había vuelto, pero no lo extrañó imaginándose que estaría con Derval. No obstante á las diez envió á casa de este, y le informaron que Derval al salir del baile de la Opera había ido con algunos amigos á almorzar á una casa de campo que tenía á una legua de París. Entonces el Baron no esperó á su Hijo hasta la hora de comer; pe-

ro á las tres de la tarde empezó á entrar en cuidado, y con sobrada razon, puesto que Teófilo, naturalmente juicioso y arreglado en su conducta, nunca había hecho una ausencia tan larga de su casa. Inquieto y receloso toma un caballo el Baron, y vá él mismo á la casa de campo de Derval, en donde sabe que Teófilo no estaba en ella. No pudo sacar muchas luces de Derval, quien por temor de cometer alguna indiscrecion nociva á su amigo satisfizo con reserva á las preguntas del Baron, y aun le dió á entender que había pasado toda la noche en el baile con Teófilo.

Esta circunstancia tranquilizó un poco al Baron: volvió á su casa, y fue en derecha al quarto de su Hijo. Hizo abrir los cofres y papeleras que había en él, y no hallando ni sus joyas ni sus diamantes, acordándose entonces de la situacion en que la noche antes le había visto al tiempo de su despedida, no pudo ya dudar de su desgracia. Todas las informaciones que hizo le persuadieron que su Hijo se había refugiado á

Es-

España: Teófilo había dexado con mucho arte varios indicios que naturalmente debían producir este error, por tanto el Baron no dudó en creerlo cierto, y se determinó á ir á España siguiendo en persona los pasos de su Hijo. Al punto marchó, y recorrió toda la España; pero á su vuelta el cansancio y pesadumbres le obligaron á detenerse en Zaragoza. En esta Ciudad cayó gravemente enfermo: su convalecencia fue mui larga, le aseguraron los Médicos que no podía restablecerse enteramente si no iba á las aguas de Barege, por lo qual se determinó á pasar tres meses en aquel Lugar. Las reflexiones dolorosas que tuvo tiempo de hacer en aquella soledad agravaron mas sus males: el arrepentimiento mas amargo acabó de completar su desgracia. ¡Perdía un Hijo único y querido, y lo perdía por su culpa! Sus artificios se habían vuelto contra él, y se contemplaba víctima de la violencia que había empleado contra su Hijo: entonces conoció, aunque tarde, lo peligroso que es abusar del poder, y quan gran necedad es sacrificar á la am-

bi-

bición la equidad, el honor y la humanidad. Se hallaba dueño de inmensas riquezas; ¿pero de qué le servían? ¡ya no tenía Hijo! Acordábase con dolor de las gracias, dulzura y virtudes de Olimpia; no podía dexar de confesar que hubiera hecho felices á uno y otro; tampoco podía condenar en Teófilo una pasión que él mismo había fomentado, y lo que acababa de desesperarle era la certeza en que estaba de que nunca Teófilo hubiera abandonado á su Padre y patria si no se le hubiese querido violentar á casarse con otra. En efecto, si el Baron se hubiese limitado á declarar que no daría su consentimiento para la union de Teófilo y Olimpia; si no hubiese amenazado á este con privarle para siempre de su libertad si persistía en rehusar la mano de la Condesita, no hai duda que Teófilo, llorando la injusticia de su Padre, se hubiera sujetado á su voluntad: y si era cierto que Olimpia fuese estimable y digna del sumo amor que le había inspirado, ella misma le hubiera determinado con el tiempo á sacrificar una pasión desgraciada.

Todas estas reflexiones hizo el Baron. Es cierto que nunca había tenido la bárbara intencion de privar á su Hijo de la libertad, y que solo había querido intimidarle con esta terrible amenaza; pero conoció finalmente que el temor produce el disimulo, mas no la obediencia. Quatro meses pasó el desgraciado Baron en Barege; despues volvió á París, esperando que aun podría volver á hallar á su Hijo, y aunque se había pasado cerca de un año desde su fuga no omitió medio alguno para descubrir su asilo. Envió á Inglaterra, á la Suiza y á Holanda á un hombre de confianza que hizo para lograrlo las mas exáctas pesquisas, pero todas fueron vanas. Entonces acabó de perder toda la esperanza: una melancolía profunda se apoderó de él. Varias personas le aconsejaron que volviese á casarse, y la Condesa de Lisbé, que era su mayor amiga, le repetía continuamente que una muger amable era el único medio de hacerle olvidar un Hijo ingrato. Al principio desechó el Baron es-

te consejo ; pero aun era jóven , pues no tenía mas que quarenta y quatro años ; se consideraba aislado , era ambicioso y desgraciado , causas que fueron bastantes para que al fin se dexase seducir. La oferta de un enlace brillante y el deseo de tener hijos le determinaron á casarse con la Condesita de Lisbé , la misma que estaba destinada para Teófilo. Lisonjeábase el Baron de que le recompensaría de las desgracias de que ella misma era causa inocente ; pero esta ilusion duró poco.

No tardó mucho tiempo el infeliz Baron en conocer el genio de su Muger. Tenía esta harto poco juicio para hacer gala de su desenvoltura y de su inclinacion á la independencia. Tan ignorante como ociosa , su conversacion era igualmente frívola é insípida. Tenía además todos los vicios propios de una coqueta que no puede disimularse que no es bonita ; era envidiosa , mormuradora y de genio desigual : tenía mala cabeza , la imaginacion desarreglada y el alma fria ; finalmente , careciendo de reflexion , de principios

Y.

y de sensibilidad , no podía , ni hacer feliz á su Marido , ni aprovecharse de los consejos de su Madre , ni aun sacar utilidad de sus propias faltas y de la experiencia. Luego que tuvo la libertad de ir sola á todas partes casi no se la veía en su casa. Hacía visitas , no por cumplir sino por gastar en ellas tres ó quatro horas del dia ; la misma razon la hacía ir á los Teatros : no hallaba gusto ni en la Comedia ni en la Opera ; pero como estas funciones duran tres horas , al entrar en su aposento sentía un gran gusto pensando que iba á libertarse de todo aquel tiempo. Gustaba naturalmente del *loto delfin* , pero por grande que fuese el gusto que hallaba en esta diversion , no hubiera jugado todos los dias hasta las tres de la mañana á no ser por la agradable idea de que acostándose tan tarde se levantaría á la una del dia , y por consiguiente *no tendría mañana*. Este era siempre su modo de calcular , y este es tambien el de todas las personas que no sabiendo hacer un empleo útil del tiempo ponen todos sus esfuerzos en abreviar la vida.

El

El Baron, gimiendo sobre la conducta de su Muger, se acordaba á menudo, como á pesar suyo de que Teófilo no había huido sino por no verse obligado á casar con la misma persona que hacía el tormento del Padre despues de haber causado la pérdida del Hijo. ¡Oh Teófilo, exclamaba el Baron, mas que Padre he sido tu tirano! yo te sacrificaba á mi vanidad: el Cielo me castiga ahora del modo mas sensible aunque el mas justo. ¡Ah, ahora si que conozco quanto me engañaba en la eleccion que había hecho para tí, y lo fundada que era tu resistencia! el orgullo y la ambicion me cegaban, y soi dos veces víctima de mis yerros: he perdido á mi Hijo, y padezco todos los tormentos que él hubiera sufrido si me hubiese obedecido.

Solo sirvió el tiempo de acrecentar los pesares del Baron hasta tanto que su Muger se entregó al desorden con tanto escándalo que su Marido de acuerdo con su familia la hizo encerrar en un Convento, en el qual murió la infeliz antes de un año. De este mo-

modo vió el Baron disuelto al cabo de cinco años un lazo funesto y justamente detestado. No había tenido Hijos de su segundo casamiento; se volvió á ver mas solo que nunca. Oprimido de tristeza y de tédio, cansado de su exístencia y perseguido por el continuo recuerdo de un Hijo querido cuya ruina era obra suya, determinó viajar, buscando en las Provincias que no había visto objetos de distraccion que pudiesen hacerle olvidar sus penas, ó á lo menos apartar por algun tiempo las dolorosas reflexiones que le aquejaban. Partió para Dinamarca embarcándose en una nave mercantil; Un huracan violento le arrojó sobre las costas de Noruega. Hallóse la nave en medio de una multitud de isletas y con grave riesgo de zozobrar: algunos pilotos prácticos vinieron á socorrerla y la guiaron á una cala rodeada de altas montañas que la guarecían de los vientos y tempestades. Luego que hubieron desembarcado fue recibido el Baron en una casa que hacía parte de un lugar cuya singular situacion fixó toda su atencion.



Este lugar se compone de unas treinta casas todas construidas sobre puntas de peñascos que entran en el mar, y detrás de ellas hai montañas que parecen tocar con las nubes, y cubiertas de pinos, enebros y otros árboles. Cada habitacion está aislada y separada de la casa inmediata por un precipicio ó por el mar. Las casas están á mui corta distancia unas de otras, pero no tienen comunicacion por tierra á menos que los habitantes dando una vuelta mui larga no trepen por entre peñascos y breñas casi inaccesibles. En tiempo de verano la comunicacion se hace por medio de los barcos que les sirven para la pesca, y tambien para ir á visitar á algun vecino, porque aunque se hablan de una casa á otra no pueden pasar á ella sin embarcarse. Esto es causa de que entre ellos los niños de seis ó siete años saben gobernar una canoa. En tiempo de invierno el hielo les franquea una comunicacion mas pronta y facil. El alimento de estos isleños se reduce á pescados, pan de centeno y una especie de tortas hechas con miel,

pa-

pasas y harina. Todos ellos viven con iguales conveniencias: los hombres que son excelentes marineros no se casan hasta despues de haber viajado. El dinero que ganan en el tiempo de esta expatriacion les sirve á su vuelta para adornar sus casas, que todas están pintadas y barnizadas exteriormente, y en lo interior adornadas segun estilo de los Lugares de Holanda. Luego que un muchacho de vuelta de sus viages ha hecho eleccion de una compañera, se establece para siempre en el peñasco que le ha visto nacer. En él encuentra la felicidad, y no concibe que haya quien vaya á buscarla lexos de sus parientes, de su Muger é Hijos. El vestido de todos los habitantes de este Lugar es uniforme. Los hombres tienen vestidos azules, las mugeres llevan corsees y jubones de tela blanca con un rivete de galon de seda ó lana azul: el peinado de las jóvenes consiste en solo sus cabellos hechos trenzas y sujetos sobre la cabeza con un largo alfiler de oro. Finalmente, esta poblacion es tan apreciable y digna de verse por sus virtudes

des y pureza de costumbres como por lo extraño de su situacion (a).

La casa en que entró el Baron era de un hombre que hablaba bien el Aleman: el Baron sabía esta lengua de modo que no necesitó de intérprete: su huésped era un venerable anciano de edad de setenta y dos años. Este hizo entrar al Baron en un quarto compuesto y alhajado con mucho primor, cuya ventana daba vista al mar. Hizo el Baron varias preguntas al anciano: le preguntó entre otras cosas si tenía mucha familia. Si Señor, gracias al Cielo, respondió él; tengo seis Hijas todas casadas en este Lugar, y además tengo en casa un Hijo, su Muger, y siete Nietos Hijos suyos.—¿No se ha casado aun alguno de sus Nietos de Vmd.¿—Si Señor; el mayor es Padre de una niña de tres años.—¡Segun eso ve Vmd. los Hijos de sus Nietos!...—Y tengo la fortuna de ver todavía á mi Madre...—¡Su Madre de Vmd.!

(a) La Autora ha sabido estos pormenores de uno de sus amigos que ha estado cinco dias en este Lugar llamado *L' Ange-Sund*.

Vmd.! ¿pues qué edad tiene?—Noventa y seis años; pero aun está buena.—¿Y vive con Vmd.?...—Si Señor.—No dudo que Vmd. haga sus dias felices; pero quisiera saber, venerable anciano, ¿si es feliz tambien por sus Hijos?...—¿Cómo podrá dexar de serlo un buen Padre? Los míos nunca me han dado sino motivos de satisfaccion: los he criado lo mejor que he podido, y he procurado que se casasen segun su inclinacion; me quieren en extremo, y eso es natural...—¿Pues qué ninguno de ellos le ha desobedecido á Vmd. alguna vez?...—Nunca les he mandado cosa que no fuese conforme á la razon, y siempre los he hallado dóciles y obedientes. No hai duda que si hubiese usado de tiranía, habría perdido parte de mi autoridad. Mire Vmd. Imarkin mi Hijo mayor hubiera dado muchas pesadumbres á un Padre ambicioso. Quando volvió de sus viages le propuse por Muger la Hija del mas rico vecino del Lugar. Padre mio, me dixo, déxeme Vmd. pensarlo. Algun tiempo despues vino á hablarme: me confesó que amaba á

Kenilia, Sobrina de nuestra vecina. Yo le opuse que era pobre: él me repitió: yo la quiero; todos los dias desde mi ventana la veo trabajar, hacer todas las haciendas de la casa y cuidar de su anciana Tia. Quando la encuentro pescando y quiero acercarme á ella al punto vuelve su barco á otro lado, y hu-ye del mismo modo de todos los mozos del Lugar. Es buena, modesta, laboriosa; Padre mio, yo amo á Kenilia. ¿Qué podía yo responder á esto? prosiguió el anciano; póngase Vmd. en mi lugar: ¿Hubiera Vmd. sacrificado la felicidad de su Hijo á la avaricia? No lo creo: ¿qué corazon de hierro podría resistir á un Hijo que suplica y que pide una gracia de la qual depende la felicidad de su vida? Dí mi consentimiento y se casaron: hace ya treinta años que me bendicen con el afecto del mas vivo agradecimiento. Ninguno de mis Hijos excede á Imarkin en amor y respeto para conmigo. Y mire Vmd., despues de casado me confesó que si hubiese querido violentar su inclinacion hubiera sido capaz de hacer alguna locura; se hu-

hubiera embarcado y huido de aquí para siempre: estos son los frutos de la tiranía; casi siempre es causa de la rebeldía y desobediencia.

Grande fue la turbacion y desasosiego que causaron al Baron estas razones que volvían á abrir todas las heridas de su corazon. Despues de este razonamiento el viejo conduxo al Baron á la sala donde estaba junta su familia. El mismo presentó al Baron á la anciana Tatarabuela de edad de noventa y seis años, tierno y respetable objeto de los esmeros y dulce afecto, ó mas bien del culto de toda la familia: estaba sentada en una silla en medio de sus Nietos y Bisnietos. Era por la noche y la hora de la velada. Imarkin, el Hijo mayor del viejo, sentado al lado de su amada Kenilia contaba algunos cuentos ó relaciones de viages, que las mugeres y las solteras escuchaban hilando, y que fixaban toda la atencion de los mozos que aun no habían viajado.

Algun tiempo estuvo considerando el Baron aquella estimable familia, y despues

se retiró á su quarto. Luego que estuvo solo mil crueles reflexiones se presentaron de golpe á su imaginacion. ¡Desventurado de mí, decía, que me veo reducido á envidiar la suerte de este pobre anciano! Yo he desconocido, he sacrificado y he perdido para siempre esa felicidad tan pura que él disfruta en el seno de su familia....yo era padre y ya no tengo Hijo! Hubiera yo podido como este anciano hacer feliz á mi Hijo, disfrutar de su gratitud, recibir sus Hijos en mis brazos y ver crecer al rededor de mí su venturosa familia!...Pero me he privado de un Hijo y me hallo solo en todo el universo!

Hablando así el desgraciado Baron se paseaba por el quarto regando el suelo con sus lágrimas; gran parte de la noche se mantuvo en esta horrible agitacion. Unas veces se persuadía á que Teófilo ya habría muerto; le lloraba, y creía ver su sepulcro: otras se le representaba oprimido del peso de la miseria é infortunio, implorando al Cielo en favor de su Esposa é Hijos; se le figuraba que oía sus gemidos y voces, y la fuerza del

hor-

horror y compasion le hacían perder los sentidos. Maldecía, aborrecía la culpable ambicion y el orgullo insensato que habían ahogado en su corazon la equidad y los mas dulces impulsos de la naturaleza, entregándole para siempre en manos de inútiles arrepenimientos y de sinsabores eternos. La fatiga y el abatimiento le obligaron á echarse sobre su cama, y al cabo de algunas horas, quando ya se iba entregando al sueño, despertó con el ruido que oyó de varias canciones alegres acompañadas de mil gritos de contento. Conoció que aquel ruido venía de fuera: abrió la ventana y vió diez ú doce barcas muy pintadas y adornadas de ramos, llenas de hombres, de mugeres y de niños, y que parecían poseidos del gozo mas vivo. Aquella pequeña flota se iba acercando á la casa en que habitaba. A este tiempo entró en su quarto el anciano, y le dixo que todas aquellas barcas estaban llenas de sus Hijos y Nietos. Tengo seis Hijas, continuó el anciano, que son las que Vmd. vé con sus Maridos y familia: todos vienen á celebrar

los

los días de mi Madre. Todos los años en este día tenemos una función semejante. ¡Dios quiera hacerme ver hasta el fin de mi vida esta función tan grata para mí!...—Pero no cabrán todos en esta casa.—Así es, y por eso no vivimos todos juntos; pero ayudado de mis Hijos y Yernos voy á llevar á mi buena Madre á aquel barco adornado con cintas y que tiene una especie de dosel, y luego la conduciremos á una legua de aquí en la playa del mar, en donde hallaremos una buena comida prevenida, y tendremos el gusto de comer juntos debaxo de una tienda. Esta mañana nos hemos levantado al amanecer para ir á pescar: tenemos mucho y buen pescado, porque Dios bendice siempre esta pesquería. Nuestras criadas y algunas de nuestras Hijas se han quedado en la tienda para prevenir la comida. Si Vmd. quiere ver hombres felices, prosiguió el anciano, véngase con nosotros.

Diciendo esto agarró al Barón de la mano y lo llevó al cuarto de su Madre, á la que hallaron cercada de todos los de la familia que

que habían podido entrar. Tenía la anciana en su regazo un niño recién nacido. Luego que vió á su Hijo, ven Hijo mío, le dixo, ven á echar tu bendición al niño que nos ha nacido esta mañana. No podrá nuestra querida *Velia* asistir este año al banquete de familia, porque ha parido en tanto que estabais pescando. Mira, mira, ¡qué hermoso regalo nos envía! Entonces enternecido el viejo tomó al niño en sus brazos, le besó, y se le volvió á la anciana, que no podía resolverse á apartarle de sí. Despues que le hubo contemplado otro rato con un gozo inexplicable se resolvió por fin á marchar. El viejo, ayudado de sus Hijos y Yernos, transportó á su Madre en una silla poltrona á la barca que la estaba destinada, la única que tenía dosel y que estaba adornada con cintas.

Luego que la venerable anciana ocupó su puesto se renovaron las canciones, los gritos y aclamaciones. Esta era la señal de partir: colocaron al Barón por distincion en la barca de la Madre (que así llamaban todos á la anciana) y despues de tres cuartos de hora

ra de navegacion llegaron al sitio señalado. Las mugeres y muchachas que se habían quedado en la tienda para prevenir la comida llegaron corriendo á recibir á la *Madre*: hallándose entonces junta toda la familia, al punto la *Madre* salió del barco, su Hijo se puso de rodillas delante de ella, pidiéndola su bendicion para él y para todos sus Hijos. Entonces la *Madre* levantando al Cielo sus manos trémulas exclamó: ¡oh Dios mio! concede á mi Hijo hasta el último instante de su vida la felicidad de que me has hecho gozar! ¡Haz que sus Hijos sean siempre para él lo que él ha sido constantemente para mí! ¡Bendice, oh Dios mio, á todos estos Hijos tan amantes y respetuosos que son las delicias de mi vejez, y corra por tu cuenta recompensar á mi Hijo los setenta y dos años de felicidad que debo á su amor y á sus virtudes! Al acabar aquella buena y respetable *Madre* estas palabras juntó su rostro al de su Hijo enlazando los brazos á su cuello; las dulces lágrimas que vertían sus ojos se mezclaron con las que derramaba el ventu-

roso viejo: toda la familia se arrojó llorando, qual á los brazos de la *Madre*, y qual á los del Hijo, todos recibieron de ambos un amoroso abrazo acompañado de las expresiones del mas vivo y tierno afecto. Después de esta ceremonia tan piadosa se sentaron á la mesa, y al enternecimiento tan dulce que se acababa de experimentar se siguió la inocente y pura alegría. Acabada la comida llevaron á la *Madre* á una pradera deliciosa, en la qual pasaron la tarde jugando á diferentes juegos, ya corriendo ó ya bailando. En fin al anoecer volvieron á embarcarse y conduxeron á la *Madre* á su casa.

¿Quién será capaz de expresar lo que el *Baron* padeció en aquel día? Su corazón se despedazaba al ver aquellas imágenes de felicidad tan pura que excitaban en su pecho el arrepentimiento mas cruel; sin embargo, á pesar de lo acerbo de sus reflexiones, no pudo apartarse sin enternecerse de sus respectables huéspedes y de aquella feliz morada. Volvió á embarcarse y salió de *L'Ange-Sund* mas desgraciado y digno de lásti-

tina que nunca. El navio se hizo á la vela para Holanda, y llegó á Amsterdam á fines de Agosto. Estuvo allí algunos dias y despues fue á Utrecht. Esta Ciudad dista dos leguas de la habitacion de los *Hermanos Moravos*. Llámase así una numerosa sociedad de hombres y mugeres que viven juntos en una magnífica y espaciosa casa situada á la entrada de un Lugar llamado Zast. Quiso el Baron ver aquel establecimiento digno por tantos títulos de excitar la curiosidad de un viajante. Llegó á Zast á las tres de la tarde, y uno de los Administradores de la casa se encargó de hacérsela ver. Era este Administrador un antiguo Hermano Moravo que hablaba mui bien el francés, y que satisfizo con mucha urbanidad á todas las preguntas del Baron. Despues de haber visto este las salas de las mugeres y las de los hombres preguntó á su conductor si los *Hermanos unidos* recibían indistintamente entre ellos estrangeros de todas Naciones. Si Señor replicó el Hermano, *de todas las Naciones christianas*.—No obstante Vmds, son Calvinistas.—

Es

Es la religion que domina; pero se toleran todas las demás sectas.—¿Qué piden Vmds. de los que admiten en esta casa?—Pureza de costumbres, amor al trabajo y á la paz.—¿Se admiten tambien á los casados?—Si Señor: ademas de las salas que Vmd. ha visto hai otra parte de habitacion separada para los casados: cada matrimonio tiene un quarto bastante capaz y decente.—¿Es necesario para ser admitido saber algun oficio?—Si Señor, ó bien alguna habilidad útil, como, por exemplo, saber dibuxar, gravar ó pintar, y además necesitan algun dinero para los primeros gastos. No se piden habilidades ni práctica de oficio á las personas que tienen pension, esto es, que viven aquí pagando un tanto sin la necesidad de trabajar.—Es regular que tomen Vmds. informes acerca de la conducta de los que quieren ser admitidos.—Seguramente, á no ser que uno de los Administradores salga por fiador del que desea vivir con nosotros. Esta mansion feliz y pacífica es un asilo seguro contra la tiranía: qualquiera que se ve perseguido en

SU

su patria puede mudando nombre y dirigiéndose á alguno de los antiguos con alguna recomendacion ser admitido entre nosotros y vivir el resto de sus días ignorado y en paz. Así es que esta casa habrá servido varias veces de refugio á la virtud desgraciada y á los amantes perseguidos. Además se halla aquí el mayor de todos los bienes, que es una entera libertad. (a) Ningun voto nos li-

ga,

(a) Todos estos pormenores relativos á los *Hermanos Moravos* son conformes á la verdad, los que voi á referir son igualmente ciertos.

La habitacion de los *Hermanos Herneutas ó Moravos* es inmensa y su situacion la mas agradable: respiran el aire mas sano de la Holanda: el agua de *Zast* es excelente, ventaja poco comun en aquel país; sus jardines son hermosos y espaciosos. La casa se compone de varios cuerpos de habitaciones.

En aquel vasto recinto todas las mugeres viudas y sin hijos duermen en una misma sala y comen juntas en una especie de refectorio. La misma disposicion se observa para con las muchachas doncellas, para los hombres viudos y sin hijos, y para los muchachos; y así las personas de ambos sexos están separadas las unas de las otras. No es permitido á los *Hermanos viudos* y á los solteros ir á las salas de las viudas y de las doncellas. No se pueden ver sino en los jardines y en la Iglesia, y aun allí están separados. Las mugeres casadas viven con sus maridos y sus hijos, y forman pequeñas familias aparte. Todas las mugeres llevan ajustadores, y su tocado es el *beguin* Holandés atado debaxo de la barba con una cinta cuyo color sirve de distincion.

ga, ni hai violencia que nos detenga contra nuestra voluntad; somos dueños de viajar, de volver á esta casa, ó irnos de ella para siempre; pero ahora venga Vmd. á ver, prosiguió el Administrador, lo mas curioso de nuestro establecimiento. Estas últimas palabras distraxeron al Baron de la cabilacion en que estaba había un rato, y le hicieron que siguiese á su conductor, el que le llevó á las tiendas. Todo el primer piso de aquella espaciosa casa está unicamente destinado para las

cion. La cinta de las casadas es azul, la de las viudas es blanca y la de las solteras es colorada. Se llaman todas entre sí *Hermano y Hermana*, y parecen muy unidos.

Sus habitaciones están adornadas con la mayor sencillez, pero se halla en ellas una limpieza exquisita. Los *Hermanos mas antiguos* son los que tienen á su cargo la administracion de la casa: tambien se dirigen á ellos los *Hermanos y Hermanas* que quieren contraer matrimonio.

Su Iglesia es muy grande, no se ven en ella ni adornos ni pinturas, su figura es quadrada; dos grandes tribunas sôstenidas por unas columnas ocupan dos lados de esta Iglesia; en la una está el órgano, á los otros dos lados de la Iglesia están dispuestas varias filas de bancos; los de un lado son para los hombres y los de enfrente para las mugeres, estas entran por la puerta practicada al lado de sus bancos, y los hombres por la suya; de este modo los hombres y las mugeres



las tiendas, en las cuales se vén los diferentes Oficios en qué se emplean los Hermanos y Hermanas. El aseo y primor de las tiendas es digno de notarse: se halla en ellas de todo: obras de platero, paños, lienzos y telas, zapatos, muebles, porcelanas y pinturas

están separados en la Iglesia, y entran en ella por puertas diferentes.

En medio de la Iglesia se sienta un Hermano enfrente de una mesita sobre la qual está un libro grande. Todos están sentados en la Iglesia, los hombres no llevan sombreros: jamás se ponen de rodillas ni tienen libros de Horas, solamente al fin del rezo se levantan un instante antes de retirarse.

Se da principio á la ceremonia del modo siguiente: el órgano empieza á tocar; despues el Hermano que está en la mesita canta solo primeramente, y despues todos responden en coro. Durante este tiempo el órgano acompaña de piano. Esta música produce un efecto admirable, es suave, sencilla y magestuosa. Despues de la música el Hermano de la mesita hace una especie de sermon ó exórtacion en Alemán, y con esto se termina la ceremonia. Se juntan en la Iglesia dos veces cada día, la primera á las siete de la noche, y la segunda á las nueve tambien de la noche. Tres veces en la semana se predica en el tiempo de la primera oracion. Los demás días se lee la Sagrada Escritura. Su oracion no dura nunca mas de quarenta minutos; reina en esta casa un aire de modestia, de pureza, de sencilléz y de union que produce una sensacion deliciosa. Todos trabajan, todos están ocupados, y todos manifiestan tranquilidad, dicha y buena índole. Esto es lo que he visto en Zast.

ras &c. (a) Las habitaciones de los Hermanos y Hermanas están encima de estas tiendas.

Mucho le admiró al Baron la brillante y varia prespectiva que formaba aquella inmensa cantidad de tiendas. Al salir de la de un evanista pasó junto á la de un pintor y entró en ella. Un niño de ocho años sentado junto al mostrador era la única persona que había en la tienda. Estaba leyendo con la cabeza inclinada, y en esta actitud su pelo en bucles naturales le tapaba parte del rostro. Luego que vió entrar al Baron y á su conductor se levantó, y echando sus cabellos atrás con la mano, dexó patente un rostro tan hermoso y una fisonomía tan atractiva que el Baron se quedó un rato inmóvil en fuerza de la admiracion y sorpresa que le causó. El niño fue corriendo á abrazar al Hermano Administrador llamándole en Frances *amigo mio*. ¡Como! dixo el Baron, ¿Es

TOM. III.

G un Fran-

(a) Casi todas las mugeres hacen encaxes mui buenos. Ninguna mercancía se regatea: los Hermanos unidos tienen para cada cosa su precio fixo, y siempre con mucha equidad.

Francés este niño? No, replicó el Administrador, es Inglés; pero habla ya tres ó quatro lenguas, y sin eso, es tan dócil, tan cariñoso, tiene tanto deseo de aprehender, y es tan aplicado que se ha hecho el queridito de toda la casa; todos en ella aman á Polidoro...—¿Polidoro se llama?—Si Señor, ese es su nombre de pila...—Y el mio tambien: quiere el Cielo, ó precioso niño, para tu felicidad, que sea esa la única cosa en que te parezcas á mí!...—El tono y gesto del Baron al decir estas palabras llamó la atencion de Polidoro; clavó los ojos en él, y de improviso se le acercó de puntillas alzando la cabeza para abrazarle. Obligado el Baron de esta accion tomó el niño en sus brazos, y estrechándole contra su pecho no sin alguna turbacion: ¡Oh amable criatura, exclamó, qué feliz es tu Padre!...pues en verdad replicó Polidoro dando un suspiro, en verdad que no lo es!...No por cierto, añadió el Hermano Moravo, ha perdido una Esposa en quien idolatraba; pero halla en este niño, en la virtud y en el estudio, los úni-

cos consuelos que le quedan despues de semejante desgracia.

En tanto que esto decían, el niño derramó algunas lágrimas acordándose de su Madre. Enternecido el Baron volvió á abrazarle, y sentándose le puso sobre sus rodillas. Viendo el Administrador que el Baron hacía ánimo de estar algun tiempo en la tienda, le dixo que volvería dentro de media hora, y se fue. Solo el Baron con Polidoro, le miraba sin decir palabra, y él por su parte le consideraba con suma atencion: al cabo de algunos minutos cogiendo Polidoro la mano del Baron se la besó con sumo amor. ¿Pues qué, precioso niño, dixo el Baron, acaso lees en mi corazon? ¿Conoces todo lo que siento al verte?...Le quiero á Vmd. mucho, respondió Polidoro...—¿Tú me quieres?...—¡Oh, mucho! y no adivinará Vmd. por qué...—¿Pues cómo?...—Es que es Vmd. mui parecido á mi Papá. Al oír estas palabras sintió el Baron unos latidos de corazon tan violentos, que estuvo un gran rato sin poder articular palabra alguna; pero al fin le-

levantando los ojos al Cielo, exclamó: ¡podría yo esperar!...el nombre de este niño, el cariño sobrenatural que me inspira, el que él me manifiesta...todo parece que me anuncia...¡Ah! dime por Dios Polidoro, ¿en dónde está tu Padre? Llévame á verle...—Me ha dexado para ir á ver á uno de nuestros Hermanos que está enfermo.—¿Y ese Hermano dónde vive?—Al lado de nuestro quarto, aquí encima de la tienda.—Vamos al instante. Entonces se levantó el Baron, y Polidoro tomándole de la mano salió con él, cerró la tienda y le condujo á un quartito, en el qual hallaron á una criada á quien Polidoro encargó que fuese á buscar á su Padre.

El Baron poseido de un temblor universal se sentó, tenía siempre agarrado de la mano á Polidoro. El exceso de su turbacion é inquietud daban á su semblante un aire de locura que intimidaba á Polidoro, y no se atrevía á levantar los ojos para mirarle. Uno y otro estaban callando, quando de improviso oyen pasos. Ya viene Papá, dixo Polidoro mui alegre. El Baron se pone colo-

ra-

rado, pierde el color, se levanta, vuelve á sentarse por no poder sostenerse; abren la puerta...entra un hombre: El Baron dirige á él su vista tímida y ansiosa...nueve años de penas, sus tormentos y remordimientos, todo se ha olvidado; conoce á su Hijo!... Teófilo está á sus pies...

Enagenado Teófilo y respirando apenas, se halla con inexplicable deleite en los brazos de su Padre; un sentimiento tan natural suspendió por entonces la profunda tristeza que le oprimía. Siente correr por su rostro las lágrimas de su Padre; oye á aquel Padre tan temido, aunque amado, repetir llorando los nombres de Teófilo y Polidoro: le parece que recibe una nueva existencia; pero á poco tiempo un cruel recuerdo alteró aquel gozo, mezclando su amargura con aquellos instantes tan dulces.

Luego que el Baron y Teófilo pudieron hablar y expresar lo que sentían, se dixeron mutuamente lo mismo á corta diferencia. Uno y otro habían experimentado los mas crueles remordimientos, pero habían pues-

to en olvido sus culpas recíprocas y solo se acordaban de su arrepentimiento. Teófilo puesto de rodillas imploraba su perdón, en tanto que su Padre bañado en llanto le suplicaba que le perdonase sus violencias y tiranías, funestas causas de las desgracias de ambos. Finalmente, después de haber abrazado el Barón mil veces á Teófilo, tomó en sus brazos á Polidoro, dándole con esto la mayor alegría que estaba en estado de sentir, empleando en aquel niño las caricias del Padre mas tierno. Contemplaba Teófilo arrobado á su querido Polidoro entre los brazos de su Padre; pero en medio de aquel gozo tan puro varias veces salía de su boca el nombre de Olimpia. Entonces se veían en su rostro la expresión del dolor ocupar el puesto de la alegría: de este modo hallaba en su felicidad misma nuevos motivos de sentimiento y de llanto.

Luego que el Barón se hubo sosegado algo, advirtió con dolor la cruel mudanza de la figura de Teófilo: solo el corazón de un Padre podía haberle conocido. El tiempo no

destruye mas que la frescura de la primera juventud y la hermosura; pero las desgracias borran hasta la expresión del semblante. Era en vano buscar en Teófilo aquellos ojos tan vivos y expresivos en otros tiempos: toda su persona manifestaba el abatimiento y languidez de su espíritu. También fueron parte para aumentar el dolor del Barón los objetos que tenía á la vista: el cuarto en donde Teófilo había vivido varios años; aquellas paredes desnudas de adornos, su pobre cama y la de Polidoro... Todo lo que se presentaba á su vista hacía revivir en su alma las mas dolorosas ideas. Finalmente apretando el Barón entre sus manos la de Teófilo, le dixo: no dilatemos, Hijo mío, nuestra partida; apartémonos de este obscuro asilo en donde has gemido tanto tiempo; huyamos de este cuarto cuya vista hiere mis ojos y despedaza mi corazón: volvamos á nuestra patria á conducir á tu Hijo á la casa paterna.

Padre mío, respondió el triste Teófilo, quando Vmd. se digna perdonarme y re-

conocer á mi Hijo yo debo dedicarle mi vida...no hai duda que iré con Vmd... pero permítame que lleve por la última vez á Polidoro á llorar sobre el sepulcro de su desventurada Madre...aquí se detuvo Teófilo, sus sollozos le embargaron la voz. No pudo el Baron responderle sino con lágrimas. ¡Oh Padre mio! exclamó Teófilo: ¿Será cierto que Vmd. honre su memoria con un recuerdo paternal?...Anda, replicó el Baron, vé Hijo mio, y cree que tu Padre llora su pérdida tanto como tú!...A estas palabras Teófilo abrazó estrechamente á su Padre: ¡Ah! le dixo, si Vmd. la hubiese amado adoptándola...pero ya no vive! Al decir esto, se apartó Teófilo de su Padre, y cogiendo á Polidoro de la mano salió del quarto apresuradamente.

En tanto que el infeliz Teófilo regaba por la última vez con lágrimas el sepulcro de Olimpia, el Baron prevenía lo necesario para marchar al punto; despues de haberse despedido de los Administradores, él, Teófilo y Polidoro se pusieron en camino y lle-

garon á Utrecht ya de noche. A la siguiente, luego que Polidoro se hubo acostado, el Baron refirió mui por extenso á su Hijo quanto le había sucedido en todo el tiempo de su separacion.

A este punto interrumpió la Baronesa su narracion dando fin á la velada, que prosiguió al dia siguiente en esta forma.

Luego que el Baron hubo acabado la triste narracion de sus desgracias, Teófilo tomando la palabra le refirió las suyas. Despues de haber pintado sus remordimientos y el dolor que había experimentado al apartarse de su Padre; entró en el pormenor de su fuga, de su llegada á Londres, de su casamiento y de su viage á Escocia: luego que llegamos á Edimburgo, prosiguió Teófilo, tomamos la precaucion de volver á mudar de nombre. De allí á poco entré en algunas empresas de comercio; pero como no tenía conocimiento alguno de los hombres ni de los negocios me engañaron y me engañé yo mismo, de suerte que en menos de ocho meses perdí y gasté mas de la mitad del dinero que

había sacado de Francia. Entre tanto mi Muger iba acercándose al tiempo de parir, y á los diez meses de nuestro casamiento parió á Polidoro. Luego que me ví Padre acabé de conocer quan horrorosa era mi situacion: regué con mis lágrimas aquella criatura tan amada, y la pasion que me inspiraba era el mas cruel torcedor de mi afligido corazon; al tiempo que le abrazaba mil veces con todo el afecto que un Padre puede sentir, era tal mi desgracia que no podía dar gracias al Cielo porque me le había dado: encerraba con cuidado dentro de mi alma estas penas crueles, ocultándoselas sobre todo á mi Muger. Quería yo que ella me creyese contento con mi suerte, por lo qual me veía privado del consuelo de manifestarle mi corazon. Ya había yo perdido todas las ilusiones que me habían alucinado: ya no era Olimpia á mis ojos mas que una tierna y virtuosa amiga. El amor perdía en fin el dominio sobre mi razon; la amistad sólida y tierna hubiera podido hacernos mas felices; pero sin una confianza íntima

de

de qué alivio puede servir en los pesares? Debía yo, mirando por la tranquilidad de Olimpia, ocultarla mis ideas, mis reflexiones y remordimientos: esta reserva tan penosa se me hacía cada dia mas insoportable. Algunas veces temía que Olimpia no padeciese en secreto el mismo tormento, y esta idea acababa de colmar mis penas.

Es cierto que la igualdad de genio y tierno amor de Olimpia hubieran debido tranquilizarme. Desde el instante en que recibí su mano hasta los últimos de su vida nunca salió de su boca la menor queixa; nunca me afligió con reflexiones tristes ó empleando alguna reconvencion indirecta. Me hablaba mui á menudo de su felicidad, y aparentaba creer que yo participaba de ella; pero es mui natural suponer en otros la disimulacion que uno mismo emplea. Varias veces estando sola la sorprendí bañada en llanto: entonces si la preguntaba la causa, era temblando, y la oía con desconfianza. Siempre atribuía á un exceso de sensibilidad y á causas absolutamente estrañas de nuestra si-

tua-

tuacion aquellas lágrimas que vertía á sus solas; entonces me era preciso fingir que la creía, y esta era otra pena mas: de este modo pasamos tres años en Escocia. Al cabo de este tiempo, ya casi del todo disipado el dinero que yo tenía, me resolví á poner en el fondo perdido sobre la vida de mi Muger y de mi Hijo quince mil libras que me quedaban. Mi Muger deseaba volver á Inglaterra, yo vine en ello, y marchamos sin dilacion. Luego que llegamos á Londres no pensé mas que en colocar bien los tristes restos que me quedaban de mi naufragio, aquellas quince mil libras que podían á lo menos asegurar la subsistencia de mi Muger é Hijo. Concluido este negocio como yo deseaba, nos retiramos á un Lugar poco distante de Londres, en donde hubiera podido conocer la felicidad á no ser por los crueles recuerdos que me privaban del sosiego, bien el mas precioso que se puede hallar en la soledad. No echaba yo de menos ni las riquezas ni la magnificencia, y sí solo la gloria: gemía al verme á veinte y dos años expatriado, sepultado en una

aldea con la triste víctima de mi locura, y un niño infeliz destinado á vivir en el abatimiento y miseria. Tampoco podía apartar de mi imaginacion la idea penetrante de las penas que causaba á un Padre á quien nunca he dexado de amar en extremo: me parecía, Padre mio, que le veía á Vmd. espirar de dolor, maldiciendo al Hijo culpable que le había abandonado. Esta horrorosa imagen me perseguía en todas partes; de dia me oprimía, y por las noches me espantaba con los sueños mas funestos. Mil veces me he despertado bañado en sudor frio en medio de las convulsiones, el terror y desesperacion, gritando: *¡Padre mio, no acabe Vmd. esa horrible maldicion!...* Grito terrible del remordimiento que turbaba á menudo el sueño de mi Hijo, penetrando hasta lo íntimo del corazon de la sensible y desventurada Olimpia.

Dos años se habían pasado despues de nuestra vuelta á Inglaterra quando un suceso imprevisto nos sepultó en el abismo de las desgracias. El hombre en cuya casa había impuesto mis quince mil libras quebró, perdiendo yo

de este modo quanto poseía en el mundo... escuso á Vmd., Padre mio, la pintura de lo que padecí en aquellos primeros instantes!... hallé en fin en los sentimientos de Esposo y de Padre el valor que necesitaba. Había aprendido á dibujar en mi juventud; esta habilidad que era todo mi recreo en mi soledad, fue un recurso útil en nuestro desastre. Yo conocía en Londres á un célebre gravador; á este pedí me buscasse trabajo, como lo hizo, y seis meses despues satisfecho de mi habilidad me ofreció un alojamiento en su casa, que yo acepté. Era este hombre Hermano Moravo, y había estado quatro años en Zast: me hablaba á menudo de este establecimiento, de suerte que en breve determiné retirarme á este asilo: Olimpia manifestó el mismo deseo. Hablamos á nuestro generoso protector, el qual nos recomendó mui particularmente á los Administradores, y fuimos recibidos. Luego que llegamos á Zast dexó Olimpia su vestido á la Inglesa para ponerse el uniforme de la casa. No puedo explicar lo que sentí el verla por la primera vez cubierta de

de aquel tosco sayal... su belleza en aquel trage sobresalía mucho mas: mirábala yo con un enternecimiento doloroso, y ella que leyó en mi corazon, queriendo distraerme de aquellas crueles ideas, me aseguró estaba mui contenta con su nuevo vestido, y que nunca había llevado otro mas de su gusto. Me arrojé á sus pies regando con mis lágrimas la mano que me alargaba, y ella me abrazó diciendo que no alcanzaba la causa de mi afliccion; pero en tanto que decía esto el llanto inundaba su hermoso rostro...

No pude hallar en Zast ni la felicidad que había perdido para siempre, ni el sosiego que huía de mí. Consagré á la educacion de mi Hijo todos los instantes que no empleaba en el trabajo: amaba tiernamente á este niño; pero aun este sentimiento tan natural era para mí un manantial inagotable de inquietudes y de penas. Aun quando hubiese podido considerar sin horror su suerte venidera, ¿cómo podía esperar de mi Hijo una sumision que yo no había tenido con mi Padre? Creyéndome cargado de la maldicion de



este Padre justamente irritado, ¿cómo podía lisonjearme de que el Cielo me hubiese dado un Hijo dócil y agradecido? Estos pensamientos tan crueles despedazaban mi alma; pero en breve un temor espantoso é inopinado me hizo conocer que aun había para mí penas mas crueles que todas las que había padecido en el tiempo de mi expatriacion.

La salud de Olimpia iba descaeciendo visiblemente, pero ella conservando siempre su acostumbrada dulzura, jamás se quejaba. Me respondía constantemente que no tenía mal ninguno: con todo hice venir de Utrecht un Médico que al principio calmó mis inquietudes; pero pasados tres meses pareció entrar en cuidado y pronunció en fin la terrible sentencia que me entregaba á un dolor eterno!...Mucho tiempo había que Olimpia conocía su situacion: la Religion y el infortunio le hicieron arrostrar la muerte con serenidad. Un Sacerdote que vivía en Utrecht venía á verla en secreto. Le tuve en mi quarto tres días...¡Ah! ¡Quien podrá borrar ja-

jamás de mi memoria el horroroso recuerdo de aquellos tres deplorables dias!...No tendré, Padre mio, el valor de pintar aquellos instantes llenos de horror, y le he tenido para vivir!...pero Olimpia me impuso esta lei... mi vida era necesaria á mi Hijo...tome Vmd. prosiguió Teófilo vertiendo un mar de lágrimas, tome Vmd., lea esta carta; este escrito sagrado para mí, encierra la última voluntad de Olimpia: su Confesor me le entregó en el instante mismo en que el exceso de mi desesperacion iba sin duda á precipitarme. Diciendo esto sacó el desventurado Teófilo de una cartera la carta que Olimpia le había escrito el día antes de su muerte. El Baron sufocado con la abundancia de sus lágrimas se arrojó en los brazos de su desgraciado Hijo: gran rato estuvieron abrazados sin poder expresar los sentimientos que despedazaban sus almas sino con sollozos y gemidos...Tomó en fin el Baron la carta de Olimpia, y despues de haberse enjugado los ojos, leyó lo siguiente:

»He querido saber la verdad...acaban de

»decirme que este día será quizás el postrero  
 »de mi vida... ¡Teófilo!... ¡Con que para siem-  
 »pre voi á desaparecer de tu vista! El vín-  
 »culo sagrado que nos une, esta noche ó  
 »mañana se verá disuelto! Mañana, Teófilo  
 »y Polidoro se apartarán para siempre de Olim-  
 »pia!... ¡Ah! que á lo menos estos renglones me  
 »traigan á la memoria de mi Esposo y de  
 »mi Hijo, que sirvan para manifestarles mis  
 »verdaderos sentimientos y el fondo de mi  
 »corazon, y que esta confesion que hago,  
 »haciendo á Teófilo que ame cada vez mas  
 »á la virtud, pueda ser algun dia una lec-  
 »cion útil para mi Hijo. ¡Oh tú que me has  
 »sacrificado todo, tú á quien he privado de  
 »Padre, familia y patria! ¿cómo has podido  
 »crear ni un solo instante que yo estuvie-  
 »se resignada con mi suerte?... No, Teófilo,  
 »había yo leído en tu alma, conocía todas  
 »tus penas, y te ocultaba las mias que han  
 »sido mucho mayores. Entrambos hemos co-  
 »nocido la voz de la razon en el profundo  
 »abismo en donde nos precipitaron las pa-  
 »siones; nuestros yerros mismos han destrui-

»do la ilusion que nos ha perdido! ¿Y quién  
 »podrá mejor que los remordimientos hacer  
 »renacer la razon y manifestar la verdad?...  
 »El amor te hizo faltar á las mas sagradas  
 »obligaciones; pero en breve recobró la na-  
 »turalza todos sus derechos, y ya no con-  
 »siderastes en la triste Olimpia mas que el  
 »objeto infeliz, causa de todas tus penas y  
 »cómplice de tus yerros. Perdiendo tu amor  
 »no he podido siquiera tener la esperanza  
 »de ser tu amiga. ¿Qué confianza puede ha-  
 »ber entre dos culpados que conocen sus  
 »errores, que gimen sobre su ceguedad, que  
 »se ven imposibilitados de expiarla y que  
 »se atribuyen mutuamente sus desgracias?...  
 »Era preciso callar; ¡pero qué esfuerzo! y qué  
 »penoso fue para mi alma! ¡Cómo, despues de  
 »siete años, este corazon únicamente ocupa-  
 »do en tí y en mi Hijo, este corazon des-  
 »pedazado no se ha atrevido jamás á ma-  
 »nifestársete un solo instante! Siempre solos  
 »y siempre juntos, el cuidado de engañarnos  
 »y de disimular ha sido nuestra principal ocu-  
 »pacion.... La razon, la compasion y la amis-

»tad misma nos imponían esta lei...; La amis-  
 »tad nos prohibía la confianza!...; Situacion  
 »igualmente rara y rigurosa! ¿Y podré llo-  
 »rar mi muerte?...; Ah Teófilo! La idea de una  
 »eterna separacion es sin duda alguna igual-  
 »mente dolorosa y terrible; pero quando  
 »conocieres quan grandes son los tormentos  
 »de que me libra la muerte, no es creíble  
 »que gimas sobre el destino que nos aparta...  
 »¿Y cómo es posible sobrellevar la vida  
 »viendo á lo que se ama en la mayor des-  
 »gracia y siendo nuestros males nuestra pro-  
 »pia obra? Yo sola soi la causa de nuestras  
 »desgracias; mi imprudencia dió á tu Padre  
 »pretextos y justas causas de faltar á su pa-  
 »labra. Yo había perdido mi reputacion; tu  
 »Padre me negó por Hija y podía hacerlo  
 »justamente. No hai duda que la ambicion  
 »le hizo tiránico; pero la naturaleza le ha-  
 »bía dado una autoridad sin límites y de que  
 »podía usar: tú no podías rebelarte sino  
 »faltando á la mas santa de todas las obliga-  
 »ciones...; Ah! Si consultando mas la razon hu-  
 »bieses abjurado el insensato y culpable pro-  
 »yec-

»yecto de huir y de abandonar la casa pa-  
 »terna, el tiempo y tu constancia, no lo du-  
 »des, hubieran ablandado á tu Padre! ¿Por  
 »qué añadir la traicion á la desobediencia?  
 »Por qué no le decias: *Mi corazon ya no*  
 »*es mio, Vmd. mismo me ha hecho entregar-*  
 »*le; no puedo disponer de mi mano sin su*  
 »*consentimiento. Vmd. me niega la licencia*  
 »*que imploro, me someto á ese rigor; pero no*  
 »*exija Vmd. que me haga perjuro, no me*  
 »*obligue á formar otra union y por mi par-*  
 »*te le prometo no volver á ver el objeto de*  
 »*una pasion tan desgraciada....* He aquí el sa-  
 »ludable consejo que yo hubiera debido dar-  
 »te quando fuistes á participarme tu funes-  
 »to designio. Declarándolo todo á tu Pa-  
 »dre y hablándole con una noble sinceridad  
 »no hai duda que le hubieras irritado, pe-  
 »ro te amaba. Lo mas que pretendía quan-  
 »do te amenazaba y se mostraba inflexible  
 »era amedrantarte. ¿Cómo es posible creer  
 »que hubiese castigado con severidad una  
 »resistencia acompañada de tanta sumision,  
 »una resistencia que tantos motivos hacían

«á lo menos escusable? ¿Hubiera podido re-  
 «solverse á privar de la libertad á su Hijo  
 «único y toda su esperanza? No, no lo creas;  
 «seguro de tu firmeza y constancia, tarde  
 «ó temprano hubiera condescendido con nues-  
 «tros deseos...¿Es posible que en el instan-  
 «te de perdernos no nos haya ocurrido este  
 «pensamiento? Pero me amenazabas con qui-  
 «tarte la vida; el espanto me privaba de la  
 «reflexión y el amor te cegaba. Si yo hu-  
 «biese tenido algo mas de juicio y experien-  
 «cia hubiera podido convencerte; á pesar  
 «de mis temores y presentimientos estaba  
 «lexos de preveer todos los tormentos que  
 «he padecido. Si hubiese yo podido leer en  
 «lo venidero te hubiera convencido de que  
 «valía mil veces mas renunciar el uno al otro  
 «anulando nuestros mutuos juramentos, que  
 «no precipitarnos en este abismo de males.  
 «Supongamos que yo hubiese tenido bastan-  
 «te valor y generosidad para determinarte á  
 «casar con la que aborrecías; supongamos que  
 «la Condesita hubiese justificado tu aversion  
 «con su conducta: con todo ¡qué consuelo

«no hubieras hallado en tí mismo y en el  
 «seno de tu Padre! ¡Qué distracciones no hu-  
 «bieras hallado en el mundo, en las diver-  
 «siones y en los negocios! Los sentimientos  
 «de la naturaleza y el amor de la gloria hu-  
 «bieran llenado tu corazon é ilustrado tu  
 «vida: hubieras en fin conocido la dicha de  
 «tener Hijos y de poder decir: *Les daré una*  
 «*excelente educacion, les dexaré quantiosos bie-*  
 «*nes y un nombre que nadie podrá disputar-*  
 «*les...* Y yo volviéndome á mi Provincia lle-  
 «vaba por consuelo mi inocencia y el recuer-  
 «do de un sacrificio virtuoso, y hubiera podi-  
 «do disfrutar de los placeres que ofrecen la  
 «soledad y el descanso... ¡Ah, si en el instan-  
 «te en que me arrastrabas á mi perdicion una  
 «amiga compasiva me hubiese hecho hacer es-  
 «tas reflexiones!... Pero huérfana, infeliz, me  
 «veía privada de mi único apoyo; mi Tia  
 «había muerto; no tenía quien me guiase,  
 «y amando el honor y la virtud mas que  
 «mi propia vida, he sacrificado uno y otro...  
 «¡Y la insensata y presuntuosa juventud teme  
 «los consejos y desea la independenciam! ¡Oh

»Polidoro! algun dia leerás esta carta : sírvate  
 »te para desconfiarte de tí mismo , sírvate  
 »para conocer que el talento y la intencion  
 »pura no pueden servir de experiencia ; sírvate  
 »vate en fin para convencerte de que las pa-  
 »siones no hacen mas que extraviarnos y cau-  
 »sarnos mil desgracias , y cree firmemente que  
 »solo en la práctica de la virtud se halla la  
 »verdadera felicidad....¡Adios , Teófilo!.... Me  
 »atrevo á esperar que tu suerte en lo veni-  
 »dero será mas feliz....Tu Padre vive...!Ah,  
 »no sea parte mi memoria para turbar vues-  
 »tra felicidad , si el Cielo permite que vuel-  
 »vas á verle!...Considera que aun quando tu  
 »Padre me adoptase y reconociese por su  
 »Hija , no podría hacerme feliz.... ¿ Con  
 »qué cara me atrevería yo á presentarme  
 »delante de las gentes , despues de haber  
 »faltado á todas mis obligaciones?...Tú pue-  
 »des presentarte sin vergüenza : sin duda eres  
 »culpado , pero te queda el honor!... y la  
 »Muger á quien el amor alucina y extravía  
 »queda envilecida. He vivido en la obscu-  
 »ridad devorada de remordimientos , pero á

»lo

»lo menos no he tolerado ni el peso de la  
 »vergüenza , ni el horror del desprecio pú-  
 »blico....No he visto á mi Esposo avergon-  
 »zarse del lazo fatal que nos une...Tal es mi  
 »suerte....No hai suceso que pueda volverme  
 »la felicidad , ya no la hai para mí en la tier-  
 »ra!...¡Adios querido y desgraciado Teófilo!....  
 »Vive para tu Hijo , sírvate ese Hijo que-  
 »rido de consuelo en las penas que te ha  
 »causado su Madre! Este es el postrer voto  
 »de mi corazon....Sírvate la Religion que me  
 »fortifica para consolarte....Dios reprobó nues-  
 »tra union ; él nos separa!...Adorémos su jus-  
 »ticia y sujetémonos.

¡Ah! exclamó el Baron despues de ha-  
 ber leído esta carta , querida Olimpia , víc-  
 tima desgraciada de mi injusticia y ambicion!  
 ¡De qué felicidad me he privado á mí mismo  
 rehusando adoptarte por Hija! ¡Oh Hijo mio,  
 vuelvo á encontrarte , pero no podré hacer-  
 te feliz! ¿ Y aun yo podré serlo?...Padre mio,  
 respondió Teófilo , yo le consagraré á Vmd.  
 mi vida ; pero renuncio para siempre al mun-  
 do : retirado , oculto en la casa paterna , solo

pa-

para Vmd. y para mi Hijo quiero vivir, Pues bien; dixo el Baron, dediquémonos enteramente á la educacion de Polidoro: pase le-xos del mundo su niñez y los primeros años de su juventud: formemos en la soledad su corazon y entendimiento: conozca las delicias de la vida campestre y de los placeres sencillos, para que algun dia quando se halle en medio del tumulto de una vana disipacion pueda desearlos como los únicos placeres puros y verdaderos.

Aprobó Teófilo con gusto un proyecto tan conforme á su inclinacion y se puso en execucion al instante. Compró el Baron una hacienda á cien leguas de París y se retiró á ella con Teófilo y Polidoro. Si algunas memorias tristes le impidieron disfrutar de una felicidad perfecta, halló á lo menos toda aquella de que podía gozar. El cuidado y la ternura de Teófilo y las virtudes del jóven Polidoro hicieron el consuelo y delicias de sus últimos dias. Tuvo antes de morir la satisfaccion de asegurar la dicha de Polidoro escogiéndole una Esposa amable y virtuosa que

que fue el ídolo y la gloria de su Esposo y familia.

Calló la Baronesa, y como aun era temprano se habló algun tiempo. Mucho me gusta, dixo el Abate, la descripcion de *L' Angesund*. La vieja de noventa y seis años y el banquete de familia que el Baron presenció me hacen acordar de una funcion mui parecida á aquella...—Háganos Vmd. el gusto de referirla, Señor Abate.—De buena gana. Hallándome en Rusia, viajaba por el mes de Julio en la Livonia (a) con un Ruso amigo mio; quiso que nos detuviésemos en una casa de campo, de la qual era dueño uno de sus parientes. El aspecto de dicha casa me dexó admirado, pues mas bien parecía una pequeña Ciudad que una casa grande. Se componía de un espacioso edificio rodeado de otros doce mas pequeños, que se comunicaban todos por medio de galerías cubier-

(a) La Livonia es una de las mas hermosas Provincias de la Rusia; es tan fértil en granos que se la llama el Granero del Norte. La Capital de esta Provincia es la grande y rica Ciudad de *Riga*.

biertas. Eran las nueve de la mañana quando llegamos á esta habitacion. Hallamos á todos los criados muy ocupados: mi amigo preguntó por el Señor Novorgevo (que era el dueño de la casa) y le dixeron que una de sus Nietas acababa de parir. Siendo así, prosiguió mi amigo, lo mejor es irnos á pasear un rato, y diciendo esto nos apartamos de la casa. Entonces le hice yo varias preguntas, á las quales satisfizo del modo siguiente: Novorgevo, me dixo, es un anciano venerable de setenta y cinco años; goza de unos bienes considerables que á nadie debe mas que á sí mismo. Este sitio le ha visto nacer, pero nació en una choza. Su Padre era labrador, y no poseía mas que el sitio en donde despues se construyeron esas habitaciones, algunos pedazos de tierra aquí inmediatos, y el bosque á donde vamos á pasearnos. El jóven Novorgevo hizo de edad de catorce años un viage á Riga; un Negociante pariente de su Padre se encargó de él; manifestó el muchacho mucha aplicacion y talento, se instruyó, y su pariente formó tan

bue-

buen concepto de él, que le envió á Petersburgo con algunas cartas de recomendacion seguro de que para adelantarse no necesitaba mas que darse á conocer. En efecto en un país en donde se puede, sin la ventaja del nacimiento, aspirar á los honores y puestos mas brillantes, no podía el jóven Novorgevo dexar de hacer un gran papel. En breve tiempo halló protectores y siguió la carrera de las armas. Despues de haber manifestado en la guerra igual prudencia y valor fue llamado y empleado en la Corte. En este tiempo tuvo la desgracia de perder á su Padre: dos Hermanas le quedaban que rehusaron constantemente los dones que su cariño les ofrecía. Estas dos Hermanas, modelos de la mas tierna amistad y de una moderacion mucho mas rara, no quisieron casarse nunca por no separarse, contentándose con el estado en que habían nacido. Seducido Novorgevo por la ambicion hizo un casamiento brillante: su Muger se portó con modestia y arreglo, pero le causó mil pesares con su genio orgulloso y altivo: mu-  
rió

rió dexándole seis Hijos, tres niños y tres niñas, de los cuales el mayor tenía ocho años. Entonces Novorgevo hizo dimision de todos sus empleos y pidió su retiro. Los honores y grandezas no habían hecho mas que deslumbrarle; quiso finalmente gozar de la tranquilidad. Salió de la Corte y fue á ver á sus Hermanas para no separarse mas de ellas. Luego que llegó aquí hizo construir ese vasto edificio, pero conservó intacta la humilde morada de sus Padres que se halla al cabo de este bosque, y es para él como un templo reverenciado que va á visitar todos los dias. Se dedicó enteramente á la educacion de sus Hijos, y sus Hermanas le ayudaron en esta empresa; al mismo tiempo renovó la amistad con los labradores amigos antiguos de su Padre, y despues de haber exâminado con cuidado lo interior de sus familias escogió entre ellos los Maridos y Mujeres que destinaba á sus Hijos. En consecuencia de este proyecto se encargó de la educacion de los jóvenes que se proponía elegir para Yernos y Nueras. No era esta edu-

educacion mui esmerada: solo quería que supiesen leer, escribir y contar; que tuviesen buen modo, pureza de costumbres, una devocion verdadera y aficion al trabajo. Ha logrado sus virtuosos designios conforme deseaba, casando todos sus Hijos como lo había pensado, y hoy dia es el mas venturoso de todos los Padres. Como cada año se iba aumentando su numerosa familia, que vive con él, se ha visto en la precision de ir construyendo sucesivamente los doce pavellones que rodean su casa: en ella vive, como los antiguos Patriarcas, en compañía de sus dos respetables Hermanas y una multitud de Hijos y Nietos, todos vestidos como él y como sus Padres, esto es, de aldeanos y aldeanas, pero disfrutando todas las conveniencias de la vida y gozando de una felicidad poco apetecida del comun de los hombres porque no la conocen. Al acabar mi amigo su narracion entramos en el bosque. Reparé que de cada árbol pendía una targeta en la qual estaba escrita una fecha y un nombre; pregunté á mi amigo qué significaba aquello. Es preciso,



me dixo, que antes de todo sepa Vmd. una costumbre antigua de esta Provincia, y cuyo origen ignoro. Luego que nace una criatura, su Padre planta un árbol en el qual se pone el nombre del niño y el año en que ha nacido. (a) Así es que cada propietario de un terreno de tal qual extensión tiene uno de estos bosques sagrados en donde nunca llega la segur á los árboles; pero quando algun árbol se seca ó descaece por algun acontecimiento, entonces se determinan á cortarle, lo que se hace con mucho aparato. Se junta toda la familia y los vecinos: delante de todos se corta el árbol y se transcribe en un libro de familia la inscripcion que estaba en el árbol, añadiendo el año que se le ha cortado: los parientes y vecinos firman esta nota como testigos del hecho. De este modo se conservan para siempre en esos registros los nombres y memoria de nuestros antepasados y con tanta mayor certeza quan-

(a) Es mui cierto que existe en Rusia esta costumbre, pero no estoi cierta de si es en la Livonia.

to en otro libro se escribe el año del nacimiento de cada criatura, especificando la especie de árbol que se ha plantado en el *bosque de familia* el dia en que nació.

Aun hablaba mi amigo quando oimos á lo lexos el ruido de varios instrumentos campestres. Vamos, me dixo él, á ver plantar el árbol del niño que ha nacido esta mañana: ahora verá Vmd. al venerable Novorgevo rodeado de una numerosa Corte. No podemos hablarle ahora; pero sé de cierto que acabada la ceremonia vendrá á saludarnos y nos convidará á comer. Diciendo esto apretamos el paso y guiados por la música llegamos á un parage del bosque en donde todos los árboles eran mui jóvenes, y hallamos juntas unas doscientas personas, contando quince ó veinte niños pequeños. Todos estaban vestidos del trage peculiar á los aldeanos de Livonia. El de los hombres no tenía cosa particular, pero el adorno de las mugeres me pareció tan singular como gracioso: su tocado consistía en unos velos de muselina que no ocultaban sino una par-

te de sus cabellos y que las cubrían enteramente las espaldas: todas llevaban justillos de un color obscuro, ceñidores de cintas adornados con franjas, y guardapiéses primorosamente bordados. Me adelanto y distingo en medio de aquella multitud á un anciano de aspecto dulce y magestuoso, vestido como los demás, pero cuyo traje sencillo y grosero formaba un contraste mui singular con el brillante adorno que le distinguía. Llevaba al cuello una colonia blanca, de la qual pendía una magnífica Cruz de brillantes. (a) Ese es Novorgevo, me dixo mi compañero; la Orden de que está decorado debe dárselo á Vmd. á conocer. Esa distincion le es sin duda mui grata; el agradecimiento y no el orgullo le hace llevar con gusto ese honorífico premio que ha merecido al cariño que le tiene su Soberana. ¿Dígame Vmd., pregunté yo entonces, quién es aquel jóven que está á su derecha? Es uno de sus

Nie-

(a) La Orden de San Andrés instituida por el Zar Pedro el Grande.

Nietos, respondió mi amigo, Padre del recién nacido: vea Vmd. á su derecha dos ancianas, aquellas son sus Hermanas, y todos los restantes que están mas inmediatos á él son sus Hijos ó Nietos.—¿Quántos son en todo?—Poco mas ó menos unas sesenta personas, contando los Yernos y Nueras, y todos viven en el recinto que Vmd. ha visto. Lo restante del concurso se compone de los parientes, vecinos y amigos de la familia: pero atendamos que empieza la ceremonia.

Entonces me acerqué al anciano quanto pude: ví que tomaba un azadon y que hacía con brazo robusto el hoyo para plantar el árbol. Acabada la ceremonia el viejo, segun costumbre, pronunció varias bendiciones sobre el árbol acabado de plantar. Le deseó *que viviese tanto tiempo como el pino Pedro Novorgevo* (que era el árbol mas antiguo del bosque) y que el niño cuyo nombre tenía pudiese sentarse algun dia á su sombra *con los Hijos de sus Nietos*. Dicho esto se traxo el libro, en el qual sentaron su nombre los principales del concurso. Despues to-

mó el anciano en sus brazos al niño, objeto de la fiesta, y todos salieron del bosque al son de los instrumentos.

Seguímoslos al otro extremo del bosque, en donde había formado un espacioso salon de enramadas cercado de los árboles mas grandes y hermosos que hasta entonces había yo visto en el bosque. Este salon nos presentó un espectáculo delicioso. Todos los árboles estaban cubiertos de guirnaldas de flores y de yerba, y una docena de pulidas cunas dispersas sin orden, y colgadas con cintas de algunas gruesas ramas eran como Vmds. verán el adorno mas interesante de aquel sitio campestre. Mi compañero me enseñó el *pino Pedro Novorgevo*: admiré su prodigiosa elevacion, y viendo á alguna distancia de él dos encinas entre las cuales estaba colocada sobre un trono de céspedes una coluna de mármol blanco, dixé á mi amigo: sin duda que estos dos árboles merecen particular aprecio al buen viejo.—Seguramente; la mas vieja de esas encinas tiene el nombre de su Abuelo, y la otra

otra el de su Padre. La coluna es un monumento del amor que les profesó. Hai en ella una inscripcion Rusa que contiene el elogio de Anastasio y de Alexo Novorgevo; elogio dictado por el corazon y la verdad y cuyo sentido es el siguiente: *El Cielo para recompensar su sincera piedad les hizo conocer la verdadera dicha, la gozaron buscándola en sus familias entre las delicias del campo y las tareas de la agricultura.* Pienso, proseguí yo, que aquella cuna mas adornada que las otras y colgada de esas dos encinas está destinada al recién nacido.—Así es: vea Vmd. ahora como se acerca el viejo, y va á poner el niño en la cuna. Con efecto, despues de haber abrazado el anciano tiernamente á su Bisnieto le colocó en ella: formó despues un trofeo con diversos instrumentos de agricultura que le presentaron y lo ató á uno de los árboles al lado de la cuna. El mismo explicó lo que significaba aquello, diciendo que dedicaba á su Bisnieto á las tareas del campo, concluyendo este último discurso leyendo en alta voz la inscripcion de la colu-

na de mármol. Luego que el anciano cesó de hablar, las Madres que llevaban á sus Hijos en brazos los pusieron en las demás cunas y se sentaron al pie de los árboles, teniendo en las manos el cabo de una cinta bastante larga, atada por el otro extremo á las cunas. De quando en quando tiraban de ellas, lo que producía en las cunas un movimiento ligero que divertía ó hacía dormir á los niños. (a)

En tanto que estas Madres, las mas de ellas de edad de veinte ó veinte y cinco años, no hallaban placer mas dulce que el de ocuparse con sus Hijos, los jóvenes de ambos sexos así de la familia como de la vecindad se juntaron en el centro del salon y executaron varias danzas, cantando coplas relativas á la funcion. Cantaron tambien un largo romance, cuyo título era *las quatro estaciones del año*. Despues de haber pintado los

(a) Las aldeanas Rusas cuelgan de los árboles en tiempo de verano las cunas de sus Hijos, y los mecen del modo que queda dicho. *Vease los Trages Rusos de Mr. Le Prince.*

los placeres de la primavera, del verano y del otoño se celebró el invierno con mucha mas prolixidad. Se hizo una agradable descripcion de las diversiones que disfrutaban en el norte en tiempo de hielos y nieves y se alabaron de un modo ingenuo y gracioso las largas noches de invierno que se pasan tan deliciosamente en medio de una familia amada, reunida en torno del hogar paterno.

Acabadas las coplas se bailó al son de las *balalayas*: (a) entretanto varias muchachas andaban por la sala con cestas llenas de tortas y de *clougwa* (b) que ofrecían á todos los que estaban viendo bailar. Al medio día los vecinos y parientes se despidieron del anciano y se fueron. El anciano nos convidó á comer á mi amigo y á mí: nos llevó á la choza en que había vivido su Padre: este sitio, nos dixo, me ofrece los mas dulces

(a) Especie de guitarra con mástil mui largo. *Instrumento parecido al que hemos visto en esta Corte en manos de uno de los músicos del Enviado Turco.*

(b) Fruta mui sabrosa, mas pequeña que la cereza, y mui comun en Rusia.

recuerdos ; todas las mañanas vengo á meditar en él. Si hubiese podido contener mi numerosa familia, aquí hubiera acabado mis dias : diciendo esto se sentó sobre una es- tera y nos hizo poner á sus lados. Habla- ba bastante bien el francés, y respondió á todas mis preguntas con la urbanidad pro- pia de un hombre que ha vivido veinte años en la Corte y con la bondadosa é ingenua franqueza de un solitario y de un labrador. Me pintó su ventura con los mas vivos co- loridos y despues prosiguió diciendo: he co- nocido la Corte, he conocido todos los gus- tos que los honores, la vanidad y privanza pueden dar de sí : entonces tenía yo la ca- beza ocupada y el corazon vacío y disgus- tado. Devorado de temores y de inquietu- des, tenía que guardarme de las asechanzas del odio y de los furores de la envidia, te- nía en fin que tolerar el tédio de las soli- citudes injustas é importunas ; finalmente ca- da dia padecía el dolor de hallar descontentos é ingratos, añadiéndose á esto la falta de un verdadero amigo digno de este nombre. El

Cie-

Cielo me abrió los ojos : me hizo conocer que el hombre, arrojado para poco tiempo en esta tierra, es un insensato quando acumula bienes percederos y sacrifica su descanso á la codicia. Es cierto que haciendo demision de mis empleos perdía la mitad de mis ri- quezas , pero recobraba la libertad. Renun- ciando las pasiones y volviendo á los place- res que la naturaleza ofrece, recuperé la sa- lud que había perdido y volví á encontrar la felicidad tan pura de que había disfruta- do en mis primeros años ; así es que la sen- cillez de gusto y de costumbres prolonga y ha- ce grata nuestra vida, y hace los últimos ins- tantes de nuestra carrera tan felices y ven- turosos como los primeros de la niñez, cuyo recuerdo nos es tan grato, únicamente por- que se han pasado con la inocencia y en la calma de las pasiones.

No me cansaba de escuchar al virtuoso Novorgevo ; pero la hora de comer inter- rumpió esta conversacion. Nos pusimos á la mesa en el salon de verdura, en el qual se había bailado. Contemplaba yo con admira- cion al viejo en medio de su familia senta-

do

do á la mesa entre sus dos Hermanas. No entendía lo que decían sus Hijos; pero veía la expresion de sus rostros que pintaba la alegría, y la inspiraba. Despues de comer nos conduxo Novorgevo á su casa, era esta tan sencilla como capaz, todos sus muebles consistían en camas sin cortinas, mesas y sillas de palo y esteras de junco: su adorno le hacían muchas frondosas ramas de árboles (a) entretexidas con mucho arte y que cubrían todas las paredes de los quartos. Toda la familia podía estar cómodamente en la sala; se gastó en conversacion cerca de una hora, y entonces cada uno se fue á sus negocios. Quedamos solos con el amo de casa, el qual nos propuso si queríamos dar un paseo por la huerta. Luego que llegamos á ella se quitó la Cruz de San Andres, colgándola de un árbol y tomando un almocafte, se pu-

(a) Es costumbre en Rusia en tiempo de verano, y sobre todo entre los aldeanos y gente del pueblo, adornar de este modo con ramas lo interior de las casas. De esto nace que andan por las Ciudades muchos hombres vendiendo ramos de árboles para este fin. En los quartos se ponen estos ramos en vasijas llenas de agua.

puso á trabajar sin dexar de hablar con nosotros.

Tenía la huerta una extension prodigiosa: advertí en ella varios trabajadores que luego conocí eran los hijos de la casa con quienes habíamos comido. Entonces supe que los demás estaban empleados en tareas de la misma clase en el campo fuera del recinto de la casa, y que entretanto las mugeres se ocupaban en las haciendas domésticas. Unas estaban encargadas de la cocina ó de la lechería; otras hilaban, cosían ropa blanca, ó hacían sus vestidos y los de sus hijos. Nadie estaba un instante ocioso hasta las siete de la noche, hora en que toda la familia se juntaba en la sala grande antes de cenar. ¡Con qué gusto se sentaban á la mesa y con qué apetito cenaban!... Antes de irse á acostar leía el buen Novorgevo á sus Hijos una breve instruccion moral y christiana: acabada esta, todos se ponían de rodillas y el viejo recitaba en alta voz algunas oraciones y concluía dando la bendicion á toda su familia. Entonces se iban todos á acostar y á disfrutar de las delicias de un sueño tranquilo. Al dia si-  
guien-

guiente marché de aquella casa , sacando de ella y del venturoso filósofo que la habitaba un recuerdo que jamás se borrará de mi memoria y de mi corazón.

Al acabar de decir el Abate estas palabras se levantó la Baronesa dándole gracias, y todos se retiraron á sus quartos, por ser ya cerca de las diez y media. Algunos días se pasaron sin haber veladas , porque la Marquesa , á quien tocaba referir una historia , estaba constipada ; por tanto se pasó el tiempo de la velada hablando. Acordóse César de que la Baronesa había dicho en la historia de Olimpia *que el honor era mas severo que las leyes* , y la pidió le explicase la causa de esto. Las leyes , respondió la Baronesa , se han hecho para todos los hombres ; no se pueden esperar de la multitud sentimientos generosos y delicados , por consiguiente no deben las leyes prescribir acciones grandes. Si fuesen mas severas sería muy corto el número de personas que las observasen y no producirían un bien general : así que se limitan á prohibir los delitos é injusticias manifiestas, porque han sido establecidas para el pueblo

y no para los sabios : bien puedes conocer que el hombre cuya probidad consistiese únicamente en obedecer á las leyes , no sería ni virtuoso ni verdaderamente estimable á causa de que se puede ser despreciable aun quando no se cometan aquellas acciones que sujetan á las penas impuestas por las leyes. De todo esto puedes inferir, por qué la lei autoriza algunas veces lo que el honor prohíbe, y por qué hai tantos pleitos que cubren de ignominia al que los entabla aunque esté seguro de ganarlos. Puede decirse tambien que hai ciertos delitos que nuestras leyes no castigan, como, por exemplo, la calumnia quando no produce algunas funestas resultas. Pero un calumniador , interrumpió César , pierde su honor en el concepto de todos. (a)—

No

(a) En Polonia se castiga á los calumniadores con una pena muy estraña. El reo convicto de calumnia tiene que tenderse en el suelo á los pies del que ha calumniado, y decir en alta voz que en quanto ha dicho contra él *ha mentado como un perro*. Hecha esta pública satisfaccion imita por tres veces el ladrido de un perro. Aun se practica hoy dia en Polonia este castigo contra los calumniadores. *Historia General de Polonia por el Caballero de Solignac, tom. 3.*

No hai duda, y lo mismo sucede con aquellos que se valen de la indulgencia de la lei para hacer acciones malas en sí mismas.... No comprehendo mui bien eso, respondió César: ¿Qué cosa es un hombre deshonorado?—Llá-mase así á un hombre á quien la voz pública acusa de no tener honor...—Segun eso la multitud conoce toda la fuerza de la virtud y del buen modo de pensar, puesto que es mas severa que las leyes: por tanto me parece que las leyes hechas para la multitud deberían mandar la práctica de las virtudes.—Aun el hombre mas vicioso y grosero se vé en la precision de amar á la virtud y aborrecer el vicio. Las pasiones le hacen obrar contra su conciencia; y esta conciencia que le reprehende sus delitos, le manifiesta los agenos tanto mejor quanto entonces no tiene interés propio que le haga repugnante este conocimiento. Por tanto obra mal y juzga bien: débil y corrompido cede á sus pasiones; pero quando está sereno y sin interés propio que le ciegue condena en los otros instigado de un primer movimiento los mismos excesos de que él

él se dexa llevar. Lo que es despreciable le repugna, lo que es generoso y amable le conmueve y le deleita. Mal Padre é Hijo ingrato, con todo no hubiera visto sin enternecerse á la vieja de *L'Ange-Sund* bendiciéndolo á sus Hijos, y al Ruso Novorgevo en medio de su familia. Admiraría estos rasgos sublimes, pero no sentiría el menor deseo de imitarlos: ¿pues cómo podría obedecer á una lei que se lo mandase? Este hombre que acabo de pintar es una imagen verdadera de la multitud: tales son los hombres en general. La consecuencia mas importante de estas reflexiones es que todos condenan y vituperan las acciones malas, y que todos tambien ensalzan la virtud; con que si se estima la reputacion y aprobacion general es preciso ser siempre bueno, noble y estimable.

Tambien tengo yo que hacer una pregunta, dixo Carolina; hai una palabra cuya significacion ignoro. Varias veces he oido decir *preocupaciones*, y no comprehendo mui bien lo que quiere decir.—Por preocupacion se entiende una opinion que no es fruto de una



reflexión madura y que no estriba sobre ninguna razon sólida. Victoria, por exemplo, cree que el que lleve consigo un pedazo de la cuerda de un ahorcado ganará siempre que juegue : á esto se llama preocupacion. No son ciertamente las reflexiones que ha formado sobre la posibilidad del caso las que se lo han hecho creer. Si le preguntas por qué tiene esa opinion te dirá que su Tía, su Madre ó su Abuela lo decían así, y no sacarás mas razon que ésta. No todas las preocupaciones son igualmente necias, pero conozco muchas que me lo parecen tanto y que son mui comunes. He visto muchas mugeres huir de la compañía de una persona que cuidaba de un enfermo con sarampion ó con viruelas, y he visto estas mismas mugeres sentadas con mucha serenidad al lado del Médico que visitaba los mismos enfermos. He visto otras muchas cosas de esta clase que equivalen á la cuerda del ahorcado de Victoria. Hai tambien otra especie de preocupaciones que lexos de ser ridículas son al contrario respetables por ser hijas de una sensibilidad viva y delicada. De-

xemos creer á los gemelos que se aman tier-namente, que padecen recíprocamente los males físicos que uno de los dos tiene; dexemos creer á una Madre que será capaz de conocer en medio de mil criaturas á un Hijo que nunca ha visto : estos dulces errores de los corazones sensibles son frutos de los sentimientos mas virtuosos; no debemos, pues, despreciarlos. Finalmente toda opinion que no puede hallar apoyo en algunas razones, y cuya falsedad manifiestan claramente los hechos y la experiencia, es una preocupacion. Pero á menos de no concurrir todas estas circunstancias no debemos afirmar que una cosa, por mas estraña que pueda parecernos, es quimérica ó disparatada.—En efecto la historia de Alfonso nos ha hecho vér que hai en la naturaleza una multitud de fenomenos cuyas causas ni aun los mas sabios pueden explicar.—Por eso no debemos llamar preocupaciones sino aquellas cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien están convencidas de inciertas por los hechos mismos.—Ahora comprehendo mui bien lo que es preo-

cupacion ; y puesto que todas las que no nacen de la sensibilidad son ridículas , como el creer que el Martes es día aciago , ó que si el salero se derrama es señal de una desgracia...—Tambien debes comprehender que no puede llamarse preocupacion todo aquello que la Religion , las leyes y el honor nos mandan , por exemplo , ¿el respeto que tenemos á los muertos y á sus sepulturas es preocupacion?—No Señora , porque la Religion manda que los honremos , siendo además una obra de misericordia el enterrarlos.—Muy bien dicho ; ¿mas debe llegar ese respeto al exceso que comunmente vemos , quando dicen que es menos delito hablar mal y publicar los defectos de un vivo que los de un muerto?—Esta pregunta me enreda.—Consulta , pues , en semejantes ocasiones á la guia mas segura de todas que es la Religion , mira si esta manda que se tenga mas miramiento con la memoria de los difuntos que con la reputacion de los vivos...—No por cierto ; lo que manda es amar al prójimo como á sí mismo y hacerle bien por el mal que nos haya he-

hecho : (a) y así creo seguramente que es mas delito destruir la reputacion de una persona viva que ajar la memoria de otra que ya haya muerto.—Considera tambien que una persona muerta no padece , y que la detraccion aflige y desespera á la que vive : así que la opinion de que os hablaba no es mas que una preocupacion : si despues de muerto un enemigo procurase alguno denigrar su memoria por medio de imputaciones inciertas , este tal tendría tanta vileza como cobardía , puesto que el enemigo muerto no puede impedir el efecto de las voces que se esparcen contra él. Si viviese podría destruir las dudas y aclarar las conjeturas ; pero no podría justificarse de un hecho positivo y averiguado ; esta es la causa por qué sería cobarde y vil el que formase una acusacion infundada contra un muerto. Sin embargo debeis creer que en qualquier caso desapruebo y aborrezco ese encono in-

K 2

sen-

(a) *Benedicid á los que os persiguen ; bendecidlos y guardaos de maldecirlos... No os vengueis por vuestras propias manos , queridos Hermanos míos ; antes bien dad ireguas á la ira , porque está escrito : A mí solo toca la venganza. Epist. de S. Pablo á los Romanos , cap. 12.*

sensato contra los que ya no viven: solo he querido haceros vér que es menos crueldad ajar la reputacion de los muertos que destruir la de los vivos. Mamá, dixo Carolina, tendré mui presente esta conversacion: no olvidaré que debemos preservarnos de las preocupaciones ridículas y respetar aquellas que proceden de la sensibilidad y bondad del corazon; y tambien, añadió la Baronesa, debéis tener presente que quando se quiere conocer si se debe adoptar ó desechar una opinion es menester exâminarla con madurez, y si su creencia ó incredulidad debe tener alguna influencia en nuestra conducta ó modo de pensar, se debe consultar á la Religion, á las leyes y al honor, conformándose exâctamente con lo que estos oráculos sagrados manden ó aconsejen. En efecto, dixo el Abate; si desean Vmds. ser felices deben penetrarse de las grandes verdades de la Religion, alimentando su espíritu con sus santas máximas, que si así lo hacen ellas le señalarán una regla exâcta de todas sus obligaciones.

Dos dias despues de esta conversacion

ha-

hallándose la Marquesa de Clemira sola con Carolina, la dixo: esta mañana quando entré en tu quarto ví que tu criada te calzaba, y estraño mucho que consientas semejante cosa. ¿Cómo has podido envilecerte envileciendo al mismo tiempo á una persona semejante á tí? No exijas, pues, jamás de una criada mas que aquellos servicios que te sean absolutamente necesarios; escúsala en quanto sea posible todo aquello que pueda fatigarla é inspirarla repugnancia. No tengas la baxeza é inhumanidad de abusar de su situacion, negándola los miramientos que le son debidos. Si en adelante quieres ser amada y respetada de tus criados, acostúmbrate desde ahora á respetar tambien en ellos los sagrados derechos de la humanidad. Yo no puedo vestirme sola, y así una criada me ayuda á peinarme y vestirme, pero puedo desnudarme mui bien sin que nadie me ayude, y bien sabes que desde que estoi casada no he hecho velar á ninguna criada, ni permitido que me esperase, desnudándose sin su ayuda. He vivido en el mun-

TOM. III.

K3

do;

do; iba á los bailes, volvía á casa á las cuatro ó las cinco de la mañana muy adornada, con un vestido guarnecido de flores y gasas, prendidas con un millar de alfileres: no era muy fácil deshacerse de todo aquel embeleco por mí sola, pero quería yo más tomarme este trabajo, y acostarme media hora más tarde, que no que me ayudase una pobre criada medio dormida y de mal humor que al desnudarme hubiera en su interior maldecido mil veces mis diversiones y su suerte. Ahora tengo menos mérito en desnudarme sola, porque los adornos que gastamos en Champceri no son muy embarazosos.—Tampoco llama Vmd. nunca de noche.—No, á menos que no esté mala. Si después de acostada necesito de algo, me vuelvo á levantar aunque sea en el rigor del invierno. Estoy tan acostumbrada á ello que no se me hace penoso: es una costumbre que nada me cuesta y que me da una actividad que creo muy saludable, porque no hay cosa que debilite tanto como la pereza y mollicie. Sirviéndose uno á sí mismo adquiere una fuerza

za y agilidad increíbles: no parezco muy robusta, y sin embargo no se pasa noche alguna sin que haga alguna prueba de mis fuerzas; unas veces cargo con un cántaro grande lleno de agua, otras en tiempo de invierno pongo en mi chimenea algún tronco de leña, quizás más pesado que todo mi cuerpo...—Yo, Mamá, quiero imitar á Vmd.; de aquí en adelante me desnudaré sola si Vmd. me lo permite.—Aun eres muy niña para eso. Tu edad es el tiempo de la debilidad y dependencias físicas; pero puedes desde ahora ayudarte á tí misma más de lo que haces, y cuando tengas quince años será bien que te acostumbres á desnudarte sola...—Prometo á Vmd. que no volveré á faltar al miramiento que debemos tener con los que nos sirven. Hay también otros muchos miramientos que guardar con los criados, entre otros el de no decir nunca delante de ellos directa ni indirectamente expresión alguna que pueda moverlos á avergonzarse de su estado. Sería, por ejemplo, una crueldad odiosa citar delante de un criado algún proverbio

insultante con referencia á la clase en que se halla, como el siguiente: *mentir como un lacayo*. Se han de evitar, pues, con el mayor cuidado semejantes groserías, las quales al mismo tiempo que les causan rubor excitan su sentimiento y odio contra nosotros. Tambien se debe tener mucho cuidado en no hablar delante de ellos de cosas que puedan alterar los principios de la Religion Católica; porque las razones y acciones de los amos, influyen en gran manera en la conducta de los criados, así que somos dos veces reos quando les damos mal exemplo. Finalmente la caridad, la justicia y la humanidad nos mandan que los tratemos con dulzura é indulgencia; que nos ocupemos en sus intereses, que los protejamos siempre que haya ocasion, y que los cuidemos con mucho afecto quando están enfermos ó se hallan inútiles habiendo envejecido en nuestras casas.

Al pronunciar la Marquesa estas palabras se levantó para ir á paseo; pero Carolina la detuvo diciendo que tenía que confesarla que aquella mañana había estado de mal humor

mor con Pulchêria. No dudo, dixo la Marquesa, que al instante habrás satisfecho esa culpa.—Si Señora.—¿Pero de qué modo?—Me he violentado, he vencido mi mal humor, y lo restante de la mañana he estado como de costumbre...—¿Y no la has pedido perdon, ni le has manifestado el sentimiento que tenías de haber sido injusta un rato?—Al punto que ella me ha visto de buen humor se ha puesto tambien mui alegre y no daba señas de estar sentida de nada...—¿Y porque ella no tiene rencor has de parecer tú insensible? Si yo hubiese faltado al mas infimo criado de casa manifestaría seguramente mi arrepentimiento y creería honrarme á mí misma dándole una satisfaccion proporcionada á la ofensa, porque no hai cosa que nos ensalce tanto como la equidad. El defecto mas intolerable que hai en la sociedad es el de no saber conocer y emendar nuestros yerros. Somos tan imperfectos que no se pasa dia sin que cometamos algunos: por tanto la persona mas amable y atractiva será siempre aquella que confesando sus defec-

fectos manifestare mas franqueza y sensibilidad. Este es el talento sublime de los corazones generosos, en tanto que las almas débiles y limitadas, poseídas de una maligna vergüenza quieren mas agravar sus culpas que no dar un paso, ó decir una sola palabra que bastaría para expiarlas...—Mamá, voi ahora mismo á ver á mi Hermana para pedirle perdon de mi enfado y de no haberla manifestado al instante mi arrepentimiento. Al oír estas palabras la Marquesa abrazó tiernamente á Carolina, la qual al punto salió corriendo del quarto para ir á buscar á su Hermanita.

La Marquesa había prometido aquella mañana que por la noche referiría una historia verdadera, promesa que desempeñó en los términos siguientes:

## LOS SOLITARIOS DE NORMANDÍA.

### HISTORIA VERDADERA.

**E**n la Provincia de Normandía, á quatro leguas de Forges, cerca del rico Monasterio de

de Bobec, vivía un honrado labrador llamado Anselmo, en compañía de su Muger é Hijos. Era pobre, pero tan feliz que en quince años no había salido de su choza mas que para ir á la Iglesia. Su pajiza habitacion estaba aislada en medio de un bosque; no tenía vecinos, ni los descaba. No podía imaginarse que despues de haber labrado sus tierras pudiese haber un placer mayor que el de descansar en medio de su familia. Algunos pedazos de tierras, dos vacas y algunas aves eran todas sus riquezas: su familia se componía de su Muger, cinco Hijos, una criada y un pastor: voi á haceros conocer particularmente á estas dos personas. La criada se llamaba Pasquala, y como desde sus primeros años vivía en casa de Anselmo, tenía la inclinacion y costumbres sedentarias de sus amos. Jamás se había apartado de la casa mas de media legua; de quantos edificios hai sobre la tierra no había visto mas que el Convento de Bobec, y nunca San Pedro de Roma ó el *Louvre* (a) excitaron admiracion igual á

(a) Louvre: *Uno de los Palacios del Rei de Francia.*

á la que sentía Pasquala al ver la pequeña Iglesia de Bobec. Había oído hablar de Forges, y sabiendo que este Lugar distaba quatro leguas de su habitacion, nunca tuvo ánimo para emprender un viage tan largo. Bien podeis pensar que Pasquala ni sabía leer, ni había visto un libro en toda su vida: sus habilidades eran mui limitadas; se reducían á saber ordeñar las vacas, hacer queso y ayudar á su ama en las haciendas de casa: no hubiera podido su entendimiento abrazar conocimientos mas extensos; no tenía precisamente mas que aquel grado de inteligencia necesario para desempeñar medianamente las obligaciones de su estado, y si el Cielo no le hubiese dado unos amos tan pacíficos y humanos, mas de quatro veces se hubiera visto á pique de perder su acomodo; pero á lo menos no cometía culpas voluntarias, carecía absolutamente de memoria y de reflexion, tenía poca actividad; pero sus intenciones eran puras y su corazon tan bueno, que nunca pudieron Anselmo y su Muger resolverse á reñirla. Miguel, el pastor que guardaba las vacas, era aun menos activo y mas limitado que

que Pasquala. Su poca salud le servía de excusa para con el indulgente Anselmo de su indolencia é incapacidad; fuera de esto era naturalmente blando y pacífico; tenía hombría de bien, un sosiego inalterable y una serenidad de alma que nada podía turbar.

Había tanta conformidad entre Miguel y Pasquala, que era imposible que se viesen todos los dias sin aficionarse el uno al otro. Declaróse la simpatía, y los dos amantes pidieron á sus amos licencia para casarse, lo que al punto les fue concedido. Casó Pasquala con Miguel, y al cabo de tres años se vió Madre de tres Hijos, que se criaron con los de Anselmo.

De allí á un año tuvo Pasquala un grandísimo pesar. Murió la Muger de Anselmo, y este murió tambien dos años despues. De este modo perdieron Pasquala y Miguel el mejor de los amos y el único amparó que tenían en todo el mundo. Algunos parientes Tutores de los niños tomaron posesion de la corta herencia, y tuvieron la crueldad de arrojarse de ella á Miguel y Pasquala.

Fue preciso abandonar la cabaña querida que miraban como su casa paterna; fue preciso arrancarse de los brazos de los niños del virtuoso Anselmo, de aquellos niños que tanto tiempo había daban á Pasquala el dulce nombre de Madre. La pobre Pasquala los abrazó con lágrimas y salió desesperada, seguida de quatro Hijos que tenía entonces y del triste Miguel, que llevaba debaxo del brazo un lio en que iba alguna ropa, único bien que había quedado á aquella familia desventurada.

En medio de esta horrorosa situacion tuvieron la dicha de no padecer ninguna de las crueles inquietudes que pueden causar la imaginacion y la prudencia; eran de genio de no sentir nunca mas que los trabajos presentes. Lo venidero estaba cubierto para ellos de un velo tan impenetrable que les ocultaba hasta la imagen del dia siguiente. Antes de salir de la casa habían comido bien, por tanto no les inquietaba mucho el recuerdo de lo que cenarian: solo hablaban de su sentimiento por la muerte de Anselmo y del amor que

que tenían á sus Hijos, que se habían visto precisados á abandonar.

Hablando de este modo caminaban sin saber á donde, y se perdieron en el bosque. Pasquala estaba preñada de seis meses; luego que se sintió cansada se sentó al pie de un árbol: su Marido se sentó á su lado y los quatro niños se acomodaron al rededor de ellos; esto pasaba á principios de Julio. Al anochecer uno de los niños dixo que tenía hambre, y al punto empezaron todos á pedir pan. Miguel que llevaba algunas provisiones en su zurrón las repartió entre su Muger é Hijos. Acabada la cena se determinaron á pasar allí la noche, y al amanecer siguieron un sendero trillado que los conduxo á una especie de desierto al otro extremo del bosque.

Todo aquel sitio inculto estaba cubierto de malezas; pero encontraron una fuente que salía de entre unas peñas. Este hallazgo causó el mayor gozo á Pasquala porque sus Hijos se morían de sed: para mayor fortuna todo aquel terreno estaba lleno de avellanos, morales y sambueseros silvestres, y el suelo cu-

bier-



bierto de fresas. Al vér Pasquala aquel jardín natural exclamó encantada: Miguel, Miguel, quedémonos aquí; tenemos agua y frutas con que mantenernos, y haciendo una choza con hojas y ramas para pasar la noche estaremos grandemente...—Sí, pero es menester licencia para cortar las ramas, que no son nuestras. Esta reflexiõn de Miguel dexó mui triste á Pasquala.

A este tiempo vió que un muchacho se acercaba á ellos conforme iba cogiendo fresas: Pasquala se llega á él y le pregunta si sabe cuyo es aquel bosque. Es de la Abadía de Bobec, respondió el muchacho.—¿Está muy lexos la Abadía?—Media legua; ahora voi allá á llevar las fresas que he cogido. Entonces Pasquala entró en consulta con Miguel, el qual despues de haber recibido sus órdenes siguió al muchacho que iba al Monasterio: Pasquala y sus Hijos se quedaron á la entrada del bosque encargándole que volviese quanto antes.

Luego que Miguel llegó al Monasterio fue á hablar con el Abad, á quien expuso su

situacion, concluyendo con pedirle que le diese trabajo, ó á lo menos la licencia de hacer una choza en el sitio que le dixo. ¿Qué sabes hacer? le preguntó el Abad.—Sé guardar vacas.—No necesitamos de pastores, y además no eres de nuestras tierras.—Pero no tengo que comer; allá se vá todo...—No se puede socorrer como quisieramos á todos los pobres...—Padre, yo no soi pobre; no pido limosna, tengo alientos y ganas de trabajar...—Pero no sabes hacer nada, y además, te vuelvo á decir, que los de nuestras tierras deben ser preferidos...—Pues mire Vmd.; le aseguro que soi mui débil y enfermizo; por eso debía Vmd. darme que trabajar...—¿Con que te he de tomar por criado á causa de que no puedes trabajar? Sí Señor, por eso me tenía en su casa Anselmo, mi difunto amo; pero si Vmd., Padre, no gusta de enfermos, deme á lo menos licencia para hacer una choza en el bosque.—¿Y cómo vivireis?—Hai muchas frutas; hai berros, avellanas y fresas: es un paraíso...—¿Y en invierno?—Ah! es verdad; no hemos pensado en el invierno... pero de aquí

á allá falta buen rato: ahora estamos en Julio...—Buen hombre, ya que lo quieres te doi licencia para hacer una choza, y cada dos dias puedes venir á buscar una provision de pan y patatas para tí y tu familia...—Justamente tengo un zurrón muy guapo.—Adios; esto es quanto puedo hacer por tí...—Y es mucho mas de lo que yo pedía...—¡Qué contenta se pondrá mi Pasquala quando sepa esto!...

Diciendo esto se despidió y salió muy priesa. Ya estaba fuera del Monasterio quando le hicieron volver para darle su provision de pan y patatas asadas, como el Abad había mandado. Miguel, que era hombre de bien á toda prueba, rehusó el tomarlas, diciendo: el Padre me ha dicho no había de ser sino cada dos dias; y así volveré á tomar esto esotro dia: á pesar de su resistencia le hicieron tomar la provision para dos dias y se fue contentísimo del feliz éxito de su viage. Luego que descubrió á Pasquala se puso muy ufano, y respondió por extenso á todas sus preguntas. Pasquala, aunque muy gozosa, le ri-

rió un poco su descuido en no haber comprado en el lugar de Bobec una podadera para cortar las ramas; porque en fin, prosiguió, nos hallamos con nueve libras y diez sueldos (este era el fruto de sus ahorros de diez años): (a) ¿qué quieres que hagamos con todo este dinero? Es verdad, respondió Miguel; pero no se puede pensar en todo: mira tambien como se nos había olvidado que llegará el invierno...—Ahora que lo mientas; será menester guardar algun dinero para comprar pellejos de carnero...—Sí, porque si hemos de vivir aquí se ha de procurar que nada nos falte....—Vamos ahora á trabajar: tú con la navaja cortarás las ramas.

Dicho esto, Pasquala emprehendió su tarea y Miguel la imitó: la industria de uno y otro era igual á su robustéz; por tanto tardaron mas de quinze dias en hacer una chozita bastante sólida; pero que tenía un defecto que no echaron de ver sino quando ya

L 2

es-

(a) Reducido su valor á nuestra moneda compone la crecida suma de treinta y ocho reales de vellón.

estaba casi concluida la obra. No se habían acordado (porque como decía Miguel no se puede pensar en todo) de que habían de habitar en su choza, por lo qual era conveniente que su altura fuese proporcionada á la de ellos. Es mas cómodo trabajar con los brazos en su postura natural que no levantándolos, y ellos habían escogido el modo menos molesto: de suerte que podían echarse de pechos sobre el texado de su choza lo mismo que sobre la barandilla de un balcon. Pasquala fue quien advirtió primero este defecto de construccion: aunque el edificio estaba casi acabado tuvo la valerosa tentacion de volverle á empezar; pero Miguel se lo quitó de la cabeza, diciéndola que nadie entra en su casa sino para dormir ó descansar, y que así bastaba que pudiesen estar echados ó sentados. No tenía réplica este argumento, y en efecto se concluyó la choza á pesar de aquel error en sus dimensiones.

Dió la casualidad que el dia que se comió en ella por la primera vez fue un dia de fiesta. Aquella mañana había ido Miguel á

á la Abadía y volvió con su provision de patatas y pan, llevando á demás una cantarilla de leche y algunos huevos frescos que había comprado en el Lugar. Grande fue la alegría de los niños al vér tanta variedad de manjares para el festin: su gozo y contento excitó el de Miguel y Pasquala; en fin nada faltó al gusto completo de aquella comida, porque en los convidados se hallaban reunidos el buen humor y el apetito. Por la noche se durmió grandemente: despues de haber pasado veinte y ocho noches expuestos á la intemperie no podía dexar de ser mui grato el descansar al abrigo de una buena choza, durmiendo sobre un catre mullido de hojas y paja fresca. Al dia siguiente toda la familia despertó con cabal salud.

No hai cosa, dixo Miguel, como tener uno todas sus conveniencias; por mas que digan que el cuerpo se hace á todo, yo aseguro que no hubiera dormido tan bien á campo raso y tendido sobre la tierra desnuda. Ni yo tampoco, respondió Pasquala: todas estas noches me he acordado mil

veces del establo en que dormíamos en casa de nuestro pobre amo.—Oyes Pasquala, tan buena es nuestra cabaña como aquel establo; ¿no es verdad?—Ya se vé; y á mas á mas estamos en nuestra casa, y como decía nuestro amo Anselmo, nadie se halla mejor en parte alguna que en su casa. Esta casa, que bastaba al contento de Pasquala, se había rematado el día antes: Miguel había comprado una ortera y cinco cucharas de palo, algunas pieles de carnero y un poco de cáñamo para Pasquala, que tenía una rueca y sabía hilar tal qual: en esto se emplearon las nueve libras y diez sueldos. Miguel por su parte se ingeniaba como podía: cazaba paxarillos con liga y los llevaba al Monasterio, y al fin del mes iba al Lugar á vender la hilaza de su Muger; sacaba de esto un producto mui tenue, porque (como ya he dicho) no era Pasquala ni mui activa ni trabajadora.

Todo el verano pasaron de esta suerte. En el mes de Septiembre parió Pasquala con toda felicidad una niña. Llegó por fin el in-

invierno, y á pesar de las pieles la cabaña pareció entonces mucho menos cómoda, mayormente no habiendo ya moras, avellanas ni frescas. No obstante no padecieron Miguel y Pasquala tanto como se debe pensar; porque nunca habían dormido en un quarto mui abrigado: el establo del qual se acordaban tanto tenía en el texado varias aberturas, y la puerta, compuesta de tablas mal unidas, tenía de arriba abaxo tres ó quatro rendijas por las quales se podía pasar la mano sin dificultad; y así no hallaron mucha diferencia entre su choza y el establo aun en lo mas riguroso del invierno, y en verano su barraca, situada en un terreno seco y resguardada por un bosque cubierto de flores y frutas silvestres, era mas agradable que un establo obscuro y húmedo, edificado en un corral lleno de estiércol y en partes cubierto de agua detenida y pestilente.

A fines del invierno Miguel, que dos meses había andaba con mucho trabajo, se halló en una total imposibilidad de ir al Monasterio á tomar su alimento: Pasquala le

reemplazó, y el pobre Miguel se quedó en la choza tristemente echado sobre su cama de hojas secas. No padecía dolores vivos; su tranquilidad natural y su piedad le defendían de la impaciencia y tédio. Pasaba todo el día rezando; Pasquala hilaba ó rezaba el Rosario á su lado: sus Hijos le acariciaban: todo esto hacía que no se reputase por mui desgraciado; en esta situacion pasaron otro año.

Había ya dos cumplidos que Miguel y Pasquala habitaban en aquel sitio: un dia (era por el mes de Julio) Pasquala que había ido á recoger hojas en el bosque llegó corriendo y sofocada á la cabaña. ¡Ah Miguel! exclamó luego que vió á su Marido, qué cosa tan hermosa he visto!...—¿Pues qué es?—Una barca mui hermosa y amarilla sin techo.... está casi casi hecha como una carreta, pero tan reluciente!... y la llevan seis caballos todos plateados....y dentro van unas Señoras mui hermosas, y detrás unos Señores mui guapos vestidos de encarnado...al tiempo que Pasquala acababa de pronunciar estas palabras oyó el ruido del coche cuya descripcion había

avía hecho; se estremece de alegría, sale de la cabaña y todos los niños la siguen. Vé el coche á treinta pasos de ella y distingue entre las personas que iban en él una Dama sumamente hermosa, que arrojando sobre ella y sus Hijos una dulce mirada, manda al cochero que pare. Sorprehendida y encantada Pasquala no se atreve á acercarse.

La jóven y hermosa incógnita seguida de quatro Damas que la acompañan se acerca á Pasquala. ¿Son de Vmd., la dice, estas cinco criaturas?—Sí Señora....—¡Pobres chiquitos! Están casi desnudos...—Los tres mas chicos tienen chupas y calzones, pero los guardamos para el invierno...—¿Y pasan Vmds. todo el dia en esta choza?—El dia y tambien la noche.—¿Pues qué, no tienen Vmds. otra habitacion?—No Señora, dos años hace que vivimos aquí, pero estamos mui bien, solo en el invierno hace bastante frio, y como mi Marido está enfermo...—¿Enfermo? y está en esa cabaña?...—Si Señora.—¡Oh Cielos!.... qué feliz soi en la casualidad de que nos hayan extraviado y hecho venir aquí! Diciendo

do esto la incógnita se adelanta ácia la baña y entró en ella no sin mucho trabajo, porque los zapatos de tacon y sombrerillo con plumas la obligaron á agoviarse tanto que no pudiendo suportar aquella actitud tan penosa tomó el partido de ponerse de rodillas. ¡Oh Dios mio! dixo volviéndose á Miguel con los ojos llenos de lágrimas, ¿es posible que hace dos años no tienen Vmds. otro asilo mas que este!...¿Cómo no ha ido Vmd. á Forges á curarse?—Como está tan lexos...—No hai mas que tres leguas...—Hace diez y ocho meses que mi Marido está baldado; no podía yo dexarle aquí solo para hacer un viage tan largo: y sin eso no estamos tan mal, cada dos dias tenemos pan y patatas. Entonces la incógnita sacó su bolsillo y dándole á Pasquala la dixo: tome Vmd., esta tarde vendrán á buscarlos de mi parte, y puesto que les gusta este sitio, les prometo que volverán á él, pero antes es menester que pasen algun tiempo en Forges, porque el enfermo necesita de la asistencia de un buen Médico.

En-

Entretanto Pasquala miraba y volvía á mirar las monedas de oro que la incógnita acababa de darle; finalmente la dixo: ya que es Vmd. tan buena, sepa Vmd., Señora, que estas monedas no nos pueden servir; no se conoce esto por acá...—¿Pues qué nunca ha visto Vmd. oro?—Si tal, he visto mucho dorado en la Capilla de Bobec; pero no debe de correr la moneda de oro por acá, porque ni siquiera he oido hablar de ella. Penetrada la incógnita de un exceso de miseria que jamás hubiera creido, no pudo reprimir su llanto: sin embargo obligó á Pasquala á que guardase el oro que la había dado; pero para contentarla la hizo dar algunas monedas de plata, que ella admitió loca de contento. Hecho esto la incógnita y las Señoras que la acompañaban salieron de la baña, subieron en el coche, y volvieron á Forges, dexando á Miguel y á Pasquala llenos de gozo y admiracion. Todo el dia hablaron de la hermosa Señora, y todavía les duraba la misma conversacion por la tarde quando los fueron á buscar para llevarlos á

For-

Forges. Quatro hombres pusieron á Miguel sobre una litera y le llevaron con mucho cuidado. Pasquala y sus Hijos subieron en un carro, y todos llegaron á Forges á cerca de las nueve de la noche. Al punto los condujeron á una casa en donde hallaron ropa limpia y buenas camas.

Luego que Miguel se hubo acostado, Pasquala fue corriendo á hacer preguntas á la huésped. Al cabo de un quarto de hora volvió. ¡Oh Miguel, le dixo, verás, verás lo que he sabido!...—Dímelo presto...—La hermosa Señora... oyes, ¿sabes tú lo que es una Princesa?...—Yo no...—Pues bien, la hermosa Señora es una Princesa... y se llama tambien Duquesa... y tiene tambien otro nombre... pero se me ha olvidado... y es tambien, que es mas que todo, parienta del Rei...—Pues no por eso es mas tiesa ni vana.—Oh, no por cierto.—¡Parienta del Rei, y tener un modo de mirar tan humano y una habla tan dulce!...—¿A que no adivinas por qué ha venido á Forges? Pues es para beber de una agua que hace tener hijos: yo no tengo mucha fe

en

en esa fuente, pero haré una Novena para que Dios dé á esta querida Señora una hermosa familia en pago de su caridad.

La huésped interrumpió esta conversacion trayendo á los dos solitarios una excelente cena. Miguel y su Muger habían bebido algunas veces un poco de mala cerbeza, pero nunca habían probado el vino: entonces le bebieron por la primera vez á la salud de su bienhechora. Despues de haber cenado se acostó Pasquala, dando gracias al Cielo y mil bendiciones á su jóven y virtuosa protectora. Al dia siguiente despertó Pasquala quando entró en su quarto una costurera que iba á tomarla medida á ella y á sus Hijos de parte de la Princesa. En efecto, de allí á pocos dias la entregaron el vestuario mas completo para ella, su Marido é Hijos. Cada vez se aumentaba mas el goze de Pasquala, sobre todo viendo que Miguel se iba restableciendo con suma rapidéz. El esmero y asistencia del Médico, una habitacion sana y el buen alimento habían producido una mejoría casi repentina, y al cabo de tres sema-

nas

nas pudo levantarse y andar por su quarto. Entonces fue Pasquala á ver á su bienhechora, la que presentándola un manojo de llaves la dixo: estas son, Pasquala mia, las llaves de su casa de Vmd. y de sus armarios. Vaya Vmd. á ella, y mañana por la mañana iré yo á que me dé de almorzar. Atónita Pasquala al oír esto quiso hablar y no pudo, tomó las llaves como alelada, no pudiendo creer que tuviese una casa con armarios, ni que la *parienta del Rei* fuese á almorzar con ella. Aquel mismo dia Miguel, su Muger y sus Hijos volvieron al desierto de donde los habían sacado. ¡Pero qué grande fue su sorpresa al ver en lugar de la choza de hojas y ramas una casita mui aseada, situada en medio de una gran huerta! Los niños dan mil gritos de alegría, Miguel y Pasquala los abrazan llorando. ¡Oh Dios mio! dixo Pasquala juntando las manos, ¿qué he-cho hecho para merecer tanta dicha?...  
 Paró el carro á la puerta y conduxe-ron á los solitarios á su habitacion compuesta de varios quartos mui aseados y de una co-

ci-

cina con todos los utensilios necesarios en una casa. La sala de los solitarios tenía una chimenea, y en fin las alcobas, las camas y muebles no dexaban nada que desear respecto al todo de la habitacion. Viendo Pasquala un armario grande, sacó su manojo de llaves, y abriéndole halló dos vestidos completos para su Marido, otros tantos para ella y para cada uno de sus Hijos; halló tambien camisas, medias, sábanas, manteles y servilletas, y una gran provision de lino para hilar. Luego que Pasquala hubo registrado el armario la llevaron á su huerta ya plantada de varias legumbres; despues la enseñaron un corral en donde halló seis docenas de gallinas; finalmente abrió un establo en el qual había dos hermosas vacas, y se la dixo que era dueña de un pedazo de prado para apacentarlas, y que distaba medio quarto de legua de su casa. Pasquala creía estar soñando: ¡pues qué, decía á su Marido, ya somos mas ricos que no lo era nuestro difunto amo Anselmo!... Su casa comparada á la nuestra es una pocilga... Nuestra huer-



huerta es tres veces mayor que la suya!... ¡Oh Miguel! Será menester que nunca olvidemos nuestra choza, sobre todo en el invierno quando estemos con nuestros Hijos sentados al fuego, para dar gracias á Dios siempre de tan buena gana como ahora. En tanto que Pasquala hablaba así sus ojos vertían las mas dulces lágrimas: tambien lloraba Miguel, y uno y otro abrazaban á sus Hijos recibiendo sus caricias con un placer y un gozo que jamás habían sentido, aunque siempre los amaban tiernamente.

En toda la noche pudo dormir Pasquala: como había quedado una lamparilla encendida sobre la chimenea la pasó toda considerando con admiracion su quarto y sus muebles, rezando y bendiciendo á su ilustre bienhechora. Al amanecer se levantó, y su Marido tambien: vuelven á registrar su cocina, su jardin y establo. Hecho esto vistieron á los niños poniéndoles los mejores vestidos y dispusieron el almuerzo. Tienden sobre la mesa un mantel nuevo, ponen encima dos tazones llenos de nata de leche, buen pan ca-

sero, manteca fresca y una cesta de avellanas acabadas de coger: dispuesto todo de esta manera se espera á la buena Señora con impaciencia y desasosiego. A las once, el Hijo mayor, puesto de centinela á la salida del bosque, dexa su puesto y llega anunciando que ha visto el coche á lo lexos. Entonces Pasquala y Miguel se agarran del brazo y se disponen á salir de casa enteramente turbados y enternecidos. Miguel aun algo débil de las piernas se aflige de que no puede andar mas apriesa: los niños quieren ir corriendo delante y se precipitan ácia la puerta: el Padre y la Madre los llaman, y por la primera vez se queixan de su desobediencia.

En el instante mismo en que los solitarios llegaban á la puerta de su patio se apeaba la Princesa de su coche. Pasquala y su Marido bañados en llanto se arrojan á sus pies, y Pasquala mostrándola á Miguel: ¡Oh Señora, dixo, ya está curado, ya puede andar!... ¡Nuestros Hijos no padecerán mas el rigor del frio!... ¡Esta es nuestra casa en que estaremos tan bien en el verano como en el invierno!

no! Todo se lo debemos á Vmd. y solo Dios puede pagarla; porque nosotros, pobres infelices, ni darla gracias sabemos.

Un diluvio de lágrimas interrumpió estas razones; la amable y virtuosa Princesa mezcló las suyas con las de los solitarios, y levantando del suelo á Pasquala la tomó del brazo y entró de este modo en la casa. Bien podeis creer que el almuerzo fue excelente y que se pasearon mui bien por la huerta sin dexar de ver hasta el establo.

A las doce y media la Princesa se apartó de los solitarios, y al llegar á Forges supo con igual gusto y enternecimiento que no hai estados ni clases en que no se puedan hallar los sentimientos nobles y generosos que la caracterizaban á ella tan particularmente. Los carpinteros y albañiles que habían construido la casa de los solitarios, movidos de una accion que aseguraba la felicidad de una familia entera, quisieron tener parte en ella de algun modo. Trabajaron con mucho ardor noche y dia, y luego que estuvo concluida la casa, todos unánimes rehusaron el pre-

precio de su trabajo. No hubo medio de hacerles aceptar la menor recompensa, y solo se les pudo pagar empleándolos al instante en otras obras, por las cuales se les dió el doble de lo que valían.

Habiendo dexado de hablar la Marquesa: esta historia, dixo el Abate, es mui preciosa. No es dificultoso adivinar el nombre de la augusta bienhechora de los solitarios, y se pueden citar de ella tantas acciones de esta clase, que no me admira la que Vmd. ha contado; pero la generosidad de los carpinteros y albañiles me sorprehende. Que un hombre de esa clase tuviese tanta grandeza de ánimo sería mui extraordinario, aunque creible: pero que todos se convengan en trabajar dia y noche con el solo fin de participar de una buena accion, que rehusan con teson el salario que les es debido, que de un consentimiento unánime sacrifiquen así su tiempo y trabajo, y que siendo pobres se avergüencen de tomar un dinero tan legítimamente ganado, hai en ese modo de proceder una nobleza, un pundonor y un

entusiasmo de virtud, que me parecen poco verosímiles en personas de tan baxo estado, y no puedo menos de declarar á Vmd. que tengo algun recelo de que la han engañado acerca de este punto.—¿Y si yo misma hubiese sido testigo del caso?...—Me alegro mucho, porque me es mui gustoso poderle creer.—Este es uno de aquellos rasgos que nadie se atrevería á inventar, porque no tenemos mas que una idea imperfecta de la naturaleza. No la queríamos conocer en algun hecho imaginario que la pintase con toda su elevacion, y por una inconsequencia ridícula, el heroísmo que tanto admiramos en la historia no nos parecería en una obra de pura invencion mas que una ficcion extravagante destituida de toda verosimilitud. No obstante es cierto que lo que se llama *belleza ideal* no existe en lo moral, porque siempre que la imaginacion concibe alguna cosa sublime puede el hombre practicarla si escucha los primeros impulsos de su corazon ó se ve obligado en fuerza de la admiracion que causan los grandes exemplos de virtud.

Y

Y si buscamos la idea de una perfeccion constante tal como la podemos concebir, la hallaremos infaliblemente exâminando la conducta de aquellos que practican exâctamente todas las obligaciones que la Religion impone.

Al acabar la Marquesa estas palabras dieron las diez. Mamá, dixo César, aun es temprano: la historia de los solitarios ha sido mui corta y Vmd. la ha acabado tan de repente que no nos ha dado el tiempo de hacer alguna pregunta. Es verdad, dixo Pulchêria, por exemplo, desearía yo saber si la Novena de Pasquala ha tenido efecto. Sí, respondió la Marquesa; aquel mismo año tuvo su bienhechora una Hija, de la qual he de referiros un lance.

Esta preciosa niña tiene seis años y medio; todos los veranos los pasa en el campo. El año pasado encontró paseándose en el bosque de Montmorenci á una niña mui pulida que su Madre llevaba de la mano. La Madre presentó una cestita de fresas á la jóven Princesa, la qual mirando de cerca á la chi-

qui-

quita echó de ver que era ciega, cosa que la dexó mui admirada, porque la niña tenía los ojos abiertos y mui hermosos. Hizo varias preguntas á la Madre, que la respondió que su Hija no era ciega de nacimiento, pero que no tenía los medios precisos para llevarla á Paris á que la viesen los Cirujanos. ¿Pues qué, dixo le Princesa, los Cirujanos podrían volverla la vista?—Así dicen...—Pues bien, yo la llevaré á Paris quando volvamos, la haré lugar en el coche á mi lado. Enternecida la aldeana echó á llorar, y las personas que acompañaban á la Princesa la dixerón que fuese al dia siguiente á verse con ella.

Conforme á la idea que la Princesa había tenido por sí misma en fuerza del primer movimiento, se envió á la niña á Paris á casa de un Oculista que la tuvo todo el resto del verano y parte del invierno. A principios de este verano la jóven Princesa al llegar al campo tuvo un gran gusto quando la presentaron la niña perfectamente curada. ¿Con que ya no eres ciega? la dixo.—No

Señora.—Estás mui contenta?—Seguramente porque podré trabajar.—¿Y leer?—Oh, yo no sé leer.—¿Pues cómo, si eres mas grande que yo, y yo leo bien?—He estado ciega dos años...—Es verdad, pero ahora que vés bien puedes aprehender.—Mi Madre no tiene dinero para enviarme á la escuela...—¿Pobre chiquita!... Quieres que yo te enseñe á leer? Si quieres te daré una leccion cada dia. Creyendo la niña que la Princesa se burlaba se echó á reir. Insistió la Princesa, y una de las personas que estaban con ella dió á entender que desaprobaba esta resolucion. Considere Vmd. Señorita, la dixo, que una Maestra necesita de mucha paciencia.—Yo la tendré.—Esto quizás durará mucho tiempo...—Estoí cierta que no me cansaré; yo leía de corrido al cabo de quince lecciones.—Es cierto; varios niños con el método que se ha empleado para Vmd. han aprehendido á leer en el mismo tiempo: (a)

M4

pe-

(a) Es mui cierto que hai un método con el qual un niño dócil y aplicado aprehende á leer de corrido al cabo de quince lecciones, y el mas limitado lo consigue

pero si *Naneta* tiene la cabeza mui dura y no emplea mucha aplicacion, quizás se necesitarán tres meses de leccion.—¿Estaremos aquí tres meses?—Si Señora.—De ese modo *Naneta* tendrá bastante tiempo para aprehender; y ahora voi á darle la primera leccion: diciendo esto la amable niña va á buscar el libro y la caja de las fichas, hace sentar á *Naneta* delante de ella, y con tanta dulzura como gracia é inteligencia la da una larga leccion. Al irse *Naneta* se convino que volvería cada dia á la misma hora.

Aun-

que en tres ó quatro meses, en tanto que con el método comun se necesita de año y medio ó dos años. El método antiguo consiste, como se sabe, en hacer conocer á los niños todas las letras del alfabeto, y enseñarles despues la formacion de las sílabas, esto es, todas las combinaciones de las letras dos á dos, tres á tres &c.: como el número de estas combinaciones es mui grande, pues hai veinte y dos letras que combinar, y además las mas veces no hai ninguna relacion entre el sonido compuesto de las letrás que forman cada sílaba y el particular de cada una de ellas, este método es necesariamente tan largo como penoso y enfadoso para los niños.

Al contrario, el método de Mr. Berthaud es mui breve, porque limita á ochenta y ocho las combinaciones necesarias tan considerables en el método comun. Ha descubierto en efecto que todas las palabras de la lengua francesa se componen de ochenta y ocho con-

Aunque *Naneta*, como se había previsto, no fuese mui aplicada, no por eso se cansó su Maestra: acabó lo que había emprendido con una paciencia y perseverancia sumamente extraordinarias para su edad. Era un espectáculo delicioso verla dár su leccion, enseñando con su manita las figuras y las palabras, reprehendiendo en voz baxa, alabando en alta voz, animando á su discípula, prometiéndola premios, y quando leía bien mi-

rar

sonancias distintas, de modo que conociendo la formacion de estas consonancias (aunque no se conozcan las letras que las componen) se sabe leer: y como ha puesto una figura á cada una de estas consonancias, el niño las aprehende con facilidad, y comunmente no se necesitan mas de dos meses para aprehender á leer de corrido. Es mui extraordinario que este método no haya sido generalmente admitido, mayormente habiendo cerca de quarenta años que se ha inventado; pero tal es la constancia del apego á los usos antiguos por mas que carezcan de fundamentos sólidos.

*En un tiempo en que parece que los Españoles nos ocupamos en imitar en todo á los estrangeros, tomando de ellos lo bueno y lo malo, sería de desear que alguna persona zelosa y con la correspondiente instruccion emprendiese la utilísima tarea de arreglar á nuestro idioma el método arriba dicho, que á mi parecer sería aun mas facil en español que en francés, si se atiende á la pronunciacion y ortografía del nuestro, muchísimo menos complicadas.*

rar á todos los presentes como para recoger sus votos. Finalmente antes del fin del invierno Naneta supo leer tan bien como su jóven bienhechora, que la dió muchos juguetes, libros y un hermoso vestido, diciéndola al despedirse: *Adios, Naneta, el verano que viene te enseñaré otras cosas....*; Oh qué preciosa Princesita exclamó Pulchêria; algun dia será digna de su Madre! Con esta reflexiôn se dió fin á la velada.

Antes de acostarse pidieron los niños y obtuvieron la licencia para ir el dia siguiente á vendimiâr á casa de *Benito*. Se levantaron mas temprano de lo acostumbrado para ver si el cestero había enviado todo lo que se le había encargado hacia mas de quince dias. A las ocho de la mañana les llevaron quatro cestos proporcionados al cuerpo de César, de sus hermanas y de Agustin; quatro cestas con asas y quatro pares de tixeras para cortar las uvas. Luego que se comió fueron á pie hasta la viña de Benito, que estaba media legua de la Quinta: se convino en que estos peones auxiliares trabajarían dos horas

á cuenta de Benito, que despues merendarían con los vendimiadores, y que despues cada qual llenaría su cesta, las cuales se enviarían á la Quinta en un carro. Todas estas convenciones se observaron con igual alegría y exâctitud. Benito dió el glorioso testimonio de que los niños de la Quinta habían trabajado mejor que los suyos: en fin todo el dia se pasó con mucha alegría y contento, y al anochechar tomaron el camino de la Quinta.

Al llegar á Champceri, César que se había adelantado, entró el primero en el patio de la Quinta. Vé á todos los criados apiñados al rededor de un hombre á caballo que acababa de llegar; oye que todos hablan á un tiempo, repitiendo el nombre de su Padre; César se precipita ácia el grupo y le hacen lugar gritando: *el Señor Marques está á media legua de aqui*. César lleno de gozo se adelanta: apease el hombre, que era el Ayuda de cámara del Marques; el primer movimiento de César es arrojarle á sus brazos llorando de alegría. En esto llegan la Marquesa y sus Hijas, la Madre y los Hijos se abrazan mil veces:

hacen mil preguntas al criado; mandan poner el coche, los niños van á la caballeriza á dar priesa á los cocheros: entran en el coche antes que los caballos estén puestos, en fin ya salen....Al cabo de un quarto de hora para el coche, todos se precipitan ácia las portezuelas, y el Padre de familias el mas querido se vuelve á ver despues de un año de ausencia en los brazos de su Esposa é Hijos.

En el poco tiempo que estuvieron en el coche hasta llegar á casa no pudieron el Marido, la Muger y los Hijos expresar lo sumo de su gozo sino con lágrimas y tiernos abrazos. La noche era obscura y no tenían hachas de viento, por lo qual era grandísimo el deseo que tenían todos de poderse vér. El instante en que se entró en la sala de Champceri dobló la alegría y el enternecimiento: no se cansaba el Marques de mirar á César y á sus Hermanitas. ¡Qué Padre despues de una larga ausencia no halla sus Hijos mas hermosos! El Marques admiraba lo robustos y crecidos que estaban los suyos. Por otra parte su Muger é Hijos advertían con inexplicable

satisfaccion que las fatigas de la guerra no habían causado ninguna mudanza en la persona del Marques, y que gozaba de la mas cabal salud.

Nadie se acostó hasta la media noche, y al dia siguiente los niños despertaron antes de amanecer, porque la impaciencia que tenían de volver á vér á su Padre no les había dexado cerrar los ojos en toda la noche. En tanto que se almorzaba, el Marques avisó que sus negocios le precisaban á volver á París, y que se marcharía de Champceri dentro de dos dias: esta nueva affligió á la familia menuda y y el Marques consoló á sus Hijos asegurándoles que estaba determinado á pasar todos los años seis meses en Champceri. César y sus Hermanas no pudieron abandonar la Borgoña sin verter algunas lágrimas. El dolor de Agustin al apartarse de su Padre, su Madre y de Colasito fue extremo. Por último se partió tristemente. Durante el viage se disipó la tristeza de los niños, y quando llegaron á París ya estaban todos alegres y contentos.

Luego que se hubo descansado de las fa-

tigas del viage, la Marquesa de Clemira llevó á sus Hijos á ver la Comedia Francesa. A la vuelta se habló de la pieza que habían visto, y César manifestó muchos deseos de que su Madre le diese algunos preceptos generales acerca del modo con que se debe juzgar una obra dramática. Aun eres mui jóven, le respondió su Madre, para que yo pueda satisfacer tu curiosidad en este punto: tengo formado el plan de una obra que haré seguramente para mis Hijos, y cuyo título será: *Curso de literatura para el uso de los jóvenes*; la leerás quando tengas diez y seis ó diez y siete años: verás despues la poética de Mr. Marmontel, obra tan útil como estimable, y que acabará de formarte el juicio, proporcionandote los medios de hacer una crítica justa.—¿Quántos tomos tendrá su obra de Vmd.?—Tres á lo mas.—¿Y será divertida?—No omitiré medio alguno para que sea tan agradable como varia en quanto me sea posible; porque creo firmemente que no se puede instruir á la juventud causándola enfado ó tédio. Me aplicaré principalmente á dar

ros principios sacados de la naturaleza, nociones claras y precisas, ideas justas y un conocimiento general de la literatura Francesa, Inglesa, Italiana y Española.

Al acabar la Marquesa estas palabras llegó el coche á la puerta; al punto se cenó aunque con mucha tristeza, porque todos se quejaban de dolor de cabeza. Ya no tenían César y sus Hermanas aquel apetito que hacía tan alegres las comidas de Champceri: todo era bostezar y apoyarse con languidez en sus sillas: apenas comían, y convinieron en que no era bueno ir todos los dias á encerrarse tres horas enteras en un aposento y que preferirían siempre á la funcion mas brillante del mundo los placeres tan dulces que producen el paseo, la lectura y la conversacion. Se paseaban, con todo en París, mas era en los jardines de las Tuillerías, del Palacio Real ó campos elisios. Como era menester ir con modo se echaban de menos los bosques, las praderas de Borgoña y la amable libertad que en ellos se disfrutaba. César criticaba amargamente quanto veía. ¡Qué polvo! exclamaba, ¡qué



¡qué tropel de gentes! Y todos parece que no se han juntado aquí mas que para estorvarnos é incomodarnos; no puedo correr, ni subir á los árboles!...¿De qué sirven estos estanques de agua detenida en comparacion de nuestro lago de Faulin en donde pescábamos tantos peces? En vez de los cercados que teníamos allá de morales y avellanos no se vén aquí mas que tapias y rexas: ¡aun si se viesen plantas y flores! ¡Oh qué jardines tan tristes! ¿Cómo hai personas que quieran encerrarse en París todo el año pudiendo vivir en el campo?...

Oía la Marquesa estas quejas y las aprobaba viendo que eran fundadas, pero llevó á sus Hijos al jardin del Rei que les pareció mas instructivo y casi tan agradable como los bosques de Champceri. El estudio de la Botánica y de la Historia natural hizo este paseo tan agradable que no quisieron en lo restante del otoño ir á ninguna otra parte. Vio el invierno, y con él se renovaron las quejas; se acordaban los niños suspirando de los estanques helados de Champceri, de las escurridas sobre el hielo, y sobre todo de las vela-

das,

das, gustos de que actualmente se veían privados. Los bailes no compensaban bastante esta privacion porque servían de poca diversion, y casi siempre volvía alguno de ellos malo. En el mes de Enero tuvo Carolina un constipado acompañado de una tos tan violenta que fue preciso separarla de su Hermana porque no la dexaba dormir. Se la puso en otro quarto y Pulchêria se quedó sola en el suyo.

Al cabo de cinco ó seis días supo la Marquesa de Clemira que Pulchêria, á pesar del frio rigoroso que hacía, no había querido que se encendiese fuego en su chimenea desde que su Hermana había pasado á otro quarto. Extrañando la Marquesa este capricho procuró inquirir la causa preguntando á todos los criados. El que estaba encargado de repartir en los quartos la leña, declaró que la Señorita Pulchêria le había mandado que pusiese la que llevaba por las mañanas en el armario que había en la antesala, y que él no había preguntado la causa de esta novedad, creyendo que lo hacía de acuerdo con la Señora. La Aya de las dos niñas cuidaba de Caro-

lina y no había entrado en el quarto de Pulchêria, á quien asistía una aldeana que se había traído de Champceri, la qual habiéndosela preguntado tambien respondió que la Señorita Pulchêria había asegurado que el fuego la hacía mal á la cabeza y que quería acostumbrarse á pasarse sin él. Despues de haber tomado todas estas informaciones subió la Marquesa al quarto de Pulchêria (eran las diez de la mañana): primeramente registró el armario de la antesala y le halló sin leña alguna, entonces entró en el quarto de su Hija. Pulchêria relataba algunos versos paseándose mui apriesa por el quarto para entrar en calor, y Getrudis, la aldeana de Champceri, sentada en un rincon hacía calceta. Luego que Pulchêria vió entrar á su Madre se puso colorada. ¿Por qué razon, Hija mia, dixo la Marquesa, estás sin fuego?—Mamá, no hace mucho frio....Entonces la Marquesa se sentó y mandó á Getrudis que se fuese. Despues tomando á Pulchêria de la mano: ahora, le dixo, me vás á hablar con toda confianza, así lo creo...—Mamá mia, voi á confe-

fesarla á Vmd... pero quizás habrá ya adivinado lo que es....—Tengo algunas sospechas confusas....—Pues ahora lo sabrá Vmd. todo. Habrá siete ú ocho dias que oí contar á mi Aya que una pobre muger que vive en nuestra calle había venido á pedir limosna. Mi Aya se la dió, y despues ha estado una vez en su casa para llevarla pan; á la vuelta me dixo que aquella pobre muger deseaba trabajar, pero que no tenía en que emplearse, y lo que es mucho mas doloroso, que no tenía fuego para calentarse. Añadió mi Aya que la buscaría obra y yo pensé que si podía por mi parte darla leña ya no la faltaría nada. No quise decírselo á Vmd., Mamá, porque tenía ya mi proyecto formado. Sabía yo que mi Hermana debía mudarse á otro quarto, y me dixe á mí misma: esta es buena ocasion de hacer como Sidonia una buena accion que nadie la sabrá, se la ocultaré á todos, y aun á Mamá. Como todo se sabe con el tiempo tarde ó temprano se lo dirán, y mi accion le será mas grata por esto mismo; entretanto Dios lo sabrá, y la pobre muger

tendrá fuégo para calentarse. Esta reflexion me determinó á pasarme sin fuego por las mañanas. De esta privacion me resultaban tres troncos: dixé al criado que los pusiese en el armario de la antesala, lo que él hacía todas las noches para ahorrarse el trabajo de traerlos por la mañana. Entonces me ví precisada á confiarme á Juana la moza de retrete. Al principio puso alguna dificultad, pero yo la aseguré que esto no podía enfadarla á Vmd. sino todo al contrario. Entonces me declaró que si Vmd. la preguntaba diría la verdad, pero que si no callaría: no pedía yo otra cosa...— Y bien ¿se ha encargado de llevar la leña á la muger?—Sí Señora, todas las mañanas...—¿Pero cómo la han dexado salir de casa cargada así con tres troncos?—No lo sé, nunca he pensado en ello. En efecto el Portero debía estrañar...Sin embargo es preciso que nunca le haya preguntado nada, puesto que no me lo ha dicho.—Aquí hai algun misterio que ignoramos. Pero volviendo á tí; ¿has sentido mucho frio?—Bastante los dos primeros dias; pero pensaba que la pobre muger

se calentaba con sus Hijos, porque tiene seis, y su Marido estaba malo en cama. Ahora están todos buenos, segun me ha dicho Juana.—¿Cómo es posible con tres pedazos de leña?—Sí Señora, Juana me ha dicho que eso les ha hecho revivir, y que ahora están mui bien. Además de la leña he enviado á sus Hijos dos caxas de dulces que Papá me regaló; y aun no es todo: antes de ayer, no sé por qué casualidad, le dió gana á Papá de preguntarme si deseaba tener algun dinero para comprar juguetes. Al pronto le respondí que no: despues me acordé de la muger y me puse colorada. Papá me abrazó y me dió un luis diciéndome todo lo que podría comprar con él. Si he de decirlo todo, tuve deseo de emplear seis libras en comprar una almohadilla y algunos acericos, y con esta idea volví á mi quarto mui pensativa. Hice cambiar al instante mi luis, y tuve entonces quatro escudos: guardé el uno en mi faldriquera, dí los otros tres á Juana, diciéndola que se los llevase á la muger, y añadiendo que al dia siguiente la enviaria á comprarme la almohadilla y los acericos.

cos. Con esto se fue: yo saqué mi escudo de la faldriquera y me daba pena el mirarle... Como al principio había destinado el luis entero á la pobre muger, me parecía que me quedaba con una cosa que ya no era mia. Corrí á la escalera para volver á llamar á Juana, pero ya había salido, y no volvió hasta ayer por la mañana. Desperté mui temprano pensando en los acericos y en la muger... Estaba mui dudosa, pero finalmente reflexionando que aquel luis era el primer dinero que había tenido en mi vida, me dixé: es preciso emplearle enteramente en una buena accion: esto me determinó del todo. Volvió Juana y la envié á casa de la muger con la leña y el escudo. Acababa Pulchêria su relacion quando entró un lacayo en el quarto y adelantándose ácia la Marquesa la entregó una carta. Mirando esta el sobrescrito dixó á Pulchêria: esta esquela es para tí, será sin duda algun convite de baile. Diciendo estas palabras abre la carta y lee lo siguiente:

»Señorita: Venga Vmd. á recibir el premio de su bondad para con nosotros; ven-

»ga Vmd. á saber la triste situacion de que nos ha librado. Nada falta á nuestra felicidad actual mas que tener por testigo de ella á la persona á quien la debemos; no podemos manifestar nuestro agradecimiento á nuestra jóven y querida bienhechora de otro modo mas que haciéndola ver lo interior de una familia que la debe toda su »felicidad.»

¡Ah Mamá! exclamó vivamente Pulchêria: ¿tendría Vmd. la bondad de llevarme á ver esa pobre gente? Con mucho gusto, respondió la Marquesa. Al punto mismo hemos de ir allá: voi á decir que pongan el coche; vén, querida hija mia. Entonces tomando á Pulchêria de la mano sale con ella. Quando ya iban á salir se encontraron con el Marques de Clemira. ¿A donde vais? las dixo, si por casualidad quereis salir, ahora acabo de llegar, y aun está mi coche á la puerta... Pues vente con nosotras, le respondió su Mugger. Entonces el Marques, sin preguntar á donde iba, la dió el brazo, y Pulchêria los sigue con una conmocion inexplicable. En-

tran en el coche, marchan, y al cabo de cinco minutos se apean: atraviesan un patio, el Marques abre una puerta, y entran en un quarto capaz. En medio de él ven á un guarnicionero trabajando en su oficio en tanto que una muger arrimada á una mesa y rodeada de seis niñas, la mayor de diez años, cosía ropa blanca. Luego que entró el Marques toda la familia se puso en pie. Acérquese Vmd. acá Señora *Le Blanc*, dixo el Marques, aquí tiene Vmd. á Pulchêria... Al oír estas palabras, la Muger y el Marido se precipitaron ácia Pulchêria, y todas las niñas la rodearon. ¡Oh Señorita mia! dixo ternecida aquella muger, qué gusto tengo en ver á Vmd....¡Cómo! tan niña y tan delicada se ha querido Vmd. privar de fuego, y padecer frio para enviarnos su leña, y despues su dinero, y despues sus dulces, en fin todo aquello de que podía disponer!... Pero vea Vmd. ahora lo felices que somos... Mi Marido está ya curado y se ha puesto al trabajo desde ayer; nuestras deudas están pagadas, nuestras Hijas bien vestidas, podemos

tra-

trabajar, nada nos falta: Vmd., Vmd. sola es la causa de nuestra felicidad, porque sin su bondad para con nosotros nunca nos hubie-  
ra conocido su Señor Padre! ¡Ah Papa! interrumpió Pulchêria, ¿con que Juana se lo había contado á Vmd. todo? Desde el primer día, respondió el Marques: yo mismo he traído en mi coche varias veces á la Señora *Le Blanc* la leña que tú la dabas, pero había prohibido expresamente á Juana que hablase de esto á tu Madre, ó que te hiciese sospechar que yo lo sabía, porque mi intencion fue desde luego daros un gusto inesperado. Despues de esta explicacion el Marques de Clemira recibió tiernos abrazos de su Muger é Hija, y luego se siguió hablando con aquellas pobres gentes. Al cabo de media hora se levantaron para irse, lo qual visto por las niñas al punto fueron á buscar una caja de carton, y la de mas edad presentándosela á Pulchêria la rogó que la aceptase diciendo: esta es nuestra obra; mi Madre, mis Hermanas y yo, todas hemos trabajado en ello...y con qué gusto! Abre

Pul-

Pulchêria la caxa y se halla con una almohadilla mui primorosa, y media docena de accericos sumamente pulidos. Al verlos se puso colorada, y volviéndose ácia su Padre le dixo: en verdad, Papá mio, que ya se me habían olvidado....pero los recibo con sumo gusto por ser obra de esta buena muger y de sus preciosas niñas. Al acabar estas palabras, enternecida Pulchêria abrazó á toda la familia, renovándose sus lágrimas quando al irse oyó las bendiciones que toda ella la daba.

¡Mi pobre Carolina! exclamó Pulchêria al entrar en el coche, quanto siento que su resfriado la haya impedido de participar de la alegría que yo acabo de disfrutar!... Mamá, prosiguió Pulchêria, ahora que estoi acostumbrada á pasar sin fuego, ¿me permitirá Vmd. dar todos los inviernos mi leña á los pobres?—No por cierto, porque no quiero que formes una obligacion que con el tiempo podia parecerte demasiado penosa: ya te he dicho, y ahora vuelvo á repetir, que las resoluciones que exigen una valerosa perseverancia no se han hecho para tu edad; pero

si quieres renovar todos los inviernos la accion que acabas de hacer, esto es, pasarte sin lumbre una semana para aliviar á una pobre familia, te lo permitiré con mucho gusto.—Esto es hecho, desde ahora me impongo esa obligacion de mui buena gana...Otra idea me ocurre...¿No podría tambien privarme de tiempo en tiempo con el mismo objeto del vino que bebo á las horas del comer?—Es tan poco lo que bebes que sería menester mucho tiempo para que pudieses juntar una botella.—Quando sea grande como Vmd. Mamá, ¿quanto beberé en ocho dias?—Tres botellas, ó á lo mas quatro.—Aun quando no fuesen mas que tres, este regalo daría gran gusto á qualquier pobre enfermo.—Seguramente, tres botellas de buen vino serían para él un regalo tan saludable como precioso.—Si cada mes me pasase ocho dias sin vino creo que estaría mejor.—Además de que esa privacion nada tiene de penoso.—¿De modo que sin ser rico se pueden hacer muchas limosnas?—Sin hacer gastos extraordinarios se podría en el discurso del año socor-

rer á una infinidad de infelices con solo querer imponerse de tiempo en tiempo algunas ligeras privaciones, ó rehusarse alguna superfluidad. Debes observar tambien que una privacion momentanea siempre nos previene un gusto mui vivo; por exemplo, tú te pasabas sin fuego desde las siete de la mañana hasta la una del día; ¿no es verdad que quando baxabas á la sala sentías un gusto que á buen seguro no hubieras tenido si hubiese habido fuego en tu quarto?—Es mui cierto: lo restante del dia me calentaba yo con sumo gusto; solo el ver un buen fuego me inspiraba una alegría extraordinaria.—Ya ves, pues, que en esto el interés mismo de nuestras conveniencias se conviene con la beneficencia, y no hablamos de aquel placer tan dulce preferible á todos los demás; de aquella inexplicable satisfaccion que acabas de disfrutar, y que será siempre el fruto feliz de una accion virtuosa...—¿Cómo es posible que haya personas que no conozcan esto?—Porque es mui cierto que la vanidad y el gusto del fausto corrompen muchos corazones; con-

to-

todo aun en las Ciudades ricas, en donde el luxo ahoga y destruye tantas virtudes, se pueden hallar todavía grandes exemplos y modelos hechos para gloria de nuestro siglo: las solas *limosnas anónimas* remitidas á los diferentes Curas de París componen inmensas cantidades: no hai mes en que una multitud de artesanos infelices presos por deudas no deba á personas desconocidas su libertad y la ventura de volverse á ver en el seno de sus familias desconsoladas. La beneficencia ha establecido premios en todas las Academias; ha formado en París y sus cercanías varios establecimientos útiles y respetables: todo esto puede hacerte conocer quan natural es al corazon del hombre esta virtud, puesto que la vemos brillar tanto en aquellos parages mismos en donde está continuamente combatida de todas las pasiones facticias y pueriles, hijas de una vanidad tan despreciable como mal entendida.

Con esto dió fin la Marquesa á su conversacion porque quería ir á saber como estaba Carolina. Pasó, pues, con Pulchêria al

quar-

quarto de la enferma, y halló que se le había aumentado mucho la tós. Confesó Carolina que había comido un puñado de guindas secas ignorando del todo que pudiese aumentársele la tós comiendo una cosa que sabía ser sana. La Marquesa aprovechó esta ocasion de repetir á sus Hijos quan conveniente es conocer las propiedades de todo lo que sirve á nuestro alimento; conocimiento que junto con la sobriedad nos preservaría de una infinidad de achaques y enfermedades graves.

Algunos días despues de esta conversacion, una mañana entró César en el quarto de su Padre; llevaba un papel en la mano: Papá, dixo, vengo á hacerle á Vmd. algunas preguntas sobre una cosa que me parece extraordinaria; aquí traigo el diario de París....—¿Y bien?—El Señor Abate me le hace leer siempre que hai algun rasgo de *beneficencia*.—Debes, pues, leerle mui á menudo, porque apenas se pasa día sin que se lea en letras gordas *BENEFICENCIA*.—Si Señor; y eso mismo es lo que me enfada.—¿Pues

por

por qué?—Este título anuncia una bella accion, pero en este diario rara vez se cumple lo que promete... Tome Vmd., Papá, y lea despues de la palabra *beneficencia*.—Ah, parece una historia mui larga...—En efecto ocupa la mitad del diario. ¿Quiere Vmd. que yo se la cuente?—De buena gana.—Este es el caso: una pobre costurera tenía una rexilla ó maridete á los pies; se quedó dormida. Algun tiempo despues entró alguno en su quarto y la halló moribunda: *sus vestidos estaban ardiendo, y apenas conservaba figura humana*... llegó entonces una patrulla de la policía... los soldados de esta patrulla y los demás circunstantes estaban *enternecidos*... los soldados ayudaron á socorrer á la enferma. Un Cirujano pedía para curarla un poco de aceite y vino, uno de ellos fue á buscarlo. Despues de haber el Cirujano curado las heridas de la pobre muger, los soldados de la patrulla la llevaron al hospital..—¿Y el rasgo de *beneficencia*?—Ya se le he dicho á Vmd., es *el aceite y vino que el soldado fue á buscar*.—No es posible.—Lea

Vmd.



Vmd. Papá; aquí está el Diario. (a)—En efecto es lo que dices sin quitar ni poner; pero es preciso leerlo para poderlo creer.—Como era preciso ser inhumano y feroz para no socorrer aquella infeliz, me ha enfadado el ver que se alabe con tanta ponderacion una accion tan natural, dando el nombre de benéficos á unos hombres que no han hecho mas que cumplir con una obligacion indispensable.—Tienes razon; aquel que se cree sugeto heroico quando cumple con su deber, jamás llegará á ser verdaderamente virtuoso: si todos nos conviniésemos en dar el nombre de beneficencia á lo que en sí no es mas que humanidad, en breve no habría ya beneficencia en el mundo...

A este tiempo entró en el quarto la Marquesa con sus Hijas; almorzaron todos juntos y despues salieron para ir á ver algunas colecciones de pinturas y de historia natural, recreacion que la Marquesa proporcionaba á sus Hijos dos veces á la semana.

Pa-

(a) Diario de París, num. 340, Sabado 6 de Diciembre de 1783.

Para variar estos recreos instructivos se visitaban de quando en quando las manufacturas y monumentos célebres de arquitectura: queridos Hijos míos, decía la Marquesa, quando vivais en las Ciudades, si quereis ser felices y nunca padecer tédio, no os entregueis á la vana disipacion que no podría ni llenar vuestros deseos, ni aun ocupar vuestra imaginacion; nunca os dexeis corromper por el gusto vano y despreciable del fausto y de la magnificencia: conservad, fomentad con cuidado en vuestros corazones aquella activa y tierna compasion debida á los desgraciados. Desde el seno del luxo pensad que hai un sin numero de infelices oprimidos de miseria á quienes un corto socorro podría librar de la muerte. Ya teneis por experiencia una idea de la felicidad tan pura que os espera en sus casas; id á buscarla: alargadles una mano benéfica, disfrutad de la gloria deliciosa de presentarles la imagen de la Divinidad y de hacer que á los horriblos gemidos de la desesperacion se sigan los enagenamientos de la alegría inesperada

y las dulces lágrimas de la gratitud. Finalmente en la capital en donde habitais, y en la qual la emulacion y el genio baxo mil formas distintas producen incesantemente portentosos adelantamientos, cultivad vuestro talento, extended vuestros conocimientos, amad las artes á fin de poder disfrutar de esa multitud de cosas apreciables que el ignorante desprecia porque no conoce: mas no sean parte estas ocupaciones instructivas y variedad de recreos para haceros perder la feliz inclinacion á la vida del campo: jamás se borre de vuestros corazones la memoria de las veladas de Champceri y la inocencia y encanto de los gratos placeres que la naturaleza ofrece.

FIN DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

## EL PALACIO DE LA VERDAD.

CUENTO MORAL.

No há muchos años que en una region no conocida de los Viajantes había una bellísima Reina llamada Altemira, la qual casó con el amable y tierno Fanor, el mas hermoso de todos los Genios. La noche misma del feliz dia de su himeneo manifestó la Reina un vivo deseo de que el Genio la llevase á sus Estados. Suspiró Fanor, y mirándola tiernamente la dixo: conténtate con el imperio que tienes en tantos fieles vasallos, y mucho mas en mi amante corazon. No me es posible llevarte á mi Palacio, pero no volveré á él, puesto que no puedes habitarle: no exijas mas de mí, ni me preguntes... ¿Pues cómo, Señor? interrumpió Altemira, ¿no he de ver nunca ese Palacio? Espero, la respondió Fanor sonriéndose, que algun dia podrás verle. ¿En qué tiempo? replicó vivamente la Reina.—Dentro de diez y seis años, si conservas hasta entonces ese deseo.—

¡Diez y seis años! ¡justo Cielo!—Hasta entonces no hablemos mas en ello. Debo por tu bien y por el mio ocultarte este secreto; y todos tus esfuerzos para que le revele serán vanos.

Era la Reina sumamente curiosa; se quejó, se afligió, lloró, pero Fanor se mantuvo inflexible. El único pesar que tuvo Altemira fue el de tener un Marido tan callado: los dos Esposos se amaban tiernamente, y hubieran sido del todo felices á no ser por la curiosidad é incesantes preguntas de la Reina acerca del misterioso Palacio del Genio.

Parió Altemira una niña á la qual dotó el Genio de todas las gracias y perfecciones. Apenas llegó Zeólida (que así se llamaba la jóven Princesa) á los catorce años, quando la Reina y el Genio se ocuparon en el cuidado de buscarla un Esposo digno de ella: recayó su eleccion en el Príncipe Filamir, el qual adoraba á Zeólida. Consultaron á la jóven Princesa, y ella mui vergonzosa declaró que prefería á Filamir entre todos los que aspiraban á su mano. La Reina, que veía

acercarse con inexplicable gozo el instante en que, conforme á la promesa del Genio, vería satisfecha su curiosidad, determinó no casar á su Hija hasta tanto que hubiese visto el Palacio del Genio y que estuviesen de vuelta en su Reino: llegó por fin aquel instante tan deseado.

Había ya diez y seis años que la Reina estaba casada, con cuyo motivo instó á Fanor á que la llevase á su Palacio. Mañana, le dixo él, si persistes en esta resolucion, despues de haber oido lo que tengo que revelarte; esta noche sabrás mi secreto. Pidió la Reina que Zeólida estuviese presente á aquella conversacion, y aunque Fanor lo rehusaba, tuvo que ceder á las vivas instancias de la Reina. Al anochecer fue al quarto de Altemira, y sentándose entre las dos Princesas las refirió su historia en estos términos:

### HISTORIA DEL GENIO FANOR.

**N**ací con las pasiones mui vivas: nuestro arte, que nos hace tan superiores á los mor-

tales, no tiene dominio alguno en el corazón, y el Genio mi Padre vió con gran pesar que me serían precisos algunos centenares de años para ser feliz y juicioso. Entretanto me enamoré de una Encantadora mucho menos jóven que yo, y mas famosa por su talento que por su belleza. Esta primera eleccion me hizo mucho honor. Prudina (este era el nombre de la encantadora) gozaba de una reputacion sin mancha, y se la citaba por modelo de circunspeccion, de prudencia y sabiduría. Era tan perspicaz que conoció mis sentimientos aun antes que yo mismo: me hizo saber que yo la amaba; estuve por asegurarla que estaba equivocada; no obstante como me inspiraba mucha confianza quise exâminarme de nuevo. Al tiempo mismo que me reñía una pasion que llamaba *locura de niño* me manifestaba tanto agrado y cariño, que el único fruto que saqué de sus sermones fue la esperanza de que no me sería imposible el conseguir que me amase, y esta esperanza hizo nacer el amor que ella había previsto mas bien que adi-

vinado. Al cabo de algun tiempo me atreví á suplicar á Prudina que se explicase, y ella me confesó que correspondía á mi afecto. Loco de mi dicha hablé de casamiento; Prudina me declaró que no se casaría conmigo hasta haber acrisolado mi constancia: me hizo prometer al mismo tiempo que á nadie descubriría las esperanzas que me daba; me encareció las delicias de un amor secreto, y como nunca he sido necio presumido obtuvo sin dificultad lo que me pedía, ignorando el universo entero nuestra amante inteligencia.

Una noche que envuelto en una nube atravesaba los aires para ir al Palacio de Prudina oí unos gritos tan dolorosos que moviéndome á compasion me obligaron á detenerme: ví una numerosa comitiva de caballos y coches, y un gran número de esclavos alumbrando con hachas encendidas: distinguí entre toda esta gente á un jóven de peregrina hermosura, que me pareció ser dueño de los demás; este se desesperaba y toda su comitiva repetía sus lamentos, lo que presentaba

el espectáculo mas doloroso. Haciéndome visible me dí á conocer , y dirigiéndome en particular al jóven le pregunté la causa de tan gran dolor. Yo soi , me respondió , el Príncipe Zimis ; adoro desde mi infancia á la hermosa Princesa Eliana : ya se habían convenido nuestros Padres , quando el cruel Genio Fórmidas la vió por mi desgracia , y desde entonces se declaró mi rival. Eliana le hizo padecer tantos desprecios que al fin aparentó apartarse de su empeño : aprovechéme de aquella ocasion , y con la escolta que veis fui á buscar á la Princesa para desposarme con ella y llevármela á mis Estados ; pero al atravesar este monte , de improviso se nos puso delante el bárbaro y alevoso Fórmidas , y á pesar de mi valor y resistencia me arrebató de entre los brazos á mi querida Eliana... Tres dias hace que sigo los pasos del robador de mi alma ; pero ya finalmente el cansancio nos ha obligado á detenernos aquí , y conozco que mi desesperacion dará aquí tambien fin á mi desgraciada vida.

Esta narracion me compadeció : consolé

al

al Príncipe Zimis asegurándole que la Princesa volvería á su poder. Vuélvete , le dixé , á tus Estados ; antes de que salga el Sol habrás visto á Eliana ; mi poder es superior al de tu enemigo. Adios , y fia en mí el cuidado de tu venganza. Al acabar estas palabras me elevé por los aires y en breve perdí de vista al Príncipe Zimis y á su comitiva.

Consagré á la beneficencia aquella noche destinada al amor : en vez de ir al Palacio de Prudina fui al del Rei de los Genios ; referíle la interesante historia de Eliana y de su amante , y le supliqué librase á la Princesa de la tiranía de Fórmidas. Nuestro augusto Monarca me cogió de la mano y me dixo : sígueme , voi á darte algunas luces acerca del paradero de Eliana , pero te cedo la gloria de finalizar esta aventura. Dicho esto me conduxo á un magnífico salon adornado de una multitud de hermosos espejos. El Genio tocó á uno de ellos con una varita de oro. Ahora vamos á ver , me dixo , lo que está haciendo Eliana á fin de proporcionar nuestros socorros y actividad con el peligro de su situacion.

Al

Al paso que esto decía iba tomando color el cristal, y á breve rato representó una bellísima jóven: esa que vés es Eliana, me dijo el Genio; pero mira en lo que se ocupa. Entonces ví, no sin asombro, á Eliana sola en un jardin, puesta sobre un columpio, bamboleándose hasta las nubes y llorando tan amargamente que confieso me enternecí. Mi sorpresa hizo sonreír al Genio, el qual sacudiendo la cabeza de un modo misterioso me dijo: descubrirás en breve otras cosas mas extraordinarias: toma este talismán que te transportará quando lo desees al sitio en donde está presa Eliana; pero ármate de valor y de serenidad, bien habrás menester de uno y otro; bien que si consigues dar fin glorioso á esta peligrosa empresa prometo otorgarte la recompensa que me pidas. Diciendo esto se fue y me dexó solo: viéndome yo dueño del talismán deseé transportarme al punto mismo á la prision de Eliana. En el mismo instante me hallé en un soberbio jardin; oí hablar, me paré, miré al rededor de mí y con la hermosa claridad de la Luna advertí á alguna dis-

tan-

tancia á la bella Eliana que habia visto en el espejo: estaba precisamente en la misma situacion columpiándose con todas sus fuerzas; no acababa yo de comprehender la causa de este furor de bambolearse. Estaba la Princesa en conversacion con un gracioso Silphido (a), que hablaba á la sazón: bien sé, le decía, que es conveniente bambolear de quando en quando, pero siempre dar vueltas á todas las proposiciones que se la puedan á Vmd. hacer y en la edad mas florida, convengo en que es cosa mui cruel...

¡Ah Zumio, replicó la Princesa, qué feliz eres en conservar tu alegría y buen humor; te hallas, es cierto, privado como yo de la libertad, pero á lo menos no te tratan con tanta crueldad....¡si estuvieses en mi lugar!....¡Oh Genio cruel! ¡Oh Encantadora mucho

(a) Llámanse Silphidos ó Genios á los espíritus que se crean en los cuentos de encantos; bien que parece hai alguna diferencia en estos dos nombres: se entiende por Genio unos espíritus divididos en buenos y malos, que se ocupan los unos en favorecer á los hombres, y los otros en dañarles; y Silphidos se llaman á otros espíritus subalternos de estos y sin tanto poder como ellos.

cho mas cruel! ; á qué suplicio tan bárbaro y estraño me habeis condenado!...No pudo continuar la Princesa estas amargas queexas porque en aquel instante dió su columpio un vaiven tan rápido é impetuoso que la privó de la respiracion y del habla.

Entonces acabé de conocer que la desgraciada Eliana estaba encantada sobre aquel fatal columpio ; acerquéme á ella y la dí nuevas de su amante ; me obligué á ponerla en libertad y la rogué me instruyese de todo lo que yo ignoraba. ¡Ah Señor! me dixo , mucho temo que no podáis destruir este encantamiento que la venganza y los zelos han imaginado , y que os acobarden las condiciones que se han de cumplir para deshacerle.

Mi historia es esta : el cruel Fórmidas, despues de haberme arrancado de entre los brazos de mi Esposo , me conduxo á su Palacio ; quise matarme, y sin duda me hubiera precipitado á algun arrojto funesto , quando de improviso se entreabrió el techo de la sala en donde estábamos , levanté los ojos y ví baxar una muger , ó mas bien una furia , sobre un

carro de ébano tirado por dos murciélagos de monstruoso tamaño ; entonces la terrible Encantadora con voz amenazante prorrumpió en estas palabras : ¿así me abandonas , pérfido? ¡A mí que por tí tengo engañado al mas bello de los Genios! ; una mortal infeliz es el objeto que me prefieres! Sabe pues , ingrato, que es imposible engañarme ; pero si quieres alcanzar tu perdon entrégame esa Princesa , te prometo no quitarla la vida : considera que te aborrece , que yo te amo y que soi capaz de todo por vengarme de un infiel.

Atemorizado Fórmidas convino en volver á su primer yugo. Me puso entre las manos de la Encantadora ; al punto voló el carro por los aires y en menos de tres minutos llegamos aquí y nos apeamos en este jardin : entonces intenté ablandar el ánimo de la Encantadora ; me arrojé á sus pies y la supliqué con lágrimas me volviese á mi amante. Despues de un rato de silencio me alzó del suelo diciéndome : Princesa, no soi vengativa , y con solo que convengas en satisfacer un capricho que me ocurre ahora mismo , facilmente ol-

vidaré lo que ha pasado. Me divierte mucho el columpio ; aquí hai uno , ponte en él , y esto es lo único que exijo de tí. Aunque esta idea me pareció ridícula , me tuve por muy feliz de verme libre á tan poca costa , y así obedecí sin tardanza. Pero apenas me hube sentado, quando la Encantadora pronunció con voz terrible estas palabras : te condeno á columpiar treinta años seguidos , á menos que uno de mis amantes dexé de amarme ó consiga engañarme sin que yo lo sepa. En aquel instante se meneó el columpio por sí solo y con tal violencia que el sacudimiento me hizo desmayar : vino á socorrerme Zumio , que es este gracioso Sílfido que veis...Luego que volví en mí me entregué á la desesperacion mas violenta ; pero acordándome despues de las últimas palabras de la Encantadora me aquieté algun tanto : puesto que tiene mas de un amante , decía yo , no puede menos de que la engañe alguno de ellos. No hai duda , me respondió Zumio ; pero es preciso saber que tiene una sortija de turquesa que se pone amarilla como un oro á la menor infidelidad de

al-

alguno de sus amantes , ó quando alguno de ellos dexa de amarla. Lleva siempre puesta esta sortija , y temiendo que no se la hurten por la noche mientras duerme , antes de acostarse la encierra en un cofrecito de bronce y la pone en lo mas profundo de una cueva que tiene en este jardín : la entrada de esta cueva está guardada por doce monstruosos cocodrilos , quatro basiliscos y seis dragones , cuyas gargantas espantosas , semejantes á los volcanes mas terribles , vomitan llamas voraces y arrojan á lo lexos piedras ardiendo.

A este tiempo tomó el Sílfido la palabra: si Señor , añadió , estos son los peligros que os esperan ; pero tambien ¿qué gloria podría compararse á la vuestra ? Estos jardines encantados están llenos de las mas bellas Princesas del universo que la zelosa Encantadora tiene presas y condenadas á varios suplicios. Si esta malévola se hubiese contentado con quitar del mundo no mas que á sus competidoras , mas de quatro mugeres comprehenderían muy bien su crueldad , y aun quizás la imitarían ; pero ha quitado todas las personas

que



que podían ofuscarla de qualquier manera: envidiosa del talento, de las habilidades, de la hermosura y aun de las virtudes, no es menester para conciliarse su odio y enemistad mas causa que una reputacion brillante y un aplauso general. Tambien soi yo, prosiguió Zumio, una de sus víctimas; en otros tiempos fui su page y me confiaba los asuntos mas secretos, pero quiso mi desgracia que formase algunas dudas sobre mi prudencia y me desterró á esta triste mansion.

En este punto interrumpí á Zumio diciéndole: hazme el favor de decirme el nombre de ese monstruo, de esa abominable Encantadora.... Ah! Señor, respondió Zumio, conozco que os ha de causar mucho espanto el saberlo, porque es tan artificiosa y astuta como malvada, y quando yo estaba en el mundo la veía mui respetada y cortejada de los Genios mas grandes, que eran bastante simples para creer baxo su palabra que poseía todas las virtudes. En fin, Señor, nuestra perseguidora es la famosa y recatada Prudina.... Al oír este nombre me quedé petrificado; no hallaba expresion

sion suficiente para pintar el exceso de mi sorpresa é indignacion. Pero en breve ocupando el furor el lugar de aquel primer embesamiento exclamé con despecho: Sí, yo os prometo una pronta venganza, ya es mia vuestra causa. Adios Princesa, Adios Zumio, dentro de dos horas estareis libres.

Al punto mismo me aparto de ellos y por la virtud de mi talismán me hallé á la puerta de la formidable cueva que ocultaba el tesoro de mi pérfida amante. Quiero escusaros la relacion de los combates que tuve que vencer; baste decir que la venganza, la cólera y el odio me animaban, con que para triunfar aun me sobraba el ser Genio é inmortal. Exterminé todos los monstruos, hice mil pedazos las puertas de la cueva, me apoderé del cofrecito; rompí su cerradura, saque la preciosa sortija, que con efecto estaba amarilla como el oro, y me la puse en el dedo con el firme propósito de no apartarla de mí jamas. Al instante mismo resonaron los jardines con mil gritos de alegria, oí repetir por todas partes: ¡Libertad, libertad! ¡gracias al

*Genio Fanor! ¡libertad, libertad!* Salí de la cueva y ví el jardín lleno de mugeres vestidas de distintas formas, pero casi todas jóvenes y hermosas; corrían, se abrazaban, lloraban y volvían á gritar con todas sus fuerzas: *¡Libertad, libertad!* *¡gracias al Genio Fanor!* A este tiempo empezaba ya á amanecer; entre aquella multitud descubrí á la hermosa Eliana apoyada sobre el brazo de Zumio: luego que me vió vino á echarse á mis pies gritando, aquí está nuestro libertador. Al instante me ví cercado de todas sus compañeras; unas me apretaban las manos, otras me abrazaban, y una de ellas subida sobre mis hombros no cesaba de gritarme al oído con voz penetrante: *¡Libertad, libertad!*

Todas repetían este adagio con un ahínco y enagenacion inexplicable, de modo que á pesar de toda mi gloria estaba atolondrado; quando de repente se nos presentó el poderoso Rei de los Genios montado sobre un elefante blanco. Impuso silencio al alborotado concurso, y volviéndose á mí me dixo: Fanor, te hago árbitro de la suerte de Pru-

dina; tú mismo has de pronunciar su sentencia. Señor, respondí yo, puesto que se vé descubierta no pido otra venganza; sea su mayor castigo su propia vergüenza y el público desprecio; pero os suplico que os digneis amparar á estas desgraciadas víctimas de sus injustos zelos: volvedlas á sus patrias y á sus amantes; disponed que al punto mismo cada qual sea transportada al parage que desea. Apenas hube pronunciado estas palabras quando el Genio extendió su cetro ácia la asamblea; en el mismo instante desaparecieron todas aquellas mugeres, y el Genio prosiguió: te he prometido una recompensa; estoi pronto á cumplir lo que he ofrecido; pero piénsalo bien antes de pedir nada, y quando hayas hecho todas las reflexiones que quieras vé á verme á mi Palacio.

Fuese el Genio despues de haberme dado este consejo tan lleno de prudencia. Ya iba yo tambien á apartarme para siempre de aquel funesto sitio en donde todo me presentaba recuerdos pesarosos, á tiempo que vi á Zumio detrás de un árbol, hablando

con la muger mas hermosa y llena de gracias que había yo visto hasta entonces. Señor, me dixo Zumio, aun estoi aquí, porque hago ánimo de no separarme de vos si así me lo permitís; en quanto á esta jóven beldad, ella misma os referirá su historia si lo deseais. No hai duda, dixe yo al instante: al oirme se sonrió la amable incógnita; sentéme á su lado y la rogué me hablase con confianza haciéndome sabedor de la causa que tenía para quedarse en aquel jardin. Todas mis compañeras, me respondió, tienen Esposos ó amantes cuya vista apetecen con ansia: yo admiro su constancia, mas no me precio de imitarlas.

Y puesto que queréis conocerme os referiré mi suceso. Tengo la imaginacion mui viva, el alma sensible y mui fina; es mui facil agrardarme y cautivar mi corazon, pero es mui difícil fixarme por mucho tiempo. Quando empiezo á querer, todo lo veo por buena parte, y hago una especie de divinidad de lo que amo: quando las circunstancias ó algun acontecimiento me privan de es-

ta

ta ilusion conozco que mi amor no era mas que una fantasía infundada y le dexo, ó mas bien me despierto saliendo de un sueño gustoso que se desvanece á la luz de la verdad. ¡Y con todo han tenido la injusticia de llamar inconstancia á este esfuerzo de razon! Yo no mudo por capricho ó fastidio; amo engañada, y desengañada olvido.

Habrá dos años que por mi desgracia me hallé competidora de Prudina; una inclinacion reciente me ocupaba únicamente había ya tres meses: la Encantadora manifestó algun cariño á mi amante, y esto me privó de la libertad; se apoderó de mí y me traxo aquí: atravesamos este jardin; me tenía agarrada de la mano, yo lloraba y me desconsolaba. No temas, Azelia, me dixo ella, no será mui cruel mi venganza: eres amable y mui atractiva, si tuvieses menos ligereza serias un prodigio; y así, como á pesar mio te quiero, procuraré mas bien corregirte que castigarte. Estas amargas bur-las de la Encantadora me asustaban mas y mas. Proseguimos andando, hasta que los

bosques, el jardín y los árboles desaparecieron á nuestros ojos, y nos hallamos en una inmensa llanura, sin mas límite á la vista que el horizonte, y semejante al golpe de vista que ofrece un navio quando está en alta mar; pero el movimiento y ruido de las olas, y los accidentes de la luz producidos por el Sol que reflexa sobre la superficie de las aguas, dan alguna alma á aquel quadro; mas en la llanura en que estábamos ninguna cosa interrumpía la uniformidad del magestuoso y monotono espectáculo que teníamos delante. No se veían en ella, ni árboles, ni arbustos, ni flores; toda su extension estaba cubierta de una yerba sumamente fina y de un verde hermosísimo: una calma profunda, un silencio perpetuo reinaban en aquella espaciosa soledad; no se veía ni un páxaro, ni un insecto, y el Cielo de color de azul turquí mui vivo estaba puro y sin nubes.

La vista de aquel inmenso despoblado produjo al pronto en mí la mas agradable sensacion: atónita y embelesada me quedé

inmóvil y sumergida en una especie de arrobamiento. Mucho me alegro, dixo Prudina, que te guste tanto este sitio; es propio para calmar la eficacia de una imaginacion demasiado ardiente; pero este efecto solo se puede esperar del tiempo y de las reflexiones. Por tanto quiero que te quedes aquí; jamás advertirás la menor mudanza, el Cielo estará siempre sereno; ni una pequeña nube turbará jamás su pureza; no verás ni dia, ni noche, ni aurora; no padecerás mas la inconstancia de las estaciones: la yerba que pisas es inmortal, y la luz que te alumbra se mantendrá siempre tan brillante como ahora. Al acabar estas palabras me sentenció á pasearme con paso igual y magestuoso por espacio de treinta años sobre aquella alfombra encantada, *á no ser*, añadió segun su cláusula acostumbrada, *que alguno de mis amantes dexé de amarme sin que yo lo conozca.*

Desapareció, y al instante me ví obligada á andar con suma lentitud, sin poder apartarme á derecha ó izquierda, y sin poder adelantar ó acortar mis pasos, ó bien

sentarme ó pararme. Esta obligacion de señalar continuamente una linea recta, caminando siempre al mismo paso lento, se me hizo mui penosa desde el primer instante, pero ahun estaba lexos de conozer todo el horror de mi situacion. Consideraba todavía con admiracion y pasmo aquel inmenso y rico tapete verde terminado al horizonte por un círculo de color azul resplandeciente. ¿Es posible, decía yo, que lo azul, lo verde, este Cielo y esta hierba formen un espectáculo tan extraordinario y magnífico? *grandeza y sencillez* producen las *ideas sublimes*.

Estas reflexiones, el recuerdo de mi amante y la esperanza de que era preciso que alguno de los suyos engañase á Prudina, estas ideas me hicieron llevar con mucha paciencia mi soledad por espacio de algunas horas; pero insensiblemente se fue enfriando mi admiracion; el disgusto sucedió al entusiasmo; la magestuosa inmensidad de aquella eterna llanura que á primera vista me había embelesado, ya no me presentaba sino un espectáculo tan triste como in-

sípido y monotono: mi única distraccion consistía en una pasión desgraciada: mas esta memoria se iba borrando insensiblemente; mi imaginacion ya sosegada no me pintaba los objetos sino con colores débiles: mis pensamientos eran vagos, mis ideas involuntarias, en fin todas las ilusiones me abandonaban: hayó el amor de mi soledad, y me hallé sola en el universo.

Quando la razon disipa los errores peligrosos, disfruta el alma de su victoria, y no hai duda que se complace en ella; pero si es glorioso el vencimiento de las pasiones, tambien es un dolor espantoso conocer que ellas nos dexan ó se aniquilan, porque nuestra imaginacion se apaga, y nuestro corazon se debilita. ¿Y cómo se podrá evitar esta horrible situacion si se carece de valor? ¿Cuál de las pasiones es duradera? Es indispensable que la razon nos libre de ellas, ó que el tiempo las consuma.

En aquel cruel estado continuaba tristemente mi linea recta; ya no lloraba, no podía mas que bostezar, sin tener fuerzas para

afligirme : me hallaba angustiada y aniquilada baxo el intolerable peso del tédio. El único deseo , realmente eficaz , que yo conservaba era el de ver entes animados , árboles , casas y montes. El ver tan sola una nube me hubiera alegrado ; una tronada , un relámpago , la lluvia me hubiera transportado de gozo : ¡ Oh y como me acordaba de la noche , del resplandor de la luna , y de las estrellas ! De manera que qualquiera mudanza hubiera sido para mí un suceso el mas feliz : conocí que la sagaz y zelosa Prudina , al darme aquel extraño castigo , había hallado el medio mas cruel para castigarme de la inconstancia que me echaba en cara.

¡ Juzgad , Señor , qual sería mi alegría , prosiguió Azelia , quando gracias á vuestro valor , me hallé de repente con la facultad de correr y de pararme , y me ví en este jardin ! Bien debeis comprehender ahora por qué me he quedado ; ningun deseo tengo de volver á ver á mi amante , que sin duda me habrá olvidado , pues hace diez y ocho meses que estamos separados.

Si

Si por ventura se mantuviese fiel , me molería con sus quejas y reconvenciones ; me es , pues , imposible volver á mi patria : qualquiera otro país me es indiferente , y con tal que no vea llanura , ni yerba menuda , en qualquiera parte me estableceré sin repugnancia.

Al decir Azelia estas palabras me levanté , y haciendo con mi varita un círculo en el aire mudé el Palacio y jardines de Prudina en una casa magnífica situada en lo alto de una montaña. Nos hallamos en un hermoso corredor , desde el qual se gozaba de una vista tan agradable como varia. Azelia estaba loca de contento al volver á ver cascadas , peñascos , precipicios , ruinas , cabañas , rebaños , y el mar ; porque yo había juntado en aquel espacio los objetos mas magestuosos y risueños que la naturaleza puede ofrecer.

Viendo á Azelia en un encantamiento inexplicable , la dixé : reina aquí , bella Azelia ; si mi presencia te importuna , dilo : me apartaré de tí aunque me cueste la vida , apre-

cio

cio en mas tu quietud que mi felicidad. La respuesta de Azelia manifestó mucho empacho y enternecimiento: despues volvió á su genio festivo y decidor, y conservó la misma alegría todo el dia; al ser de noche se puso cabilosa manifestando una dulce melancolía que la daba nuevas gracias, haciéndola tan amable que acabó de volverme el juicio.

Despues de la cena volvimos al corredor: al vér Azelia el Cielo sembrado de estrellas se detiene, se estremece y contempla los cielos transportada. ¡Oh qué espectáculo encantador! exclamó. En aquel instante me arrojé á sus pies y me atreví á declararla el sumo amor que me había inspirado. Azelia me escuchó sin interrumpirme; advertí que se inmutaba y que vertía algunas lágrimas. La insté que me respondiese, calló algun tiempo; pero al fin enjugándose el llanto me dixo: ¡Oh Fanor! no soi insensible á tus beneficios, y mucho menos á tu cariño; pero dame tiempo para conocerte y para consultar mi corazón: al decir esto se fue y me dexó.

Miré mi preciosa sortija y conocí con sumo é indecible contento que Azelia me correspondía. Al dia siguiente la supliqué que se explicase. En verdad, me respondió, que temo engañarme y engañarte....No, adorable Azelia, exclamé yo arrojándome á sus pies: tú me amas, y no puedo dudar de mi dicha.. Me detuve porque conocí que Azelia juzgaba mi confianza por mui necia, y en efecto debía parecerle mui presuntuosa y ridícula: se enfadó, me trató con sequedad y despego; entonces yo emendé mi yerro fingiendo haber perdido toda esperanza. Esta ficcion que alhagaba á su amor propio hizo que se humanase, y en fin declaró que pagaba mi amor con el suyo, dignándose señalar el dia en que himenco debía unir para siempre dos corazones que el amor había inflamado tan prontamente.

La víspera de aquel dia feliz estaba yo en el corredor con Azelia, que tenía los ojos fixos sobre el mar que bañaba el pie del muro de la casa; estaba cabilando, y yo había notado con sobresalto que en los dos dias an-

teriores andaba distraída y menos cariñosa que de ordinario; no obstante no podía inquietarme con motivo porque mi sortija se mantenía siempre con un color azul mui hermoso. Despues de un rato de silencio tomó Azelia la palabra: deberías, me dixo, puesto que todo es posible á tu arte, allanar esas dos montañas y hacer desaparecer aquellos peñascos; esa campiña está mui cargada, no halla la vista un punto determinado en donde fixarse; has puesto demasiadas cascadas, aquellos precipicios asombran la imaginacion, y el ruido de esos torrentes y del mar es tan triste que oprime el corazon. ¿Qué es esto, Azelia, la dixe suspirando, no te agrada ya este sitio? ¡No ha mucho que te parecía tan bello! Puesto que lo mandas voi á desvanecerlo todo; pero amo este parage: en él se ha dignado Azelia prometerme unir su suerte á la mia.

No me respondió, contentándose con mirarme tiernamente, y me alargó una mano que yo besé con ardor: en aquel instante sus ojos se fixaron en mi sortija sacándomela del

dedo con aire distraído y descuidado, cosa que me causó alguna conmocion; pero no queriendo excitar sus sospechas, no me atreví á oponerme al deseo que manifestaba de verla de cerca. No puedo ver las turquesas, dixo Azelia, esta tiene un azul mui hermoso, pero la sortija es mui fea y la piedra está mui mal engastada. Diciendo esto levanta el brazo, y sin que me fuese posible estorvarlo, ó por mejor decir imaginarlo, arroja al mar aquel tesoro inestimable á mis ojos, aquella preciosa sortija cuya posesion me era tan grata.

El exceso de mi sorpresa me dexó inmovil, Azelia me miraba maliciosamente; prorumpí en fin y dixe á Azelia mil injurias, la acusé de pérfida y me desahogué sin modo ni medida empleando todas las extravagancias que mi cólera violenta pudo sugerirme. Azelia me escuchó con sosiego, y luego que hubo dexado de hablar dixo: confieso que sabía mui bien la virtud de esa maldita sortija; hace algunos dias que tenía bastantes sospechas, y ayer por fin supe arrancar este secreto á Zumio con bastante maña.... ¡Ah pérfido Zumio!



mio! exclamé. No ha creído haceros traición, replicó Azelia, yo he sabido persuadirle que todo lo sabía, y así no ha quebrantado el secreto, ni su culpa es mas que la de haberse dexado engañar de una muger. Esta es una desgracia de que la prudencia humana y el arte maravilloso de los encantadores no han podido librar hasta hoí día ni á los mismos filósofos ni aun á los Genios mas sublimes. Y si acaso, prosiguió Azelia, sentis con tanto extremo la pérdida de vuestra sortija por mi causa, ese dolor es infundado, porque os aseguro que no tengo el menor deseo de engañaros. ¿Pues por qué causa, cruel, interrumpí yo, me has privado de ese precioso talismán que precavía todas las dudas, haciendo inútiles todas las protestas de fidelidad?... Sí Señor, lo sé, esa sortija no me dexaba nada que decir, á mí me gusta hablar, y fuera de esto no podréis negarme que la confianza que os inspiraba no era á propósito para darme gusto. En fin ños parece un proceder mui fino y generoso el de consultar aquella sortija á cada instante para saber si debiais creer ó no las

protestaciones de mi cariño? Yo sin tener talismán al punto os creí. ¿Queréis saber el modo de amar? En el mismo instante en que me hicisteis confesar el amor que os tenía debiais sacrificarme ese supuesto tesoro, arrojando al mar la odiosa sortija, y diciéndome: *el amor y la confianza que este me inspira hacen que me sea inútil.*

Confundido con estas razones me arrojé á los pies de Azelia implorando su indulgencia y mi perdon. ¡Mi indulgencia! replicó ella; ¿acaso sabiais apreciarla? ¿no había yo misma excusado todos los defectos que acabo de deciros? Quando arrojé la sortija al mar, bien debeis acordaros de que no había mudado de color; pero el furor é indigno término con que me habeis tratado....No, adorada Azelia, no prosigas; me atraviesan el corazon tus justas quejas.—Señor, no abusaré de la imposibilidad en que estais ahora de leer en mi alma: mi palabra es tan verdadera como todos los talismanes del mundo; he dexado de amaros, y es para siempre.

La serenidad con que Azelia pronun-

ció estas palabras no me dexó lugar para dudar de mi desgracia: como la amaba con exceso me entregué á la mas violenta desesperacion; estaba á sus pies, y los regaba con mis lágrimas: por piedad, la decía, no me quiteis un resto de esperanza.—¡Ved ahora si debeis sentir la pérdida de la sortija! La verdad os parece tan cruel que no podeis tolerarla, y me pedís que os engañe... Debemos, no hai duda, procurar libraros de las ilusiones que nos pueden dañar: ¿mas por qué querer destruir las que nos consuelan? Creedme, Señor, no empleeis en adelante vuestra ciencia en fabricar un talismán parecido á ese de que yo acabo de libraros: con semejantes artes lo único que conseguireis será labraros nuevos pesares. Estudiad los hombres, conocedlos, desconfiad de todos en general; pero entregaos ciegamente á la fe de vuestra amante y de vuestro amigo.

Este consejo era excelente, pero mi desgracia quiso que no me aprovechase de él. Azelia se mantuvo inflexible: no hubo medio de que me volviese su amor. Abatido del

del dolor y desesperado me separé de ella, y me retiré á una soledad, en donde pasé algunos meses únicamente ocupado en mi dolor. Habíame seguido Zumio; aunque era la causa inocente de mis desgracias, su lealtad, su alegría y natural docilidad me hacían su trato agradable; y sin eso conocía á Azelia, y podía yo hablarle de ella. Zumio había viajado mucho, contaba con gusto y mucha gracia, y para distraerme todas las noches me refería las cosas mas curiosas que había visto en sus viajes.

Me hablaba mui á menudo de una Princesa llamada Arpáliza, haciendo de ella tales elogios que al fin excitó mi curiosidad. Pregunté á Zumio si era tan amable como Azelia. ¡Bueno! me respondió él, si hubieseis visto á la divina Arpáliza jamás hubierais querido á esa Azelia, bastante graciosa, es cierto, y que á veces habla mui bien; pero en substancia no es mas que una loquilla llena de caprichos y veleidad: en vez de que la Princesa Arpáliza es el modelo mas cabal de todas las perfecciones: su belleza

os deslumbraría, y quedaríais encantado de lo profundo de su entendimiento, de sus virtudes, sus habilidades, y de la extensión de sus conocimientos... ¡y una alma!... ¡una sensibilidad!... ¡si la oyesis hablar de la amistad!...

Siempre volvía Zumio á lo mismo, y sus elogios eran inagotables: tanto los repitió que al cabo me inspiró un deseo vivísimo de ver á aquella maravillosa Princesa. Sin embargo, á pesar de los consejos de Azelia sentía mucho la pérdida de mi turquesa. Yo podía pedir una gracia al Rei de los Genios: despues de muchas dudas y reflexiones fui á hablarle, y le supliqué me hiciese un Palacio con un encanto tal que todos los que entrasen en él se viesen precisados á decir, luego que hablasen, sus mas ocultos pensamientos sin disfraz alguno. Como dueño del Palacio pedí que se me exímiese de la lei general, porque decía yo, un amante debe ser callado, y no quiero exponerme á cometer la mas leve imprudencia en este asunto, añadiendo que para que me fuese posible ver las cosas como eran

en

en sí, y no oír sino palabras verdaderas, deseaba que los que hablasen se viesen obligados á hacerlo conforme á sus verdaderos sentimientos, y al mismo tiempo que el que tuviese designio de faltar á la verdad no conociese que decía lo contrario; que no se entendiese á sí mismo, y que quedase persuadido de haber dicho las palabras engañosas con las cuales pretendía engañar á todos, porque sin este doble encanto cada qual tomaría el partido de callar, no se oírían mas que algunas frases interrumpidas, y nunca conversaciones seguidas.

Suspiró el Genio y me dixo: ¿qué es lo que pides, imprudente Fanor?... Pero mi palabra no me permite negártelo. Anda, vuelve á tus Estados: en el lugar que ocupaba tu Palacio hallarás el que locamente me has pedido. Aquí tienes, añadió, una caxita que te preservará del encanto del peligroso Palacio; siempre que la llesves contigo no dirás sino aquello que tengas intencion de decir: si la prestas á alguno producirá en él el mismo efecto; pero no puedo hacer otro seme-

jante, y así mira si conservas ese con cuidado. Al decir esto me entregó la caja, y yo despues de haberle manifestado toda mi gratitud me encaminé sin perder tiempo á mi nueva habitacion.

Hallé un Palacio cuyo aspecto me deslumbró y encantó: está hecho de una materia que tiene la dureza y resplandor del diamante mas puro y brillante, y la transparencia del cristal: su arquitectura es á un tiempo magestuosa y sencilla; todos sus adornos están enriquecidos de ópalos, rubies y perlas: encima de las puertas de oro de aquel suntuoso edificio se leía entonces esta inscripcion: *Palacio de la verdad*. Al entrar toqué con mi varita las puertas diciendo estas palabras: qualquiera que entre en adelante en este Palacio no podrá salir sino despues de haber estado tres meses, y juro por mi ciencia (juramento irrevocable) no abolir nunca esta lei. Hice despues abrir las puertas y mandé que dexasen entrar á todo el que quisiese.

Desde el primer dia tuve ocasion de conocer quán peligroso es vivir en el Palacio de

de la verdad: hice varias preguntas á mis criados, que obligados á responder con toda sinceridad, me indignaron de tal modo que á todos los despedí; debo confesar no obstante que desde entonces no he tenido otros mas fieles y leales. Por otra parte, mi amistad con Zumio sufrió mucha rebaja: conocí que carecía igualmente de gusto y de solidéz; se permitía muchas veces en sus conversaciones conmigo algunas chanzas y chocarrerías que ya no me divertían, y me admiraba de cómo me habían podido gustar nunca semejantes gracias: descubrí en él mil defectillos que hasta entonces no había advertido, entre otros el ser algo insolente; continuamente me contradecía, rara vez aprobaba mi modo de pensar, y me hablaba con una libertad y grosería inaguantables. No obstante, como continuaba diciéndome que me quería y me tenía amistad, no reñí con él formalmente; pero le reñía ó le mortificaba á menudo; él me respondía con insolencia que mi orgullo era insoportable; le hacía callar, se encogía de hombros burlándose de mí; manifestaba unas

veces cólera y otras mal humor, y pasábamos todos los días riñendo ó sin hablarnos.

Cansado de estar sólo siempre esperaba que algunos caminantes, seducidos del aspecto brillante de mi Palacio tendrían ganas de entrar; pero todos se contentaban con admirarle, se acercaban precipitadamente, y apenas veían la inscripción quando se apartaban y seguían su camino. Un dia que estaba con Zumio asomado á un balcon vimos á lo lexos una carroza magnífica que se acercaba al Palacio; mi arte me hizo conocer que aquella carroza era de un Rei acompañado de siete ú ocho de sus áulicos; ibanse acercando, y Zumio me dice: de esta vez creo que tendremos una visita, y me alegro, porque desde que estamos aquí me seco de tristeza... Al acabar Zumio estas palabras se detuvo la carroza enfrente de las puertas del Palacio: lee el Rei la inscripción, y su primer movimiento es adelantar y entrar dentro; pero los áulicos pálidos y asustados le detienen temblando: el Rei insiste algun tiempo; pero al fin cede: vuelven á respirar sus cortesanos, apartan la carro-

roza con prontitud y en breve los perdimos de vista.

¡Ya se han ido! exclamó Zumio apesadumbrado: en tanto que porfiareis en dexar sobre las puertas esa maldita inscripción no entrará una alma siquiera. ¡Vaya que sois cabezudo si los hai!... En mi vida espero vér un Genio de menos talento y mas tenáz en sostener sus majaderías...—Zumio, Zumio, ya no tiene límites tu insolencia...—¡Con que quereis que os diga la verdad y os adule!... Ahora conozco que estais loco rematado. En ciertos instantes vuestra necedad é inconsequencia corre parejas con el orgullo que os domina. Apurado mi sufrimiento con tales insolencias iba á echarle del Palacio, quando ví una persona que fixó mi atencion y me hizo olvidar mi enfado. Era un anciano venerable: la magestad esparcida en toda su persona infundía respeto, y la dulzura de su fisonomía inspiraba un interés cariñoso al qual era imposible resistirse. Tenía un libro en las manos y venía leyendo. Luego que llegó cerca del Palacio levantó la vista y leyó la inscripción

cripción. ¡Oh tú, exclamó, que hace quarenta años que busco, verdad santa! ¿Será posible que te vea antes del fin de mis días libre de las densas nieblas que te ofuscan?...

Al pronunciar el anciano estas palabras se precipita ácia la puerta, y entra en el Palacio.

¡Ya tenemos uno! exclamó Zumio. Al decir esto se aparta de mi prontamente y sale al encuentro del forastero. Seguí los pasos de mi Sílfido tronera y en breve llegamos al anciano; acercándose á el Zumio le dice: bien venido abuelo; sobre todo si puedes quitarnos el tédio que nos consume: eres mui viejo y debes haber visto muchas cosas; nos las irás refiriendo para divertirnos, pero antes dí como te llamas....Mi nombre es Gelanor; respondió el anciano; he pasado toda mi juventud en el mundo, despues hice muchos viages, y concluidos estos he vivido hasta ahora veinte años en la soledad. ¡Ah! ya entiendo, interrumpió Zumio; eres filósofo; mala cosa para que nos alegremos....Lo malo es que tampoco á tí te saldrá tu cuenta, porque los filósofos son curiosos. Sin duda imaginas que  
po-

podrás estudiar aquí á los hombres, pero no hallarás en este Palacio mas personas que el Genio mi amo y yo: Fanor, como vés, es poco tratable, y además no tiene nada de original en el genio; y aunque yo estoí verdaderamente lleno de entendimiento, de virtudes y de gracias, poco tiempo te bastará para conocerme á fondo...En efecto, replicó Gelanor sonriéndose, puesto que desde ahora mismo te conozco mucho mejor que tú mismo te conoces.

Entonces tomé yo la palabra preguntando al filósofo qué opinion tenía de sí mismo. Soi bueno, me dixo, pero imperfecto: no puedo comprehender cómo despues de haber pasado mi vida reflexionando y trabajando en corregirme puedo tener aun tantos defectos y flaquezas, pero á lo menos esta idea, siempre presente en mi alma, me preserva del orgullo y me hace indulgente. Mis acciones públicas y secretas son irreprehensibles, pero siento mui á menudo algunos movimientos interiores que me avergüenzan. Si hiciese una relacion exácta y circunstanciada de todas las ideas que

se presentan á mi imaginacion, no se me reputaría por mas juicioso que á qualquiera otro hombre. Al oír estas palabras me acerqué á Gelanor, y abrazándole con un cariño respetuoso: ¡Oh Padre mio! le dixé, Vmd. me llena de admiracion porque es un verdadero filósofo; honraré y amaré eternamente á qualquiera que se le parezca.

A pocos dias de esta conversacion me determiné á hacer quitar la inscripcion gravada sobre las puertas de mi Palacio: entonces me aparte de Gelanor y de Zumio, y sin darles parte de mi desigño me fuí, guiado por la curiosidad que las conversaciones de Zumio me habían inspirado, á los Estados de la Princesa Arpáliza. No quise llevar á Zumio conmigo, ni confiarle mi proyecto, temiendo su mucha indiscrecion. Ví finalmente aquella célebre Princesa, que no me quiso recibir sino por la noche: me hicieron entrar en un sobervio salon alumbrado de un modo mui ingenioso; todas las buxías estaban puestas debaxo de campanas de cristál, cubiertas con una gasa blanca, artificio que producía

una

una luz suave y mui semejante á la de la Luna en una noche serena. Estaba sentada la Princesa sobre un trono de oro cubierto de un dosél de gasa de plata, varias guirnaldas de rosas formaban festones primorosos y coronas encima de la cabeza de Arpáliza.

Esta Princesa, vestida de una bata magnífica, guarnecida de pedrerías, me pareció un objeto único, y su hermosura magestuosa y regular, aunque no parecía mui jóven. Admiré su talle delicado, su porte noble y gracioso, la excesiva blancura de su téz, y sobre todo me encantó su conversacion. Mi admiracion se aumentó al dia siguiente; la Princesa me hizo llevar á una galería llena de pinturas, y supe que todas eran producciones de Arpáliza: todos los quadros representaban asuntos los mas interesantes: templos á la amistad, sacrificios á la amistad, la amistad triunfante del amor, el tiempo coronando y adornando á la amistad, ó bien templos á la beneficencia, la beneficencia alumbrada por la virtud, la compasion guiando á la beneficencia, &c. En una palabra, no se podía salir

de

de aquella galería sino con la entera persuasión de que Arpáliza era la Princesa mas sensible y virtuosa del universo. Me llevaron tambien al laboratorio químico de la Princesa, y al volver de todas estas visitas un áulico que me acompañaba me dixo confidencialmente que la Princesa sabía tambien perfectamente la Astronomía y las Matemáticas: como tengo una inclinacion particular á estas dos ciencias me encantó este descubrimiento acabando de completar el alto concepto que ya había yo formado de ella. Por la noche hubo concierto, y los músicos tocaron algunas sinfonías de mucho gusto, compuestas por Arpáliza. Despues se puso la Princesa al Clave y cantó; no me pareció su voz mui particular, tanto mas quanto todos los instrumentos que la acompañaban la ofuscaban casi enteramente; pero un excelente músico que estaba á mi lado me aseguró que era gran cosa, y en efecto bien conocí que debía ser cierto al ver que todos los que la escuchaban estaban como arrebatados.

Despues de la cena hubo un rato de

con-

conversacion, en la qual lució mucho, ya en versos hechos de repente, ya disputando con algunos, llevándose siempre la palma de la discrecion. Tantas gracias juntas me tenían fuera de mí, y conocí que no me sería posible conservar mucho tiempo mi libertad al lado de una Princesa tan cabal.

A las doce todos se retiraron, y yo quedé solo con Arpáliza y Teláira, su amiga íntima; estaban las dos recostadas sobre un canapé é inclinadas la una en los brazos de la otra; situacion la mas tierna que espero ver. Yo las contemplaba en silencio; se decían las cosas mas sublimes que la amistad puede inspirar, y Arpáliza me hizo una pintura tan viva y patética *de su afecto* á Teláira que me hizo llorar. No pude menos de manifestarla parte de la admiracion que me inspiraba, alabé sus habilidades, su instruccion, y puse la conversacion en algunos puntos de Astronomía y Geometría; pero Arpáliza me dixo con suma modestia: mucho siento, Señor, que os hayan dicho que me empleaba en unos estudios tan poco convenientes

tes



tes á una muger , y si fuese cierto que tuviese los conocimientos y afición que me suponéis , la primera lei que me impondría sería la de nunca confesarlos. ¡Son tan ajenas de mi modo de pensar la pedantería y afectación! ¡Es tan poca mi vanidad!...Esta rara modestia acabó de encantarme. Seducido y fuera de mí me retiré á mi quarto para pensar solo en Arpáliza : parte de la noche se me fue en escribirla versos. La obsequié con las funciones mas ingeniosas y brillantes que pude imaginar ; manifestó que estimaba mi atención : declaróla mi amor ; y ella me confesó que á no ser por mi calidad y poder correspondería á mis sentimientos ; pero que por escrúpulo insuperable no podía resolverse á casar con un Genio. Vos mismo , me dixo , podriais atribuir á la ambición lo que solo el amor mas puro pudiera alcanzar de mí. Ah! ¿por qué no habeis nacido mortal?...Este modo de pensar me encantaba y me desesperaba á un tiempo.

Otras veces Arpáliza me ponderaba las delicias de su situación presente : no tengo

ambición , me decía , la santa amistad hace todas mis delicias ; nunca he conocido el amor , y temo entregarme á él ; ¡porque tengo una alma tan tierna , una sensibilidad tan fina!...Me hallo feliz y tranquila ; no , no esperéis que pueda determinarme á sacrificaros una dicha tan pura y tan perfecta. No Señor ; incapaz de fingimiento y de la menor veleidad no quiero engañaros con esperanzas inciertas. Dexad este sitio , huid de mí por vuestro bien... ¡y por el mio!...Triunfó por fin el amor ; Arpáliza se ablandó , y consintió en recibir mi mano. Me manifestaba un cariño que me penetraba ; pero el chasco de Prudina me había hecho tan receloso , que resolví no casarme con la divina Arpáliza hasta haberla oido hablar en el Palacio de la Verdad , no porque dudase de su sinceridad , sino porque me era imposible sacrificarla la prueba del Palacio. Con este fin la dixé que no podía efectuarse nuestro casamiento no siendo en mis estados : consintió gustosa en ir conmigo ; solamente exigió que Telaíra nos acompañase , diciendo que no podía separar-

se de una amiga tan querida. Partimos los tres, y en pocas horas nos hallamos transportados junto á las puertas del Palacio.

A la vista de aquella temible morada sentí un sobresalto indecible al pensar que iba á conocer el corazón de la que tanto amaba. Ah!, decía yo en mi interior, si es tal como la he creído, ¡quánto me pesará haber juzgado necesaria la prueba del Palacio: y si estoi engañado, ¡qué ilusion tan grata voi á perder!...Entramos finalmente en mi Palacio: entonces vuelvo los ojos á la Princesa...¡quál me quedé al ver que la divina Arpáliza tenía quarenta y ocho años por lo menos, medio dedo de arrebol en la cara, las cejas pintadas, los cabellos postizos, y una cotilla con dos ó tres almohadillas! En fin la ví calva, bermeja, vieja y corcobada. Zumio que había venido corriendo á recibirme, no pudiendo reconocerla en aquel infeliz estado, se echó á reir á carcajadas al ver aquella vision agarrada de mi brazo con aire mui satisfecho: me ví tan corrido que me separé de la Princesa precipitadamen-

te sin cuidar de lo que podría pensar.

Zumio se vino trás mí: os doi mil parabienes, Señor, me dixo burlándose, de la fortuna que habeis tenido en traernos esa rara belleza: esa eleccion prueba á lo menos la solidéz de vuestro gusto, y os pone á cubierto de las inquietudes que los rivales y los zelos podrían ocasionaros. Una palabra me bastó para hacer perder á Zumio las ganas de burlarse; nombré á Arpáliza, y se quedó mudo y confundido. Al cabo de un rato prosiguió diciendo: bien veo, Señor, quan fundado es vuestro enojo y pesar, pero si la Princesa no tiene mas que una belleza alquilada, y sí solo debe al arte sus gracias, sus cabellos y aquella cintura que tanto admirábamos, á lo menos no puede habernos engañado acerca de las prendas de su alma, de su entendimiento y habilidades; y puesto que os ha dicho que os amaba, me persuado que sabreis pagar su cariño...¿Estás en tí, Zumio? exclamé interrumpiéndole: ¿qué será de mí si he tenido la desgracia de inspirar algun amor á semejante figura? La es-

peranza de que será pérvida es el único consuelo que me queda. A este tiempo vinieron á decirme que la Princesa quería hablarme, la urbanidad me obligó á ir á ver.

Halléla sola en un gabinete echada sobre un canapé , y en la mano tenía un pomito de agua de olor y el pañuelo. Luego que me vió entrar hizo las contorsiones mas estrañas , y aplicó el pañuelo á los ojos: ¿Qué teneis? la pregunté. No me respondió; y yo viendo que continuaba haciendo visages reiteré mi pregunta. Entonces mirándome con languidez me dixo: finjo que tengo un accidente convulsivo...—Ya lo veo...—Y bien, cruel, ¿no os compadecis?—Muchísimo: pero quisiera saber la causa de ese accidente.—Como me habeis dexado tan friamente al entrar en el Palacio , intento persuadiros que tengo una sensibilidad excesiva y que os amo con extremo...—¿En efecto me amais?...—Ni por pienso: á nadie tengo amor. Al pronunciar estas palabras , y creyendo decirme una expresion tiernísima , hizo que lloraba y se enjugó los ojos. Respiré con su declaracion,

y ya libre de toda inquietud hice durar una conversacion que me divertía infinito , y así tomando una mano de Arpáliza , vuestra pena me enternece , la dixé. ¿Quién podría ser insensible á tantas gracias y á tanto amor?... ¡Pero os tiembla la mano!...—Sí; lo hago adrede para que creais que son movimientos convulsivos...—Esto debe fatigaros mucho...—No por cierto: ¡estoi tan acostumbrada!...Pero en breve vereis mas ; quiero emplear todo mi arte : al fin de la conversacion me desmayaré...—¿Y Telaíra dónde está?...—Hemos reñido...—¡Cómo , tan presto!...—Sí , y mi intencion es haceros creer que Telaíra es causa en parte del estado en que me veis...—¿Pues qué ha pasado?—Me ha dicho cosas horribles ; que soi falsa , interesada , envidiosa , insensible , que tengo un orgullo desmedido y una ambicion insaciable : yo la he respondido que nunca la he querido mas que por vanidad ; que si hubiese sido mas bonita ó amable no la hubiera tenido á mi lado ; tambien la he dicho que no la tenía el menor cariño , y que no haría por

ella el menor sacrificio...—¿Y se ha enfadado por eso? ¡Vaya que es cosa mui particular!...—Ha salido de aquí hecha un basilisco...—¿Teniais confianza en ella?—Nunca la he tenido en nadie: no necesito de amigos; solo busco tontos que se dexen engañar y esclavos. Sin embargo he hecho en mi vida muchas confiancias, pero solo por vanidad, y siempre variando ó disfrazando los hechos, añadiendo y quitando circunstancias; porque el mentir nada me cuesta quando es para mi provecho—¡Sois verdaderamente adorable, y además tan benéfica!...—Sí, amo con exceso el fausto y la magnificencia...—Luego que nos casemos dispondreis á vuestro arbitrio de mis riquezas: ¡quántos pobres infelices socorrereis!—Oh, seguramente: todo lo guardaré para mí...—¡Celestial Arpáliza, cómo me encantais! ¡Qué pasmoso conjunto de virtudes, de talento y de instruccion! porque aunque lo negueis, vuestros criados os han descubierto: la víspera de nuestra partida me han asegurado que no había en vuestros estados geómetra ó astrónomo que os pudiese

se

se competir...—Para que digan eso los pago...—¡Cómo!...—Su desgracia era infallible si dixesen lo contrario: soi mui ignorante; pero quiero tener fama de saberlo todo...—¡Qué modestia!...¿Y vuestras pinturas?—ZolpHIR las ha hecho...—¿Y aquellas sinfonías que me hicisteis oír?—Gevasto las ha compuesto...—¡Sois única en el mundo!—Es cierto que nadie hasta ahora me ha igualado en entendimiento, astucia é inteligencia, ni ha llevado á tan alto grado de perfeccion como yo el disimulo y el arte de engañar á las personas mas instruidas y mas perspicaces...

Al pronunciar Arpáliza esta frase tenía seguramente la intencion de dar una respuesta llena de humildad, porque se puso mui modesta, baxó los ojos é hizo unos gestos tan estraños y ridículos que tuve mucho que hacer para no prorrumpir en una descompuesta risotada. Sus monadas y dengues, y el tono que procuraba tomar hacían tan mal maridage con las cosas que decía, y formaban con sus razones un contraste tan raro y gracioso, que conocí me sería imposible man-

tener mas tiempo aquella conversacion. Me levanté para irme ; me llamó con voz debil , previniéndome que iba á cerrar los ojos, á desmayarse y á verse acometida de una espantosa convulsion. Al punto mismo salí y fuí á buscar á Gelanor y á Zumio para contarles todo lo sucedido.

Pretèndiais , dixé á Gelanor , que este Palacio solo podía darme pesares , y que de nada me serviría en tanto que viviese en el mundo ; en una palabra , que solo era bueno para el hombre desengañado ya por la razon , y libre para siempre de todas las pasiones humanas. Ya veis con todo lo útil que me ha sido en esta ocasion : si no hubiese traído á él á Arpáliza me hubiera visto casado con una muger vieja , fea , artificiosa , ambiciosa , falsa y perversa.

Pero Señor , replicó Gelanor , sin poner los pies en este Palacio , hubierais conocido facilmente á esa muger poco mas ó menos segun es , si fuerais menos facil en dexaros preocupar y si tuvieseis menos amor propio. Aprended á ver con vuestros propios ojos , y

á juzgar por vos mismo y no por la opinion de otros ; no creais tan de ligero que es imposible dexar de amaros despues que habeis declarado vuestro amor , que si esto haceis os prometo que en ninguna parte del mundo sereis víctima de los engaños y mañas de mugeres parecidas á vuestra Arpáliza.

¿Y contais por poco , le repliqué algo enfadado , la ventaja de poder oir á un filósofo hablarne con tanta libertad?—Siempre que no desecheis la verdad , ella buscará medios de llegar á vuestros oidos. No está toda ella encerrada en el recinto de este Palacio ; se halla en toda la tierra , y se presenta mas ó menos disfrazada segun la debilidad y el orgullo que se la opone. Ningun mortal podría tolerarla en todos los instantes de su vida si se le presentase sin ningun velo. De este modo se la vé en este Palacio ; aquí destruye igualmente las dulces é inocentes ilusiones como los errores peligrosos : se presenta baxo una forma tan feróz , es tan desapiadada , tan dura y grosera , que choca y exáspira aun en aquellas

266. EL PALACIO DE LA VERDAD,  
ocasiones en que pudiera ser útil. Estas prudentes reflexiones de Gelanor no pudieron hacerme mudar de opinion: solamente la experiencia podía hacerme juicioso.

Pregunté despues á Zumio lo que había sucedido en el Palacio en el tiempo de mi ausencia. Desde que se quitó el letrado ó inscripcion, me respondió, todos quieren entrar, siempre estamos bien acompañados. El concurso es numeroso, pero la union entre sus individuos ninguna: no se oyen mas que disputas, riñas é injurias, muchas veces muy groseras; nadie conoce la buena crianza y urbanidad; los unos se burlan de los otros sin gracia y sin moderacion: no se puede calumniar, es cierto, pero en cambio emplean la murmuracion muy mordaz: aquí se aborrece á cara descubierta; gritan, se infaman, riñen, es una barahunda, un alboroto que no podeis imaginaros.—¿Y las mugeres de qué modo se portan?—En general aun son muy extravagantes y ridiculas que los hombres: se aborrecen mortalmente unas á otras por una friolera: manifiestan una falsedad muy pensada,

y

y otras veces artificios tan pueriles!... Una dice que quiere hacernos creer que se desmaya quando huele una rosa; otra que finge tener mucho miedo quando vé un gato; en fin, quando no tienen interés de engañarnos con todo nos engañan (á lo menos lo intentan) por exercitarse y divertirse; pero lo que hai aquí peor que todo son las coquetas; manifiestan un descaro y una perversidad de intencion que horroriza...

—¿Pues qué no ha entrado todavía en mi Palacio una muger virtuosa?—Una que otra... y sobre todo... aquí se detuvo Zumio, y mostró inquietud.—¿Qué tienes, Zumio? ¿por qué te turbas?... Habla, yo te lo mando. Temo hablar, me respondió Zumio suspirando, porque amo, y tiemblo al ver que vais á ser mi rival.—Pues qué, ¿no me cederías tu dama?—No por cierto.—Antes me asegurabas que no habría sacrificio que no hicieses por mí.—Era ponderacion; es cierto que os quiero mucho, pero si me fuese posible no dudaría en engañaros por Rosamira...—El cumplido es muy tierno ciertamente...

te...

te...¿Con que es tan bella esa Rosamira?...—La mas bella y amable del universo : su alma es modesta y pura , digna en fin del amor de un Sílfido.—¿Y te ama?...—La pureza de mi afecto la agrada , y me ha dicho que me tiene alguna inclinacion...—¿Qué temes , pues , si eres amado? Aun quando la ambicion la inclinase á favor mio , obligada á decir la verdad no podría persuadirme que me prefiere á tí.—Oh , yo estoí seguro de su corazon ; lo único que temo es que os trastorne la cabeza y que entonces os opongais á mi felicidad...—No temas , Zumio , no soi ningun tirano ; además no tengo la menor idea de ser tu rival : te protesto que veré sin riesgo ni turbacion á esa hermosura , por mas amable que sea , pues que su corazon se inclina á otro.—Ya que quereis verla , permitidme que vaya á buscarla y hablarla antes.—¿Para qué?...—Es que...—Vaya , dí para qué.—Es que quería informarla mal de vos , y hacerla un pormenor exâcto de todos vuestros defectos...—Agradezco mucho esa buena voluntad , pero no quiero que te to-

mes tanto trabajo. Dime solamente si conoce este Palacio.—No hai duda : hace seis semanas que está en él , y no es posible ignorar su virtud mas de dos ó tres dias.

Iba , pues , á buscar á Rosamira , seguido del triste y zeloso Zumio , quando ví venir á Arpáliza : luego que me conoció exclamó : ¿á qué sitio me habeis traído , Señor? ¡Qué sociedad habeis juntado en este Palacio ! He ido en un instante á la sala grande y en mi vida espero vér peor gente... ¡Las mugeres tan necias ! ¡los hombres vanos , tontos y tan groseros !...¡qué modales ! ¡qué palabras ! ¡qué insolencias !...¡Si supierais los ultrages que he recibido !...Me desesperaba el vér que todos los hombres admiraban á una jóven llamada Rosamira , y procurando ocultar mi despecho : Señores , les dixé , estoí rabiando de envidia ; venid á mí , miradme , dexad esa dama que yo detesto porque os gusta y os atrac... Apenas he dicho estas palabras quando todos han empezado á reir , dar silvidos y á escarnecerme como si hubiese dicho la cosa mas extraña y ridícula....Entonces les he declara-

do que era la Soberana de este Palacio, y que mañana iba á recibir vuestra mano: han vuelto á silvarme, y su insolencia ha llegado hasta llamarme *vieja loca*.... Vengadme, Señor; echad de este Palacio á Rosamira.... ¿Con que teneis particular queixa de ella?—No, ella es la única que no me ha insultado; pero por eso mismo la aborrezco mas: su dulzura y modestia hacían que la llenasen de nuevos elogios, y es tan hermosa que rabio... Deseo denigrarla con mis razones y haceros formar mal concepto de ella... Decidme, Señor, ¿no os hacen alguna impresion mis palabras?—Muy grande, y pues que me mostrais tanta equidad y moderacion, ahora mismo voi á buscar á Rosamira para decirla lo que pienso de su proceder...—Ah! Señor, no la veais, porque os encantará!...—No os alboroteis os suplico, sin motivo. Zumio, acompaña á la Princesa á su quarto.

Con esto me aparté de ella sin esperar respuesta. Fuí volando á vér á Rosamira y la hallé en efecto tal como el amor y la envidia me la habían pintado: su belleza era pasmo-

sa y solo comparable á su modestia y entendimiento. Al verla y al oirla envidié á Zumio su dicha, pero como, gracias á la caja que el Rei de los Genios me había dado, era dueño de ocultar mis sentimientos no declaré á Rosamira la viva impresion que sus gracias hacían en mi corazon; y me contenté con leer en el suyo. Empecé á preguntarla, y me dijo que no era ni coqueta ni incostante; que Zumio era su primer amor; que en realidad no le tenía aun un cariño verdadero, pero que conocía que en breve le correspondería con un amor igual al suyo.

Apartéme de Rosamira encantado de su hermosura, talento y genio: aquella tarde estuve de mal humor, sobre todo con Zumio; este se quejó; yo me enfadé: le mandé que se me quitase delante, y poco despues le volví á llamar, no para hacer las amistades, sino para estorvarle que viese á Rosamira. Conocí que me iba volviendo injusto y tiránico: no hubiera producido este efecto el amor por sí solo; pero Zumio me obligaba con la dureza de sus expresiones. El sabio Gelanor pro-



curaba en vano aplacarnos y ponernos en paz. Ah! me decía, si no estuviéseis en este Palacio y os hallaseis en la misma situacion, Zumio ocultaría sus injuriosos recelos y el exceso de sus resentimientos; aparentaría dulzura y moderacion; y entonces, vos Señor, seriais justo y generoso. Reflexionad que se vé obligado á declararos quanto pasa en su alma; considerad que la pasion y el enojo le dominan, y que no pensará mañana lo que piensa hoy: á lo menos no le hagais preguntas.

¿No veis, le respondió Zumio, que Favor anda buscando un pretexto para desterarme de este Palacio con el fin de apartarme de Rosamira?... No creais que esté como nosotros obligado á decir lo que piensa. Su arte le libra de esa necesidad; no quiere confesarlo por una consecuencia de su natural desconfianza, pero yo le he cogido en mas de veinte mentiras. Al tiempo que, á pesar nuestro, lee en nuestros corazones, el suyo está cerrado....¡Qué cobardía! ¡qué indigna baxeza!...Esta quexa injuriosa, pero mui justa, me causó un impulso de cólera tan terri-

rible que á no ser por Gelanor hubiera hecho una atrocidad. ¡Detente insensato, exclamó el prudente viejo; detente y no acabes de cubrirte de oprobio vengándote de un rival indefenso!...La poderosa voz de la virtud me hizo volver sobre mí; pero no había podido Gelanor alumbrarme sino irritándome: me aparté de él con enojo y me encerré solo en mi quarto para entregarme sin estorvo á mi pena y mal humor.

Triste, impaciente y áspero, huía del trato y sociedad viviendo melancólicamente retirado lo mas del tiempo en mi aposento; no obstante buscaba, como á pesar mio á Rosamira. Ella huía de mí, y quando yo quería acercarme, leía en su semblante tanto desdén y empacho que no me atrevía á hablarla. Una tarde la encontré en un cenador del jardin, estaba sentada y sepultada en una profunda cabilacion. Me acerqué, y conociendo que había llorado la pregunté la causa de su pesar. Suspiró y me dixo: Zumio acaba de irse de aquí; le he visto enfadado conmigo, y lo siento mucho...¿Está enfadado? pregunté yo mui

gozoso; ¿y por qué razón? A esta pregunta Rosamira me miró indignada sin hablar palabra: persistió en callar por mas que la insté y pregunté. La esperanza había entrado en mi pecho, Zumio estaba descontento, Rosamira no se atrevía á hablar; imaginé que había adivinado mi amor y que la agradaba. Olvidé todas mis resoluciones y lo que debía á Zumio; arrojéme á los pies de Rosamira y la declaré mi amor con los términos mas expresivos: no me fue posible sacarla una palabra; pero no ví en su hermoso rostro señal alguna de enojo; antes bien creí ver en sus ojos alguna alegría. Esto me hizo solicitar una respuesta con nuevo ardor. Rosamira siempre muda, hizo ademan de levantarse y de huir de mí; temiendo entonces disgustarla no quise apremiarla mas, la dexé y me fui.

Lleno de esperanzas, ó mas bien no dudando de mi dicha, busqué un sitio solitario para pensar en Rosamira. Había ya dos horas que me estaba paseando, quando de improviso se me puso delante Zumio; sus ojos arrojaban llamas de enojo. ¡En fin, pérfido, me

dixo, ya has conseguido engañar á Rosamira. Algun tiempo hace que la veía pensativa y taciturna; pero ya finalmente se ha decidido mi suerte: ahora acaba de decirme que no me ama y que te adora....

—¡Ah Zumio, qué me dices!; amado Zumio!; cuánta lástima te tengo!; sé bastante generoso para sacrificarme tu amor!...—Preciso es hacerlo; pero al mismo tiempo pierdo toda la amistad que os tenía...—Zumio mio!..—No merecis que nadie os tenga afecto; yo por mi parte no olvidaré jamás una traicion tan indigna...—Zumio, yo no te he hecho traicion: ¿te has fiado de mí? no por cierto. Aun antes que hubiese visto á Rosamira te recelabas de mí: nunca Fanor hubiera sido tu rival á no ser por tus injustos zelos, tus injurias y coléricos arrebatos. Tú me has ultrajado, insultado y hecho perder la paciencia; tantas ofensas me han hecho olvidar por un instante la memoria de nuestra amistad: he sido débil, pero no pérfido. Además quitándote el corazon de Rosamira no he quebrantado ningun vínculo formal: aun no te

había prometido Rosamira su mano ; solo te había dado algunas esperanzas. Triunfa , pues, amado Zumio , de tu resentimiento y no exâgeres mis yerros ; Rosamira se muda, olvídala y no turbes mi dicha con quejas que me afligen. Al acabar estas palabras me acerqué á Zumio para abrazarle ; pero él se apartó de mí con horror diciendo : *os aborrezco*, y al punto desapareció.

Mucho lo estrañé ; pero me hallaba feliz, y así facilmente disculpé su enojo , y sin volver á acordarme de él fui volando á los pies de la divina Rosamira. Al principio me recibió con mucho empacho , pero ¡qué grande fue mi gozo quando despues, asomândosela los colores al rostro , me dixo que me amaba únicamente ; que solo había tenido á Zumio una mera inclinacion ó preferencia , y que lo que sentía por mí era una pasion verdadera!—¿Pues qué podré creer que me amais por mí mismo? ¿estais segura de que la ambicion...—¿Podéis, Señor, pensar tal cosa? Ah! deseched esa injusta sospecha. No conozco mas ambicion que la de agradaros , y aunque no tu-

vieseis , en vez de este Palacio , mas que una choza que ofrecerme , os prefiriera á todos los Reyes y Genios del universo.

¡ Juzgad de las delicias que estas razones dichas en el Palacio de la verdad me causarían! ¡ Quán dulce me era la posesion de mi Palacio que me había proporcionado semejante gozo ! Porque en fin, decía yo en mi interior , si no estuviésemos aquí, tal vez podría persuadirme á que estas razones son exâgeradas.... No me separé del lado de Rosamira sino para ir á disponer los preparativos del himeneo que debía unirnos el dia siguiente.... En breve se divulgó esta noticia por todo el Palacio. Arpáliza que había catorce dias que sabía la virtud de él , se había ocultado á la vista de todos y encerrada en su quarto encubría en él su vergüenza y rabia , esperando con impaciencia el término de los tres meses que era preciso pasar en el Palacio. Zumio , que era ya mi mayor enemigo , se había encerrado con ella : y yo únicamente ocupado en Rosamira no me hallaba en estado de arrepentirme de mi yerro , ni de sentir la

desgracia de ser justamente aborrecido.

¡Qué larga se me hizo aquella noche! la brillante hacha de himeneo no había de encenderse para mí hasta el día siguiente!... Me consideraba próximo á casarme con la persona mas bella y amable del universo ; estaba seguro de su virtud , noble modo de pensar y pureza de su alma : sabía tambien de cierto que me amaba con extremo ; volvía á disfrutar de la felicidad que la divina Azelia me había hecho gozar ; y Rosamira menos viva y mas juiciosa que Azelia , no tenía ni sus caprichos ni sus rarezas , y parecía prometerme una felicidad mas sólida y permanente.

Apenas empezó á rayar el alva quando, no pudiendo dominar á mi impaciencia , me hice invisible y fui al quarto de Rosamira : quise llevarla una bandeja llena de flores y pederías , en la qual había puesto un billete que yo quería que leyese al despertar ; entré en su alcoba sin poder ser visto ni oido. Aun dormía Rosamira ; despues de haber puesto la bandeja á los pies de su cama me detuve un rato para contemplarla. Iba ya á retirarme,

quan-

quando volviendo los ojos ácia una mesita que estaba al lado de su cabecera , me quedé hecho estatua al ver sobre ella la caja talismán que el Rei de los Genios me había dado para preservarme del encanto de mi Palacio. Al pronto creí que una semejanza engañosa me alucinaba ; registro mis faldriqueras y halló la caja : vuelvo á alentar , me tranquilizo, la exâmino con cuidado y me parece la misma ; cojo no obstante la otra caja puesta sobre la mesita de Rosamira , y entonces ya no me es posible dudar de mi desgracia : al confrontarlas conocí perfectamente que la de Rosamira era mi caja , y que la que yo tenía en la faldriquera no era mas que una imitacion pero mui semejante. Confundido , desesperado y no pudiendo comprehender nada de aquello , tomo el verdadero talismán y dexo la otra caja sobre la mesa ; vuelvo á tomar mi bandeja para que no se pudiese sospechar el trueque , y me salgo del modo que había entrado.

No podré pintaros mi dolor é indignacion ; ignoraba cómo y en qué tiempo había podido Rosamira apoderarse de mi talismán,

pero era claro que no me lo había quitado sino para engañarme. ¡Ni todo el arte de los encantamientos, exclamé varias veces, es suficiente para librarnos de la perfidia de las mujeres! ¡en este mismo Palacio una de ellas halla todavía secreto para engañarme!...

Luego que Rosamira se vistió fui á su quarto. Mi turbacion era tal que Rosamira movida de la alteracion que advirtió en mi fisonomía, me preguntó la causa con inquietud. He hecho muchas tristes reflexiones, le dixe, y os confieso que estoi zeloso de Zumio.... No teneis razon, replicó Rosamira, y me agraviais en tener zelos. Estas palabras me llenaron de gozo; pero prosiguió diciendo: bien podeis estar cierto para siempre de mi fidelidad, mi virtud es sólida é invencible: vais á recibir mi mano, y yo preferiré la muerte á la infamia de ofenderos. Nada había prometido á Zumio; he podido renunciar á él sin delito, sacrificando el amor á la ambicion... ¡Qué decis, joh Cielos, exclamé yo! ¡A qué viene ese extremo, replicó admirada! ¿No estais persuadido de que os amo con pasion?...—¿Debo

bo creerlo en efecto?—Es verdad que no os tengo ningun amor y que aun amo á Zumio; pero mi virtud sabrá triunfar facilmente de esta inclinacion. Nunca volveré á vér á Zumio y procuraré amaros. El agradecimiento y el deber lo pueden todo en mi corazon: vos teneis mucho orgullo, yo soi virtuosa, con que facilmente os persuadiré que os adoro.

Ya entonces me fue imposible reprimirme mas; prorrumpí en quejas é hice saber á Rosamira que había recobrado el talismán que ella me había quitado. ¡Ah, exclamó al oír esto, ya está Zumio vengado de una amante ambiciosa y de un amigo pérfido! El Cielo es justo... Si Señor, la ambicion había seducido mi alma. Instruida de vuestro amor por Zumio, no pude ocultar que envidiaba los honores y poder que tendría la que fuese vuestra Esposa: indignado Zumio me dixo mil injurias, y me irritó; le mandé que se fuese: un instante despues llegasteis vos. No queriendo daros á conocer mis sentimientos determiné callar. Apenas os fuisteis quando ví brillar entre la yerba ese talismán fatal,

que

que sin duda se os cayó de la faldriquera quando os echasteis á mis pies. Por una rara casualidad tenía yo una caxita de cristal de roca enteramente parecida á él; creí al pronto que era mi caxa, pero al exâminarla con mas cuidado ví los caracteres misteriosos que tiene gravados sobre la tapa, y entonces no dudé que fuese un talismán. Habíame dicho Zumio que la virtud del Palacio no tenía poder en vos: imaginé que esa caxa sería quizás el preservativo de que os valiais contra este peligroso encanto. Al punto voi á mi quarto: busco y encuentro la caxa parecida á la vuestra: con la punta de un diamante grave é imito perfectamente los caracteres mágicos. Hecho esto llega Zumio, y pruebo en él la virtud de vuestro talismán. Puedo decir á Zumio que ya no le amo; y en fin veo que esa caxa me vuelve la facultad de disfrazar mis sentimientos. Despido á Zumio desesperado, voi á buscaros, y os encuentro: no tenía mas temor que el de que hubieseis ya advertido mi hurto, aunque apenas habían pasado dos horas. Vuestras razones

me tranquilizan, y en tanto que me hablais meto sin ser sentida en vuestra faldriquera mi caxa de cristal, y guardo la vuestra. Bien conocí que con el tiempo, quedándonos aquí, no podriais menos de echar de ver este engaño, pero me lisonjeaba de que facilmente podría obligaros á salir en breve de este Palacio. La ocasion me había tentado, la ambicion me apremiaba, y no había tenido el tiempo de hacer todas las reflexiones que hubieran podido apartarme de este designio.

Ahora ya lo sabeis todo, Señor: me culpo de haberos engañado, y sobre todo de haber sacrificado á Zumio. Pero en fin no he manifestado perversidad, y no soi despreciable; privada del talismán que os había quitado, aun puedo decir que amo la virtud, y que nunca me hubiera apartado de las obligaciones sagradas que impone, si mi artificio hubiese salido bien y me hubiese casado con vos.

A estas palabras, obligado á estimar á la ambiciosa Rosamira, penetrado de dolor, oprimi-

mido de la desesperacion, y mas enamorado que nunca me arrojo á sus pies: ¡oh Rosamira! exclamé. No me es posible vencer este amor aunque veo que no soi correspondido! No soi amado... pero á lo menos dignaos de darme el derecho de amaros siempre; dignaos consentir aun en reinar en este Palacio; una himeneo para siempre mi destino al vuestro: pronto estoi á llevaros al altar; venid... Señor, respondió Rosamira, no tengo un alma heroica, mas tampoco la tengo vil. Casándome con vos por ambicion hubiera querido satisfaceros haciendoos feliz; ya no tengo esa esperanza, y así renuncio vuestra mano.

Admirado de esta estimable escrupulosidad de Rosamira procuré en vano combatirla. Persistió firme en su resolucion; volvió á ver á Zumio, y le refirió quanto había sucedido: determinó salir aquel mismo dia del Palacio de la verdad, y Zumio me dixo que estaba determinado á acompañarla. Espero, añadió, que luego que estemos fuera de este maldito Palacio podrá Rosamira persuadirme que no me ha ofendido sino le-

vemente, y que debo olvidar todo lo que ha pasado. Adios, Señor, y para siempre si os quedais aquí, porque hago juramento de no volver jamás.—¡Pues qué, Zumio, tú me abandonas!—Ya no os aborrezco, puestó que Rosamira no os quiere, pero conservo aun un vivo resentimiento; si pudiese ocultrárole, como á pesar de todo os quiero todavía y me dais lástima, sería capaz, para consolaros y para excitar vuestra gratitud y admiracion, de cederos una muger, mayormente quando ella me ha dexado por ambicion. Pero estais leyendo en mi corazon, no me es posible mostrarme mas generoso y menos vengativo de lo que soi en realidad; además de que si con el tiempo me arrepintiese de haber hecho un sacrificio semejante, al instante lo sabriais, y perdería todo el fruto de él; y así Adios, Señor: si quereis tener amigos creedme, escoged otra habitacion.

De este modo me abandonó Zumio. Tuve la amarga pena de verle marchar con Rosamira, y perdí á un tiempo en aquel funesto dia mi dama y mi amigo. Gelanor me que-

quedaba porque la curiosidad le detenía en un sitio que daba campo á un filósofo para muchas reflexiones. Movido de mi profunda tristeza me instaba á que me ausentase del Palacio. No Gelanor , le dixé , no ; quiero quedarme en él hasta tanto que haya encontrado una muger amable , virtuosa y sensible que pueda consolarme de las penas que el amor me ha causado hasta ahora.

Un día que me paseaba solo por los jardines vino Gelanor á hablarme : vengo á avisaros , me dixo , de la llegada de dos huéspedes , un hombre y una muger sumamente hermosos , que acaban de entrar inconsideradamente en este Palacio , y que despues han sentido muchísimo saber que están obligados á pasar tres meses en él. Están en consulta , y creo que quieren pedir licencia para casarse aquí...pero es verosímil que al cabo de un quarto de hora de conversacion no tengan tales ganas ; porque basta este tiempo para que riñan en este Palacio los amantes mas tiernos. Al decir Gelanor estas palabras vimos al amante que se

encaminaba ácia nosotros ; me acerqué á él y le pregunté si persistía todavía en la resolucion de casarse con su dama. Si Señor , me respondió , y esta resolucion es tanto mas sólida quanto no es el amor quien la inspira.—¿Pues cómo , no estais enamorado?...— No Señor. En otros tiempos amaba en extremo á esta misma persona y ella me correspondía ; un suceso extraordinario nos separó : me robaron mi dama y no me privaban de ella sino para perseguirla. Yo lo sabía , y al mismo tiempo ignoraba á qué sitio del mundo la llevaban ; pero el amor me imponía la obligacion de buscarla , y salí de mi Patria haciendo juramento de no volver á ella hasta haber encontrado á la que adoraba. Mi viaje duró mas de tres años. El amor me siguió , ó mas bien me acompañó y conduxo en todo el tiempo del primer año ; pero tanto duró el camino que me abandonó , y no obstante esto le proseguí ; pero iba menos apriesa , me detenía mas á menudo , me detuve demasiado , y al fin me prendé de otra.



El honor y la amistad me hicieron acordar de mi juramento, volví á proseguir mi viage y dí por fin con la que había amado con tanto extremo, que ya no era á mis ojos mas que una amiga estimable y querida. Agradeció en extremo todo quanto yo había hecho por ella, pero incapaz de disimulo me confesó que ya no estaba en su mano corresponder al amor que creía inspirarme todavía, y que en el tiempo de una ausencia tan larga otro objeto había cautivado su corazón. Ahora, añadió, he recobrado mi libertad, y conozco que estoi para siempre libre de las seducciones del amor: Oh Nadir, recibe esta sincera declaracion por prueba de mi agradecimiento; si despues de esta confesion me amas todavía, estoi pronta á consagrarte mi vida. Has perdido una amante apasionada, pero puedes hallar en mí una esposa fiel y una amiga la mas tierna.

Estas razones me llenaron de gozo; dexé de disimular, manifesté mi corazón á aquella amiga tan generosa como amable y la insté á que

que se efectuase nuestra union, lo que ella me prometió luego que hubiésemos llegado á nuestra patria. Nos pusimos al punto en camino: al cabo de un mes estábamos cerca del término de nuestro viage, quando se ofreció á nuestra vista este brillante Palacio; movidos de la curiosidad hemos entrado: pero ya que debemos estar en él tres meses, os suplico, Señor, permitais que nos casemos. Desde luego, respondí yo, si tu dama lo desea. Ella viene ácia aquí, respondió Nadir, vos mismo, Señor, podreis preguntárselo. Entonces vuelvo la cabeza y veo en efecto que la dama se acercaba á nosotros.... Me estremezco, mi corazón palpita con violencia, y me arrojo ácia ella.... ¡Cielos, exclamé, es Azelia!... No me engañaba, era ella en efecto. La sorpresa, el pasmo, un sentimiento inexplicable mezclado de dolor, de despecho y de alegría, tan diversas y tan violentas sensaciones me dexaron inmovil. Pero Azelia dando una gran caraxada, me dixo: Ya veo, Señor, que sois incorregible, porque ya conozco la vir-

tud de este Palacio...¿Es este el fruto que habeis sacado de mis lecciones y consejos?... No pude tolerar á estas chanzas, y sobre todo el tono alegre y desembarazado con que Azelia me hablaba; corrido y desesperado no la respondí nada, y me aparté de ella aceleradamente para ocultarla una turbacion que era imposible disimular. No había yo hasta entonces amado verdaderamente á nadie mas que á Azelia; esta pasion, que había sido tan violenta y verdadera se volvió á encender: volví á ver aquel mismo día á Azelia, y la hallé mas amable y bella que nunca; era tan natural, tan franca y tenía tanto entendimiento que era imposible que el Palacio de la verdad la hiciese perder nada de sus gracias y natural grajejo.

Ya no la amaba Nadir, Azelia no sentía por Nadir mas afecto que la amistad; la esperanza me seduxo: hablé, supliqué á Azelia prefiriese al indiferente Nadir un amante apasionado. Considerad, la dixé, que Nadir ya no tiene amor y que yo os adoro.

Señor, respondió Azelia, el amor pasa, pero la memoria de los buenos procederés queda, y de ella nacen el cariño y estimacion permanentes. He podido olvidar el amor de Nadir, pero nunca olvidaré que se ha ausentado de su patria y que ha recorrido el mundo durante tres años por buscarme y socorrerme...—¿Pues qué, tendreis la crueldad de casaros con Nadir á mi vista?... Si lo haceis mi desesperacion será...—Será un capricho y no otra cosa. ¿Cómo podeis pedirme seriamente que os sacrifique á un amigo tan fiel y generoso, vos que ni aun tenéis el corto mérito ( porque este mérito es siempre involuntario ) de llorar á lo menos durante un tiempo regular la amante que habiais perdido por vuestra culpa? Los habitantes de este Palacio son poco callados; les he preguntado y bien debeis presumir que tengo largas noticias de Arpáliza y Rosamira. No me habéis, pues, de un sentimiento que no puede moverme; abrid, Señor, los ojos: naturalmente sois virtuoso, sois amable; pero en tanto que conservareis la des-

confianza injuriosa é imprudente curiosidad que os caracterizan no conoceréis ni el sosiego , ni la felicidad. Ved lo que os ha costado ya esa funesta manía que os arrastra á querer penetrar lo mas secreto del corazon de los que amais ; sin hablar de mí, acordaos de la bella Rosamira : es prudente , virtuosa , sensible á los beneficios y capaz de agradecimiento ; en qualquiera otra parte , fuera de este Palacio , hubiera podido , casándose con vos , haceros del todo feliz. Y aquel amable Zumio que os amaba tanto , tambien le habeis precisado á que os dexase!...¡Ah Señor! dexad ya de querer destruir unas ilusiones tan necesarias ; abandonad este Palacio fatal , ó renunciad para siempre á la amistad , al amor , á la sociedad , y en fin á todos los sentimientos y gustos que son la dulzura y el encanto de la vida.

Estas razones hicieron en mi corazon una impresion tanto mas profunda , quanto que Azelia persistió con inalterable firmeza en la resolucion de casarse con Nadir. No pudiendo tolerar un espectáculo tan cruel,

tomé en fin mi partido , y queriendo á lo menos llevar conmigo el aprecio y estimacion de Azelia , colmé á Nadir de beneficios prometiéndole á Azelia que nunca volvería al Palacio de la Verdad por motivo de inquietud , desconfianza ó zelos. Mas prudente sería , dixo Azelia , tomar la resolucion de no volver nunca á él. No puedo , la respondí , obligarme á eso , pero para haceros ver que mi ánimo es de venir pocas veces y hacer poca parada , os entrego , oh amada Azelia , este talismán que la ambiciosa Rosamira me había hurtado ; ya sabeis que es un preservativo seguro contra la virtud de este Palacio ; aun debeis estar aquí cerca de tres meses , y en este tiempo podrá seros de alguna utilidad ; ya es vuestro , guardadle , yo renuncio á él para siempre. Le aceptaré , respondió Azelia , si me permitís que se le dé á Nadir. ¡Es siempre tan penoso engañar , y es á veces tan dulce permitir que nos engañen!...Si estoi satisfecha de Nadir nõ temeré que lea en mi corazon...permitid que le entregue este talis-

mán...—Sois dueña de hacer lo que gustáreis , y ahora que está en vuestras manos dignaos de escuchar por la última vez la fiel expresion de los sentimientos que me inspirais. Azelia , Ah! Nunca he amado á nadie como os amo...nunca os olvidaré... Adios ; tened lástima del desgraciado Fanor...vuestra compasion y afecto son los únicos consuelos que pueden mitigar mi dolor.

Ví correr las lágrimas de la amable y sensible Azelia ; demasiado enternecida para poder responderme me alargó una mano que yo bañé con mis lágrimas...En fin , me aparté de ella , la dexé para siempre , y salí del Palacio de la Verdad , al qual no he vuelto desde entonces.

Esta es mi historia , añadió el Genio; este es el importante secreto que he tenido valor para ocultaros mas de diez y seis años. Jamás he dudado , querida Altemira , de tu amor y virtudes ; el Palacio de la Verdad no puede aumentar el cariño que te tengo , y podría debilitar , ó á lo menos alterar por

algún tiempo el amor tan fino que nos une : si me crees , no emprehenderemos este peligroso viage. No , Fanor , respondió la Reina ; quiero gozar de la dicha de repetirte en el Palacio de la Verdad que solo á tí he amado.

No le pesaba al Genio que la Reina manifestase una obstinacion que era prueba de su virtud , no obstante exigió que reflexionase con madurez este designio otros seis meses ; si al cabo de este tiempo , añadió , no has mudado de opinion , entonces partiremos sin demóra. Pasados los seis meses se dispuso el viage , y la Reina quiso llevar consigo á su Hija y á Filamir , aquel Príncipe que debía casar con ella. Mi Hija , dixo la Reina , está segura del corazon del Príncipe , pero desea que él pueda leer en su alma , y que antes de recibir su mano conozca todo su amor. Filamir , aunque sabe ya el encanto del Palacio , está muy deseoso de acompañarnos. Tambien quiere Zeólida que vaya con nosotros su amiga la amable Palmis que tanto estimamos , y cuento con de-

cirila esta noche la virtud del Palacio. Tambien tengo yo ganas , replicó el Genio , de llevar tres ó quatro cortesanos que deseo mucho conocer á fondo ; quiero que ignoren á qué sitio tan temible para ellos voi á llevarlos , porque si se lo avisase , imagino que no les faltarían pretextos para escusarse del viage. Y así encargad bien el secreto á Zeólida , Filamir y Palmis.

Aquella misma noche la Reina y la Princesa fiaron aquel secreto á su amiga. Palmis manifestó al pronto mas sorpresa que ganas de hacer el viage ; pero despues de un poco de reflexi6n, en realidad , dixo, nada tengo de importancia por que temer : os profeso un cari6n y amistad sincera , y desde luego convengo en acompañaros. Palmis añadió á esta promesa la confianza de hacerlas saber que amaba á un jóven de la Corte llamado Crisal , y temía su natural inconstancia ; Crisal era hombre de moda , ventaja que no debe inspirar mucha confianza á una amante: deseó Palmis que el suyo fuese con ellos , y el Genio se lo concedió.

Partieron finalmente: el Genio , la Reina, la Princesa , Filamir y Palmis eran los únicos que conocían el Palacio de la Verdad, y á medida que se iban acercando á él perdían la alegría y se apoderaba de sus corazones la tristeza é inquietud. Zeólida era la que estaba mas sosegada ; pero Filamir estaba cada vez mas distraido y pensativo, Palmis se entristecía visiblemente, y la Reina estaba temerosa al ver la turbacion de Fanor. Los áulicos que no estaban instruidos de aquel misterio procuraban en vano hacer revivir la muerta alegría del Genio, de la Reina y de Zeólida. Nunca el amable y brillante Crisal , amante de Palmis, había manifestado tanto deseo de agradar , ni tanta gracia , y quando hablaba á Palmis á solas la pintaba su pasion con tanto afecto y vehemencia que se veía precisada á reprehender sus dudas y temores.

En el número de los cortesanos que acompañaban al Genio había uno de un genio raro y que raras veces se halla en las Cortes. Aristeo (así se llamaba el tal ) había hecho grandes servicios al Estado. Habiendo ob-

tenido los mayores puestos, por solo su mérito, no era ya jóven quando se introduxo en la Corte. Se presentó en ella con unos modales groseros y con una aspereza que le hacían original y tanto mas gustosa quanto aquella clase de genio hacía un contraste mas particular con el de los demás palaciegos. Un cortesano severo y regañon no debía al parecer medrar mucho en la Corte, por esto mismo gustó desde luego casi generalmente. Todos se divertían con sus rarezas, pero luego que conocieron que tenía tanto talento como mal humor procuraron apartarle, pero ya era tarde; el Genio y la Reina le estimaban mucho, y así se quedó en la Corte, y lo que es aun mas extraordinario, su humor no se desmintió jamás: no solo nunca aduló, sino que tampoco se oyó salir de su boca el mas mínimo elogio, y aunque era capaz de servir á sus amigos con eficacia, en su vida dixo una cosa agradable ó tierna, ni tampoco hizo la mas mínima protestacion de amistad.

Entretanto se iban acercando al Palacio de la Verdad; y el Genio tuvo una conver-

sacion particular con la Reina: te confieso, la dixo, que no entraré sin pena en ese Palacio que me ha sido tan funesto, y no puedo disimularme que tendré gran necesidad de tu indulgencia. ¿Qué Marido en el espacio de diez y siete años no habrá tenido algun deslíz? Por tanto me afligirás si me haces muchas preguntas acerca de mi conducta pasada....Pues bien, respondió Altemira algo picada, prometo no haceros ninguna....Yo me obligo á lo mismo, interrumpió el Genio.—No Señor, yo no tengo nada de que avergonzarme, y no temo vuestra curiosidad.—Y yo confieso que temo mucho la tuya; me vería obligado á responder con la mas exácta sinceridad y...—Confiesa que te arrepientes vivamente ahora de haber sacrificado á aquella hermosa Azelia que tanto amabas el precioso talismán con que podías ocultar tus pensamientos en el Palacio de la Verdad. Suspiró Fanor sin responderla; y la Reina se quedó triste y mui pensativa.

Ya descubren finalmente los brillantes muros del Palacio mágico; mas de un cora-

zon se sobresaltó; pero se conocían demasiado tarde todas las consecuencias de aquel peligroso viage. Se apean todos de los coches, se adelantan y entran por las puertas fatales. El primer objeto que se presentó á la vista del Genio fue el venerable Gelanor, aquel virtuoso filósofo á quien había dexado había ya mas de diez y ocho años en el Palacio de la Verdad. Fanor se aparta prontamente de la Reina, y mui gustoso de hallar un pretexto para separarse de ella, vá corriendo á abrazar á Gelanor, y se le lleva á los jardines. ¡Ah Señor! le dixo el viejo, ¿ con quién venís á este Palacio?—Con mi Muger...—¡Oh Cielos, con vuestra Esposa! ¿Estais en vos?...—Esto es cierto de su virtud. ¡Ah Señor! Hace diez y ocho años que vivo aquí, y he visto tantos Maridos llegar mui confiados y salir desengañados para siempre!...—No puedo tener ese temor, puesto que Altemira conocía la virtud de este Palacio y ha querido venir á él; no tengo ninguna inquietud de lo que ella me diga: solo temo lo que me obligará á decirla.

Pero dime, sabio anciano, satisface mi

curiosidad; aun no ha podido el tiempo borrar de mi memoria á Azelia, y todo lo que veo en este sitio me la hace presente. Dime, pues, si despues de mi ausencia se casó con Nadir?—Si Señor, y aquel mismo dia entregó á Nadir el talismán que la habiais dado. Sumamente prendado este de un proceder tan fino y generoso, se impuso la lei de no preguntar nada á su Esposa, y de este modo pasaron aquí los tres meses con suma paz y contento: seguid, Señor, su exemplo.—Por mí desde luego, con tal que la Reina se convenga.

En tanto que Fanor hablaba con el filósofo, Zeólida se paseaba por otra parte con su Madre y el resto de los viajantes. La Princesa iba un poco delante y Filamir á su lado. Despues de un rato de silencio, tomando este la palabra: desde que estamos aquí, dixo, siento un empacho insuperable....No me atrevo á hablaros de mi amor porque temo que mis expresiones os parezcan menos tiernas...—¿Segun eso exâgerabais antes de que estuviésemos en el Palacio?...—¡Lo temo....—Ingrato!..Y yo hasta ahora no os he manifestado sino á medias

dias el amor que os tengo...—¡Ah Zeólida, qué declaracion tan dulce!...—Decidme , pues, qué me amais...—Sí , solo á vos amo , y sola vos podreis asegurar la felicidad de mi vida. ¡Ah exclamó Zeólida , ya estoi satisfecha!... Nosotros , amado Filamir , harémos vér que este Palacio no puede ser dañoso á los amantes verdaderos , y que lexos de destruir el amor le aumenta mas , disipando todas las dudas que á veces produce un cariño vivo y delicado. Al pronunciar Zeólida estas palabras se acercaron á ella la Reina y Palmis , Filamir se apartó , las Princesas se separaron del grupo de cortesanos y se esparcieron por los jardines: Filamir y Crisal se encaminaron ácia un bosquecillo , á la entrada del qual hallaron á una jóven sentada sobre un banco ; era bonita, Crisal quiso absolutamente verla de cerca y hablarla. El Príncipe al cabo de un instante de conversacion conoció que aquella jóven acababa de llegar , y que conocía tan poco como Crisal la imposibilidad en que estaba de disfrazar sus pensamientos. La preguntó su nombre , y ella respondió que se llamaba Azema. Tiene Vmd. ,

la dixo Crisal , una carilla buena para divertir un rato. Crisal que creía haber empleado una alabanza mui exágerada , se quedó admirado al ver el aire desdeñoso con que Azema recibió su cumplido. ¿Pues qué , prosiguió , es Vmd. muger y la lisonja no la seduce?—¿Llama Vmd. á eso lisonja? ¿le parezco á Vmd. fea?—¡Cómo fea! Acabo de darla á entender que no he visto en mi vida otra mas hermosa...— Vaya : Vmd. delira ; bien que me importa poco , porque á pesar del desco que tengo de que todos me amen , no siento ningun deseo de agradarle...—Esto si que es franqueza é ingenuidad...—¿Vmd. me cree ingenua?...—A lo menos mui sincera...—Nunca digo una palabra verdadera , pero sé revestirme de un aire de candidéz y persuadir que soi la misma sinceridad.

Al oír esto Crisal se echó á reír y Azema volviéndose á Filamir : y Vmd. Señor , le dixo , ¿por qué se empeña en callar?...¿Qué le importa á Vmd , respondió riéndose Filamir?...—Vmd. me gusta...—Y yo no he visto nunca persona que me agrade tanto como Vmd...—



Realmente digo que me agrada Vmd. mucho: apostaré á que es mui sensible, mui crédulo...—En efecto sé amar...—Sí, lo creo, como un niño. ¿Tendrá Vmd. por casualidad una *pasion verdadera*?...—Sí, una *pasion* que decidirá de mi suerte...—Ya me lo dudaba yo y me encanta esa noticia...—¿Y podré saber por qué?—Me gusta mucho descomponer las *pasiones verdaderas*. ¿Se halla aquí la que Vmd. ama?...—Sí.—Pues la veré, y si es bastante bonita para picar mi amor propio haré que sea Vmd. inconstante. Esta tarde me pasearé por aquí: se lo aviso á Vmd. para que venga á buscarme.

Al decir estas palabras Azema se levantó, Filamir quiso detenerla: dexeme Vmd. dixo ella, quiero hacer como que le hallo mui peligroso y que le huyo. Entonces Azema se puso mui seria y modesta, hizo una gran cortesía y se fue. ¡No he visto, exclamó Crisal riendo, muger mas loca y extraordinaria!... Todas las mugeres son coquetas y artificiosas, pero esta es la única á quien he visto confesarlo con tanta indiscrecion. Ese deseo de

seducir y de engañar junto á su mucha imprudencia, la hacen verdaderamente tan graciosa como original. Si yo me hallase en vuestro lugar, Señor, no faltaría esta tarde á la cita.—¿Estás en tí, Crisal?...—¿Y por qué no? ¿acaso por qué amais á la Princesa? ¡Qué niñería! ¿Esos escrupulillos os detienen?...—¿Crees que fuese posible transtornar la cabeza á una coqueta del genio de Azema?...—Seguramente; si sabeis manejaros lo conseguireis sin duda.—No tengo ciertamente semejante deseo.... Pero confieso que esta cita me aviva la curiosidad...

Palmis á quien vieron venir ácia ellos interrumpió esta conversacion: aun no había tenido ocasion de hablar sin testigos con Crisal. Luego que le vió se acercó á él y el Príncipe los dexó solos. Palmis estaba turbada, no se atrevía á hacer preguntas á su amante, y Crisal distraído y preocupado no echaba de ver ni su turbacion ni su empacho. En fin Palmis dando un suspiro; Crisal dixo, Vmd. calla, ¿pero á lo menos piensa Vmd. en mí? A esta pregunta, manifestando Crisal un semblante

te el mas amoroso y besando tiernamente la mano de Palmis ; no, le dixo , nunca me acuerdo de Vmd. , se lo protesto... ¡Cómo es posible, exclamó Palmis ! ¿Lo duda Vmd. ? ¡Ah ingrata, interrumpió vivamente Crisal ! ¡Ah Palmis , qué injusta es Vmd. ! Sí , continuó arrojándose á sus pies , nunca he pensado mas que en engañar á Vmd. : la ambicion y la vanidad solas me han hecho aparentar quererla. Palmis , haga Vmd. justicia á su amante , es incapaz de querer. Sosiéguese Vmd. pues , y estas tan verdaderas protestaciones tranquilicen su corazon. ¿Pero qué cólera tan excesiva se pinta en su rostro de Vmd. ? ¿qué tiene ? ¿por qué capricho no quiere hoi creerme ? ¿quiere Vmd. que haga juramentos ? Nada me cuesta. ¡Pérfido ! exclamó Palmis , y no pudo decir mas en fuerza del llanto que la ahogaba ; oprimida del dolor se dexó caer sobre un banco. Crisal siempre puesto de rodillas á sus pies fingió derramar algunas lágrimas : ya lo vé Vmd. la dixo , finjo que lloro ! Bella Palmis , Vmd. me cansa , y aunque naturalmente es tan irracional como insípida , nunca me ha

parecido Vmd. tan fastidiosa como ahora.

A estas palabras Palmis , desviando á Crisal con indignacion ; apártese Vmd , le dixo , me horroriza. Ciertamente , replicó Crisal , aquí hai algun misterio encubierto , esto no es natural. Ahora bien , prosiguió con mucho desembarazo , expliquémonos : ¿Tiene Vmd. ganas de quebrar la paja ? ¿Quiere Vmd. dexarme?... Para eso no es necesario tomar un tono tan trágico. Quedemos amigos á lo menos ; yo lo desco , porque por su crédito y valimiento puede Vmd. aun serme útil. La respuesta de Palmis fue levantarse con ímpetu , y arrojando una terrible mirada á Crisal se apartó de él con precipitacion.

Crisal se quedó confuso. Estando pensando en este suceso oyó un gran ruido de voces : se encaminó ácia el parage de donde venía , y entró en un espacioso cenador , le halló lleno de forasteros que acababan de llegar al Palacio. Había unas treinta personas sentadas en círculo al rededor de Gelanor. Preguntóle Crisal por qué estaban allí juntos todos aquellos forasteros. Señor , respondió Ge-

lanor, estoi encargado hace diez y nueve años de la administracion de este Palacio; no omito medio alguno para hacer su mansion grata á los huéspedes, y solo exijo de ellos una cosa, esta es que el dia mismo de su llegada me sigan á este cenador, y respondan á una sola pregunta que hago á cada uno.—¿Y qué pregunta es?—Deseo saber si se tienen por felices.—Y bien, ¿ha encontrado Vmd. muchos contentos con su suerte?—Escribo el nombre de esos en un libro, y aun estoi en la primera hoja. No hai que estrañar lo, puesto que las virtudes y la razon producen solas la felicidad.—¿Ha empezado Vmd. ya sus preguntas hoy?—Sí, ya he despachado á mas de la mitad; ¿pero vos, Señor, querreis responderme?—Con mucho gusto. He logrado muchos adelantamientos en el mundo y en la Corte, he juntado riquezas, he perdido lo menos á diez mugeres que antes de conocerme gozaban de una reputacion sin mancha; y con todo no soi feliz: el tedio me consume, de nada sé disfrutar, y deseo lo que no tengo con un ardor que me consume.

Es-

Está bien, dixo Gelanor, pasemos ahora á otro.

¿Y tú, grave estrangero, prosiguió Gelanor hablando á un hombrecillo flaco, enjuto de rostro y lleno de presuncion, qué estado tienes? Me llaman *Filósofo*, respondió el estrangero con tono imperioso y dogmático. ¿Y bien, camarada, replicó Gelanor riéndose, serás feliz sin duda?—¿Yo? no por cierto.—¿Quién te quita el serlo?—El orgullo. Me había juntado con otros de mi genio, habíamos formado un proyecto grande y osado; queriamos dominar y mandar á todos los entendimientos, y era nuestro xefe un mágico célebre, que nos dió un talismán sobre el qual estaban gravadas estas palabras: *BENEFICENCIA, TOLERANCIA, FILOSOFIA*. Amigos míos, nos dixo el mágico, es tan grande la virtud de estas tres palabras, que para conseguir vuestro intento os bastará repetirlas sin cesar, y estar siempre fielmente sujetos á vuestro xefe. Con este talismán y mi proteccion no necesitais de talento ni de instruccion; podeis decir y escribir todas las extravagancias que os ocur-

ran: tendréis el derecho exclusivo de desatinar, de ser inconsecuentes, de turbar el orden establecido, de trastornar los principios de la moral, de corromper las costumbres, sin que por esto perdais nada de vuestra reputacion. Si os atacan no respondais á ninguna objecion; guardaos de entrar en disputas con vuestros enemigos. Os permito las injurias y las declamaciones sin sentido; pero razones nunca: repetid siempre la misma sentencia: *BENEFICENCIA, TOLERANCIA, FILOSOFIA*, y triunfareis de todos vuestros contrarios, á lo menos mientras yo viva. Así habló nuestro hábil encantador: sus promesas tuvieron el debido efecto: ¡pero ah! padecemos la desgracia de perder á aquel xefe tan digno de nuestras lágrimas, y desde su muerte el talismán ha perdido la virtud; nuestro imperio está destruido. Usurpadores destronados, ya no tenemos partidarios, ya no podemos excitar alborotos, y nos va cubriendo el triste velo del desprecio y del olvido!... Al pronunciar estas palabras el supuesto filósofo dió un gran suspiro.

A este tiempo Zoram, uno de los Artesanos del Genio, entró en la sala: si queréis conocer, dixo Crisal á Gelanor, un hombre feliz preguntad á este; ¡es tan alegre, tan loco!... todo le divierte, á todo tiene pasion, y todo le encanta: ¿no es así, Zoram? En efecto, respondió Zoram, ese es mi deseo...—¿Pues qué, no amas con furor la música, la caza y las pinturas?—La caza me fatiga; la música mas divina es para mí ruido y nada mas; y la pintura me gusta tan poco como estas dos cosas... pero tengo un tren de caza, músicos, y una galería de quadros: me arruino para persuadir que me divierto y que soi feliz.—Ea, ya basta de chanzas, responde con juicio. Ya basta, dixo Gelanor, dexadme ahora preguntar á aquella muger sentada enfrente de nosotros en medio de sus Hijos é Hijas. Señora, prosiguió el anciano, Vmd. parece Madre de familia...—Ya me vé Vmd. rodeada de todos mis Hijos.—¿Y se juzga Vmd. feliz? Hijos míos, dixo la estrangera, esta pregunta se dirige á vosotros, responded á ella. Entonces las dos Hijas ma-

yores se arrojan enternecidas á los brazos de su Madre con la expresion de la mas afectuosa gratitud, y todos los Hijos exclaman á un tiempo: sí, sí, es feliz; está contenta de sus Hijos, y nosotros la amamos de todo corazon!...

¡Bendito sea el Cielo, dixo Gelanor, mis ojos han visto hoi una persona contenta con su suerte! ¿Querrá Vmd. decirme su nombre?—Me llamo Eudomenia.—Desearía tambien que me dixese Vmd. algunas circunstancias acerca de su situacion. ¿Desde cuándo disfruta Vmd. de esa felicidad tan pura?—Desde que soi Madre.—¿En qué se ocupa Vmd.?—Vivo retirada, dedico á la educacion de mis Hijos la mitad del día, y la otra mitad al estudio y á mis amigos.—¿Tiene Vmd. muchos amigos?—Tengo pocos, pero verdaderos.—¿Es Vmd. rica?—No lo soi, ni puedo serlo.—¿Por qué razon?—Aborrezco el fausto, y el dinero no puede proporcionar mas gusto que el darlo.—¿Tiene Vmd. ambicion?—No la tengo ni aun para mis Hijos, porque la experiencia y la razon me han hecho co-

nocer que en nada contribuyen los honores y riquezas á nuestra felicidad. Al decir aquella buena Madre estas palabras sacó Gelanor un librito de su faldriquera, y sentó en él el nombre de *Eudomenia*. Crisal y Zoram salieron del cenador y tomaron el camino del Palacio.

Toda la Corte del Genio se juntó en el salon de Palacio. Aristeo, aquel áulico tan áspero y regañon hablaba con la Reina que se admiraba de verle con tono menos duro, modales dulces y de oírle decir alabanzas. Quando Zoram y Crisal llegaron al salon iba la Princesa á tocar el harpa y la estaba templando; Filamir estaba á su lado, y la triste Palmis apoyada con languidez contra una coluna pensaba en el pérfido Crisal y guardaba un triste silencio. Crisal que se estaba paseando se acerca queriendo hacer un cumplido lisonjero á la Reina; y quando siguiendo al Genio estuvo bastante cerca de ella para que pudiese oírle, se detuvo, la miró con complacencia, y dixo al Genio: ¡Cómo se conoce que la Reina tie-

ne ya bastante edad...Nadie dirá que tiene menos de treinta y ocho años. Altemira , aunque todavía era hermosa , no apreciaba en mucho esta ventaja ; se sonrió y dixo á Crisal : quieres adularme. Si Señora , respondió prontamente Crisal , esa es mi intencion.—¿Qué te parece mi vestido?—De mui mal gusto , y poco correspondiente á la edad de V. M. Despues de haber dado esta respuesta con tono mui lisongero y expresivo , Crisal mui satisfecho de sí propio y de lo que creía haber dicho , se apartó y volvió á juntarse con Fanor.

Zoram se acerca por otra parte á Palmis , y deseando sacarla de su cabilacion diciéndola alguna cosa agradable , válgame Dios, Señorita , la dice , ¡qué encendidos tiene Vmd. los ojos, y la nariz qué colorada! No está Vmd. nada bonita esta tarde. No aparente Vmd. ese aire desdenoso , ni crea que lo que acabo de decirle es un requiebro ; porque la aseguro que es la pura verdad.

A este tiempo se sentó la Princesa y empezó á tocar un preludeio. Zoram para sos-

tener la reputacion de hombre conoedor y apasionado de la música se llegó con precipitacion á ella , con las mayores muestras de alegría ; la Princesa cantó acompañándose , y Zoram llevaba el compas en falso : de tiempo en tiempo aplaudía como arrebatado de gozo. A la mitad de la aria , de improviso exclama dando palmadas : *Ah! ¡qué cosa tan mala y tan fastidiosa! ¡qué cosa tan cansada!* Algo turbada Zeólida se detuvo. Me alegro mucho , dixo Zoram , que V. A. crea que me encanta su voz ; por eso he prorumpido en esta fuerte exclamacion. Estas razones causaron una sorpresa indecible á los demás cortesanos : todos creyeron que el pobre Zoram había perdido la chabeta , y Crisal , que era su mayor amigo , manifestó tristeza y compasion ; pobre Zoram , dixo ; este suceso me dá mucho gusto ; me aprovecharé de él , y esta noche pediré su empleo á Fanor. Entonces se llega á Zoram , le arrastra fuera de la sala y desaparece con él.

Entonces preguntó Zeólida á Filamir si pensaba como Zoram y si le había parecido

fastidiosa la aria que acababa de cantar. No por cierto, respondió Filamir, no la he oido; estaba distraido. La Princesa se puso colorada de despecho, y tomando Aristeo la palabra; pues yo, dixo, no he perdido ni una nota: la aria es excelente y la voz de V.A. es tan divina!...¿Qué es eso Aristeo, interrumpió el Genio, te vas haciendo lisonjero? No es mi intencion, respondió Aristeo; no soi tan severo y frio como aparento; pero tengo mal humor, y deseo hacerme singular: paso mi vida riendo y criticando tan solo por espíritu de contradicion; ademas me he impuesto la lei de no alabar nunca á las claras y de adular indirectamente, y esto solo en las ocasiones importantes...—Ah! ya te entiendo...¿Dime me has adulado algunas veces?—Me estimais porque creeis que no os adulo, y me amais porque lo hago. Pensais buenamente que un hombre con mal modo y grosería no puede ser adulador; desconfiáis de los demás cortesanos y conmigo creeis estar seguro. ¡Pero la lisonja sabe disfrazarse de tantos modos! No hai mas que un medio

dio de librarse de ella, y es el de ser insensible á sus tiros: vos Señor, la amais, y yo la empleo con vos: naturalmente la aborrezco; si la despreciaseis nunca hubiera incurrido en semejante baxeza; pero solo de este modo me era posible alcanzar vuestra privanza. Si alguna vez os engaño es porque me obligáis á ello, y os engaño porque me habeis corrompido. Conozco que me envilezco con este proceder, le lloro; este conocimiento me irrita contra vos y os sirvo sin amaros...¡Insolente! exclamó el Genio brotando llamas de furor por los ojos; vete, y jamás vuelvas á ponerte en mi presencia!...

Al oir estas terribles palabras la Princesa atemorizada se levantó y seguida de Palmis salió precipitadamente y baxó á los Jardines. ¡Ah, dixo, ya empiezo á conocer lo funesto que es este Palacio! Mira ya perdido para siempre á ese infeliz Aristeo que ha hecho tan grandes servicios al Estado!...¿Y yo misma tengo motivo de estar satisfecha de Filamir?...¡Cómo me ha respondido!...¡solo

por

por él cantaba y no me escuchaba!...¿En qué pensaría? Ah, si me hubiese atrevido á preguntárselo!...¿Palmis, sientes mis penas? No hallo que tenga V. A. bastante motivo para afligirse, respondió Palmis con frialdad.—Pues que esa indiferencia, ese cruel desden de Filamir...—V. A. se aflige por nada y con una ridícula sensibilidad.—¡Palmis, qué expresión tan estraña!...—No puedo escoger otra mas suave...perdonadme, Señora.—¡No sientes mis pesares, ya lo veo, ya no me amas! ¡Ah, sin duda es imposible en mi clase ser amada por sí misma, ¡qué desgraciada sois!...No pudo al pronunciar estas palabras la Princesa reprimir su llanto. No sea injusta V. A., replicó Palmis, ni calumnie de ese modo á la humana naturaleza. El Príncipe que quiera saber si los respetos que le tributan son sincéros, y si es verdaderamente amado, entre en su interior y juzguese á sí mismo... Si desprecia la adulacion y si es capaz de querer, puede estar seguro de que tiene amigos tiernos y fieles...—Pues bien, Palmis, yo aborrezco la lisonja y te amo...—Y yo, Señora,

ra, no tengo amiga mas querida que V. A.

La respuesta de Zeólida fue abrazar llena de gozo á Palmis. Estad, pues, cierta en adelante, prosiguió ésta, que vuestra clase en nada puede perjudicar á los sentimientos que inspiran vuestras amables prendas. En nuestras conversaciones particulares, nuestra amistad y nuestra confianza forman entre nosotras una igualdad perfecta; sois amable y sensible, yo me veo colmada de vuestros beneficios; la inclinacion y la gratitud son dos vínculos sagrados que me unen á vos para siempre. ¡Oh querida amiga mia, exclamó Zeólida, qué feliz me haces! Ya no podeis dudar de mi amor, replicó Palmis, no obstante temo todavía este Palacio: considere V. A. que la amistad no puede subsistir sin la condescendencia y sin aquel fino miramiento que sale del corazon. Zeólida aseguró á Palmis que nada podría en adelante alterar el cariño que la tenía.

En tanto que las dos amigas estaban hablando no se había olvidado Filamir de que la coqueta Azema le había citado. Le pare-



ció tan curioso y divertido el poder leer en el corazon de una muger de su genio, que no pudo resistir á la tentacion : estoi seguro, se decía, de que Azema no podrá vencerme; Zeólida no lo sabrá, y así no podrá hacerme preguntas : esta última reflexiõn le determinó, y al punto se encaminó al sitio convenido. Halló á Azema echada sobre un banco de céspedes; estaba puesta de modo que tenía descubierto un pie mui primoroso y la mitad de una pierna hecha á torno. Tenía los ojos baxos, y aparentaba estar mui pensativa, sin manifestar que veía al Príncipe acercarse á ella poco á poco.

Luego que Filamir estuvo cerca dió Azema un grito y se levantó prontamente. ¿Pues qué, dixo el Príncipe, la espanto á Vmd. ? Finjo sorpresa y encogimiento, dixo Azema, pero hace una hora que le estaba á Vmd. esperando del modo que me ha visto : espero añadió, baxando los ojos con mucho rubor que ya habrá Vmd. reparado en mi pie y en mi pierna. Filamir se sonrió, asegurando que nunca había visto cosa mas perfec-

ta. Azema se tapó la cara con su avanico. ¿Qué hace Vmd. pues, la preguntó el Príncipe?— Es para hacer creer que me avergüenzo.—¿Yo quisiera saber qué especie de sentimiento la inspiro á Vmd?...—Me gusta Vmd. mucho y tengo un gran deseo de que se enamore de mí.—Si no estuviese ocupado de una passion tan verdadera...—¿Y bien?—Y bien...esta ocasion sería harto peligrosa para mí...— ¡Peligrosa! qué gracia!—Creo que lo es mucho el amar á Vmd.; tengo el corazon mui sensible...—Y yo la imaginacion mui viva; estas dos cosas se convienen grandemente. Estoi cierta de que conseguire enamorar á Vmd. Ahora es menester que sin afectacion y con pretexto del calor me quite los guantes para que vea Vmd. mis manos...¡Qué hermosas son, dixo Filamir tomándola una! Voi, prosiguió Azema, á hacerle á Vmd. creer que esta llaneza me ha ofendido; voi á enojarme.

En efecto Azema retiró su mano con seriedad y le volvió la espalda. ¿Durará mucho ese enojo, la preguntó el Príncipe? Lo bastante, respondió ella; para darle á Vmd. tiem-

po de que vea mi pelo y mi talle. ¡Qué hermosas trenzas! exclamó el Príncipe burlándose de las astucias de Azema. No obstante, no podía dexar de conocer que tenía un hermoso pelo, un talle airoso y un rostro mui agraciado.

Al cabo de un instante de silencio Azema prosiguió diciendo: si tuviese Vmd. alma se aprovecharía de este instante y se echaría á mis pies; entonces yo me enternecería... No pudo resistir Filamir á la suma curiosidad que tenía de saber como fingiría enternecerse, y así se arrojó á sus pies. Eso quería yo, exclamó ella. Hermosa Azema, prosiguió Filamir, dígame Vmd. lo que pasa ahora en su alma. Estoí encantada, respondió Azema, he visto á Zeólida y la aborrezco... ¡quál será su despecho quando sepa que la he robado su amante! Presto lo sabrá, porque yo misma iré á decírselo. ¡Qué grato me será el verla desesperada!... Es tan bella, y todos hablan aquí de su bondad y virtudes; pero yo la calumniaré, y si puedo denigraré su reputacion... Al pronunciar Azema estas palabras estrañó la indig-

dignacion que se pintaba en el rostro de Filamir. ¿Pues qué, Príncipe, le dixo, me cree Vmd. falsa? ¿halla Vmd. exâgeracion en los sentimientos heroicos que procuro manifestarle? ¡Ah, exclamó Filamir levantándose, pluguiese al Cielo que todos los monstruos que se te parecen se viesen precisadas á hablar con igual sinceridad, para que no inspirasen mas que el desprecio y el horror que tú mereces.

Diciendo esto Filamir se apartó de ella prontamente. ¡A qué excesos, se decía el Príncipe, puede arrastrar la curiosidad á un hombre de mi edad! Por querer ver las tretas de esta muger me he visto á sus pies; la despreciaba, no me engañaba, pero me divertía y me parecía hermosa: si no me hubiese manifestado un alma tan negra y vil, quizás hubiera olvidado por un instante á Zeólida.

Con estas reflexiones volvía el Príncipe tristemente al Palacio, quando Gelanor, acercándose á él: venid, Señor, le dixo, venid prontamente á escusar, si es posible, que Crisal y Zoram se maten...—Cómo es eso?—Habrá dos horas que al pasar por los jardines se

acusaban mutuamente de locura; han encontrado á un viagero que los ha informado de la virtud del Palacio; espantados entonces de lo que habían podido decir al Genio y á la Reina, han ido á encerrarse juntos para concertar lo que habían de hacer. Esta conversacion les ha hecho conocer que su amistad no era mas que en la apariencia; se han hecho preguntas y se han visto en la dura precision de confesarse mutuamente los malos officios que se han hecho el uno al otro: en fin han tomado la resolucion de reñir. Están aquí cerca. Llevadme allá, dixo el Príncipe, que yo procuraré que hagan las paces... ¡Ah Señor, interrumpió el filósofo, no sabeis bien cuánta dificultoso es reconciliar dos enemigos en este Palacio!...

Llegó el Príncipe á ellos al tiempo que desembainaban las espadas. Se arrojó entre los dos, y ellos le declararon que no tenían ningun deseo de reñir, y que se alegrarían mucho si podía componerlos. Pues bien, dixo el Príncipe, olvidese lo pasado y daos un abrazo. Entonces Crisal se acercó con semblante  
ale-

alegre á Zoram, que le recibió con los brazos abiertos: Zoram habló el primero, y dixo sonriéndose: te juro un odio eterno. Y yo tambien, respondió Crisal. ¡Qué decis, exclamó Filamir! Señor, dixo Zoram, ya habeis oido á este pérfido, y eso que yo iba á él con la misma intencion.... En nombre de Dios, interrumpió Filamir, callad y sosegaos.... Señor, replicó Crisal, si me fuese posible disimular, procuraría engañar á ese traidor; pero nos vemos precisados á decirnos lo que pensamos, no podemos ocultarnos nuestro encono reciproco: veo que es inútil luchar contra la invencible virtud de este Palacio, puesto que me veo precisado á decir la verdad, y yo que he poseído en tan alto grado el profundo arte del disimulo. ¡En un dia pierdo todo el fruto de un estudio de diez años!... Tú, Crisal, dixo el Príncipe, eres el agresor; procura decir á Zoram una sola palabra de satisfaccion, que yo espero tendrá la bondad de contentarse con esto. No me es posible, dixo Crisal; si te hablo, añadiré mas ultrages á los que ya ha recibido de mí. Vamos, vamos, gritó Zo-

ram, es preciso reñir, el honor lo manda: Príncipe, sed juez de nuestro duelo; espero que á la primera herida, por leve que sea, nos separareis. Al punto sacan los dos enemigos las espadas y empieza el combate. Al cabo de algunos minutos recibió Crisal una pequeña herida en la mano. Ya basta, dixo el Príncipe, acábase el duelo. Eso quiero yo, dixo Crisal, pero si os parece que no basta lo hecho, estoi pronto á proseguir: estimo en mucho la vida, pero mi honor es antes que todo. De ese mismo modo pienso yo, dixo Zoram. Digo que sobra lo hecho, interrumpió Filamir; ya vuestro honor queda bien puesto; ea separaos. En efecto, cada uno se fue por su lado, y el Príncipe volvió á Palacio.

Acababa de haber un lance pesado entre el Genio y la Reina: esta, á pesar de sus promesas, no había podido dexar de hacer algunas preguntas á Fanior; sus respuestas le habían causado tanta sorpresa como indignacion, y los dos consortes separados y casi reñidos, ni se miraban ni se hablaban. Por otra parte Filamir advirtió en Zeólida tanta tristeza y

frialidad, que temió no tuviese ya noticia del lance de Azema. La cena fue sumamente triste: Aristeo no se atrevía á presentarse y Zoram y Crisal no manifestaban ningun deseo de hacer su corte. Palmis siempre abatida del dolor callaba tristemente: la Reina y el Genio estaban sumergidos en una profunda cabilacion, y Filamir temereso hablaba temblando con Zeólida que apenas se dignaba responderle.

A la mañana siguiente Filamir despues de haber pasado la noche reflexionando en su situacion se determinó en fin á explicarse con Zeólida: fue á buscarla, y luego que estuvo solo con ella y Palmis se arrojó á sus pies diciendo: ¡Oh Zeólida! Concededme el perdón que pido; veo que ya estais enterada, y así voi á confesaros todo... ¡Enterada! interrumpió Zeólida, ¿y de qué?—De mi cita con Azema...—La ignoro enteramente; pero quiero saberla muy por extenso. Al oír esto le pesó mucho á Filamir de haber sido tan facil, pero le fue preciso satisfacer la zelosa curiosidad de la Princesa: tuvo que decirle que

Azema le hubiera seducido sino hubiese mostrado tanta vileza y perversidad. ¿Con que si no hubiéscis estado en este Palacio, dixo Zeólida; si esa muger hubiese podido ocultaros la atrocidad de su alma, y si hubiera aparentado costumbres menos corrompidas me hubierais sido infie!?...—Ah Zeólida, olvidad un error de un instante: siento el arrepentimiento mas sincero. Os amo, y solo á vos puedo amar. Y yo, interrumpió Zeólida con enojo, os desprecio, sois indigno de mi amor, y os renuncio para siempre. Al decir esto se arroja al otro extremo del quarto y se encierra en su gabinete; Palmis fue á consolarla.

Entonces dió rienda á su llanto repitiendo mil veces que Filamir era un ingrato, un monstruo, y que no volvería á verle en su vida. A todo esto Palmis callaba, pero obligada á contextar á la Princesa, dixo: ¿qué queris que os diga, Señora? Si no estuviésemos aquí daría á entender que pensaba como vos; de este modo os prepararía á escuchar mis consejos, y poco á poco os aplacaría y haría entender la razon. ¡Cómo la razon! dixo la Prin-

cesa; ¿con que no la tengo?—No Señora.—Ahora comprehendo que no sabes querer con finura.—Sé querer, pero tengo mas experiencia que vos...—Ese modo de pensar disminuye mucho la estimacion que te tenía...—Os irrito y exâspero; bien lo había yo previsto. La pasion os domina y no puedo valerme de los medios suaves que vuestra situacion exige.—Te ruego que procures hacerme ver que Filamir merece disculpa...—No podré conseguirlo por ahora: permitidme que calle...—No, no, quiero que me digas todo lo que piensas....—Diré, pues, que no teneis el menor fundamento para tanta indignacion. Filamir tiene veinte años: una curiosidad mui excusable y no la intencion de seros infiel, le ha hecho ir á la cita. La coqueta es hermosa y amable, ha podido Filamir olvidarse un instante; ha hecho mal, pero lo conoce, lo siente y está arrepentido: esta culpa es la primera que se le puede echar en cara desde que os ama: ahora ya conoce lo que son las coquetas, y las desprecia de todo corazon: os tiene un amor verdadero y merece el perdon de su yerro.—

Jamás le alcanzará.—¿Y tendréis la locura de exígir de vuestro amante una fidelidad escrupulosa y perfecta?—Sí, tengo *esa locura*. El amor no puede subsistir sin una correspondencia perfecta.—Es cierto, y por lo mismo dura el amor tan poco. Es imposible que un hombre sea tan fino en su amor como una muger modesta y sensible; sin la indulgencia y un poco de credulidad, en breve se pierde al amante mas tierno.—Eso es decir que te parezco ridícula é impertinente.—Pero mucho.—¿No me tienes lástima?—Siento mucho el veros afligida; pero quando comparo mi situacion con la vuestra no me es posible teneros lástima...—La que quiere á un calavera, bien merece la desgracia que tú padeces...—Y la que quiere á un amante de veinte años debe padecer penas mas verdaderas que las que os hacen llorar...—¡Qué reflexíon tan injuriosa y dura!—Vos habeis empezado...—No lo díxe con intencion de ofenderte y díxe solo lo que pensaba...—Me habeis herido cruelmente...nunca lo olvidaré...—Ni yo dexaré de acordarme de la insensibilidad que me has mostrado...

do...

do...—Ni tenéis juicio ni razon en lo que decís...Ea basta, interrumpió Zeólida con despecho; déxame; yo esperaba de tí consuelos, y solo has servido de acrecentar mis penas; déxame ya. Levantóse Palmis con impaciencia y salió al punto del gabinete sin contextualarla. ¡En fin, exclamó la Princesa anegada en llanto, Filamir me hace traicion y Palmis ya no me ama!...todo lo pierdo á un tiempo!... ¿Pero qué digo? Me queda mi Madre, vamos á verla. Entonces Zeólida enjuga sus lágrimas y se encamina al quarto de su Madre.

Era Altemira la mejor y mas tierna de las Madres; Zeólida la manifestó su pecho, y la Reina sintió sus penas y tomó parte en su resentimiento. ¡Qué culpado le parecía sobre todo Filamir que había podido olvidar un solo instante á Zeólida!...Así son todos los hombres, decía á su Hija...Ah! si supieses todo lo que le he hecho decir á tu Padre!...Pero Filamir es mil veces mas inexcusable á mis ojos... ¡Oh Hija mia! la mayor injuria que pueden hacerme es afligirte...tus penas son las únicas que me es imposible tolerar con valor, ellas

y

y tus lágrimas despedazan mi corazón!...; Oh amada Madre mia! Encuentro en Vmd. todo el cariño que me manifestaba antes de venir á este Palacio. Vmd. es la única que no se ha mudado para mí!...—Sí, querida Zeólida; ninguna ilusión puede mezclarse con los sentimientos de la naturaleza: una buena Madre no puede ni exágerar su cariño, ni pintarle mas vivo y verdadero de lo que es en realidad. Penetrada Zeólida de agradecimiento al oír estas dulces expresiones se arrojó en los brazos de su Madre: las lágrimas corrieron sobre su pecho, y sus penas se mitigaron.

Muchos dias pasaron Madre é Hija encerradas solas en su quarto; consintieron por fin en ver al sabio y prudente Gelanor. El filósofo consiguió disponerlas á la indulgencia. La Reina volvió á ver á Fanor y Zeólida fue en persona á buscar á Palmis: las dos amigas se abrazaron tiernamente. No obstante nó pudo una explicacion hecha en el Palacio de la verdad disipar todas las nubes que habían obscurecido su amistad. Gelanor conduxo á Filamir á los pies de la Princesa: bien hubiera que-

querido esta poder asegurarle que olvidaba lo pasado; pero se vió obligada á decirle que le amaba algo menos y que conservaba algun resentimiento y desconfianza. Afligióse el Príncipe y no pudo ocultar su disgusto, y sin las reconvenciones y consejos de Gelanor los dos amantes hubieran reñido otra vez. No sucedió esta desgracia, pero no hubo medio de que reinase entre ellos una perfecta confianza.

Habiendo el Genio exáminado mui por menor á Aristeo conoció que si no era enteramente virtuoso; tenía á lo menos prendas mui estimables, hombría de bien y verdaderos sentimientos patrióticos: conoció en Crisal un cortesano lisonjero y ambicioso, pero vasallo fiel, y vió que Zoram tenía mas ridiculeces que vicios. Creedme, Señor, le dixo Gelanor, tratad á estos tres áulicos con indulgencia y no os confiéis de ellos ciegame-nte: haced que crean en adelante que el único medio de alcanzar vuestra confianza es el de manifestar rectitud y virtudes; con esto los mudareis en otros hombres. Quan-

do los Soberanos han pasado la primera edad, son hasta el fin de su reinado los verdaderos maestros de sus cortesanos : los Reyes son los que pervierten ó hacen virtuosos á sus vasallos.

En todo siguió Fanor los consejos del prudente anciano : volvió á su gracia á los tres que estaban retirados en un rincon del Palacio ; mas no por eso fue el trato mas libre y agradable ; al contrario nadie se atrevía á desplegar los labios por no decir alguna desvergüenza ; el que se veía precisado á romper aquel silencio violento lo hacía temblando , y no se decía cosa que no pareciese ó mala ó inoportuna. Todos maldecían y abominaban del Palacio , no hallando en él mas diversion que la de hablar con los recién llegados.

Una tarde Filamir , mas descontento de Zeólida y mas triste que de costumbre , fue á buscar á Gelanor para contarle su nueva pena. Nunca había estado el Príncipe en el quarto del anciano : hizo que se le enseñasen ; luego que llegó á la puerta la abre,

entra y ve á una hermosísima dama vestida de luto , y que sentada al lado del viejo con un libro en la mano leía en alta voz. Gelanor al ver al Príncipe manifestó alguna turbacion. Sorprehendido Filamir se acerca á la hermosa dama y la pregunta si ha llegado al Palacio aquel mismo dia ó el anterior. Señor , respondió la incógnita , estoi en él hace ya seis semanas...—¡Seis semanas y no he oido hablar de vos! sin duda habreis estado oculta , pues no podeis vivir ignorada á menos que no os escondais.—Mi situacion me obliga á huir de las gentes y mi inclinacion me hace buscar la soledad. A nadie veo mas que á Gelanor : le escucho , me instruyo y no apetezco otras diversiones... Basta Mirza , interrumpió el filósofo con aspereza , el Príncipe tiene que hablarme... No , no tengo prisa , dixo el Príncipe ; pues yo , respondió el astuto anciano , me alegraré saber al instante lo que quereis. Mirza , vete y déxanos solos. Entonces la amable Mirza dexa el libro sobre la mesa , hace una gran cortesía y se retira. ¡Qué hermosa es! exclamó



mó el Príncipe , ¡qué modestia! ¡qué gracia!...  
 ¿Mas por qué está de luto?—Porque es viu-  
 da...—¿Ha mucho que enviudó?—Un mes ha-  
 ce. Su marido llegó aquí mui malo y mu-  
 rió á los quince dias...—Apostaría yo á que  
 es tan discreta como hermosa...¿qué, no me  
 respondeis?—¿Y á qué vienen esas pregun-  
 tas?—Curiosidad, nada mas...—Motivo tenéis,  
 Señor, de temer la curiosidad , harto propia de  
 vuestra edad : acordaos hasta dónde puede  
 llevarnos...—Esta es mui inocente...decidme:  
 ¿tiene talento Mirza?—Muchísimo....—¿Con  
 que tiene todas las perfecciones!—Pero Se-  
 ñor , ¿habeis venido á hablarme de Mirza?—  
 Lo que tengo que deciros no es gran cosa...  
 Siempre lo mismo ; estoi mui descontento...  
 Zeólida no es conocida ; es insufrible y su  
 mal humor...un nada la altera y la irri-  
 ta...Siempre quejas y reconvenciones...estoi  
 aburrido...¿Qué mirar tiene Mirza tan dulce  
 y expresivo!...¿Es de genio alegre?...—Señor,  
 Señor : ¿qué os importa? Hablemos de la  
 Princesa. Desde que estoi aquí no he leido  
 en una alma mas noble , mas pura y sen-

sible que la suya...—Me alegrára saber si ha  
 querido á su marido...—¡Cómo! ¿De quién  
 hablais?—De Mirza.—En verdad , Señor , que  
 no sois digno de poseer el corazon de la mas  
 amable Princesa del universo...¡qué diferen-  
 cia tan grande entre vuestro amor y el que  
 os tiene Zeólida! En la multitud que hai aquí,  
 se hallan muchos jóvenes mui amables , pe-  
 ro Zeólida no tiene ojos sino para vos. Ella  
 sola cautiva la voluntad de todos. Conozco  
 tres Príncipes que mueren de amor por ella;  
 Zeólida es la única que lo ignora , ó á lo  
 menos nunca piensa en eso...— Tambien la  
 quiero yo sin medida ; y como estoi cierto  
 de que tendría zelos si yo volviese á ver á  
 Mirza , os prometo no volver á este quarto.  
 Gelanor alabó mucho esta resolucion y el  
 Príncipe la cumplió exâctamente.

Desde allí fue Filamir á ver á Pal-  
 mis con quien había tomado mucha amis-  
 tad. Palmis no pensaba con tanta finura co-  
 mo Zeólida , por consiguiente no era po-  
 sible que siempre aprobase á la Princesa,  
 y obligada á decir lo que pensaba quan-

do Filamir se quejaba de su amiga, no podía menos de convenir, mal de su grado, en que la Princesa era extremada en su amor y en sus enfados.

Estando, pues, Palmis y el Príncipe en conversacion, entró de improviso Zeólida, y los dos se turban. Parece que mi venida os incomoda, les dixo ella. Si Señora, respondió Palmis...—¿De qué estabais hablando?—Pero...—Responde; te lo mando...—Hablabamos de vos: el Príncipe se quejaba de vuestro mal genio...—¿Y tú qué le decías?—Que tenía razon, y que os vais haciendo inaguantable...—¡Con que así, le irritas mas contra mí! Aun quando yo fuese caprichosa é injusta: ¿es mi amiga quien debe decirlo? y mas con quien lo hace!—Olvidais, Señora, que estamos en el Palacio de la verdad. Si yo pudiese ocultar lo que pienso, pondría todos mis conatos en persuadir al Príncipe que quando os enfadais siempre tiene él la culpa.

No tuvo que responder á esto Zeólida: se enfadó, y no habló palabra. Filamir y Pal-

mis no se atrevían á decirle nada: en fundando la Princesa un suspiro, ¡en verdad, dixo, que sois una compañía muy agradable!...¿En qué pensais, Filamir?...—En Mirza...—¡Mirza!...¿Quién es Mirza?...—Una viuda joven y hermosa que he visto hoy por casualidad en el quarto de Gelanor.—Os habeis enamorado de ella; ya lo veo.—Solo de vos lo estoi, Zeólida.—Pero volveréis á ver á esa Mirza tan hermosa...—No por cierto; os sacrifico el gusto que tendría en hablar con ella...—¿Pues qué, juzgais que tengo zelos?—Es verdad...—Ah! no puedo aseguraros que tengo demasiada vanidad para ser zelosa...¡a pesar mio conocis toda mi flaqueza!...echó á llorar Zeólida al decir esto. ¡Siempre quejas! ¡Siempre llantos! exclamó Filamir...

Apenas lo hubo proferido quando conoció el efecto que debía producir semejante expresion en el corazon de la Princesa y se puso á sus pies. Colérica Zeólida le desvió de sí: sois, le dixo, inhumano. No me amais, no, ó á lo menos sois incapaz de

amar como yo amo...decid , si podeis , lo contrario...—Ah! si pudiese...—¿Con que ya confesais que no me amais?...—Oh Zeólida, no acabeis de desesperarme...No tengo una alma tan pura y sensible como la vuestra; pero os tengo todo el afecto de que soi capaz...—Ya entiendo...Solo me conservais alguna estimacion...—Si no he pronunciado el nombre de amor ha sido porque vos misma me lo habeis prohibido...—Sí , pero eso era antes de venir aquí...al pronunciar estas palabras se sonrojó y volvió el rostro para ocultar su confusion. Filamir sonriéndose y tomándola una mano se la besó tiernamente: Zeólida la retiró y le dixo : decidme por vida vuestra : ¿cómo es posible que no habiendo visto mas que una sola vez á esa *dama tan bella* deseais con tanto ardor volverla á ver?...—No lo deseo *con ardor*...—¿Pero no habeis dicho que *me sacrificariais* el gusto de hablar con ella?—Es cierto : si hubiese podido valerme de otra expresion no hubiera empleado esa.—¿Con que en fin no procurando ver á esa muger hareis un sacrificio?

ficio?—Sí : porque es amable y entendida : su trato me hubiera dado mucho gusto ; siento esta privacion , y no puedo menos de decir que vuestros zelos....—¡Mis zelos! interrumpió Zeólida airada : ¡qué expresion! ¡qué lenguaje!... ¡pero ojalá no fuera cierto! os he dexado conocer que estoi zelosa ; yo misma me riño este movimiento... ¡Si no estuviésemos en este funesto Palacio nunca lo hubierais sabido.

Algunos dias despues de esta conversacion , paseándose Filamir mui de mañana , como acostumbraba , vió venir ácia sí á la hermosa Mirza , al parecer mui sobresaltada. Acercóse al Príncipe , y llena de inquietud y timidez le dixo : ¡ah Señor , perdonad... me hallo en un conflicto... hace una hora que ando buscando una cartera que se me ha perdido : ¿os la habeis encontrado?—No Señora , y siento infinito esa pérdida al ver quanta afliccion os causa...—Es que en ella está mi secreto...—¡Vuestro secreto!—He cometido la imprudencia de escribir en ella algunos versos en que explico mis penas... pero no de-

bo decir mas : Adios , Señor ; si la casualidad hace que halleis mi cartera os suplico encarecidamente que me la volvais sin abrirla...— Así lo ofrezco ; mas por si tengo la fortuna de hallarla espero me digais donde podré veros.—Mañana volveré á este mismo sitio. Diciendo estas palabras se aparta de él, y volvió dos veces la cabeza para mirar al Príncipe que la seguía con los ojos, y que suspiró quando la perdió de vista.

Empezó Filamir á buscar la cartera : registró todo el jardin , pero fue en vano ; al medio dia se encaminó ácia Palacio, y á la entrada encontró á Crisal , Aristeo y Zoram, que estaban en conversacion. Admirado de verlos tan unidos se acercó á ellos y les dió el parabien de la buena harmonía que reinaba entre ellos. ¡Ah Señor, exclamó Crisal, nuestro comun riesgo es el que nos hace tan amigos!—¿Pues cómo? No podiamos estar en mayor peligro aunque hubiésemos sido traidores al Estado... no hai medio de librarnos; somos perdidos sin recurso.—Explicate.—El Genio quiere juntarnos esta tarde para leer-

nos un drama que ha compuesto.—Quizás será bueno...—Nuestra desgracia pende en que es detestable ; habrá seis meses que le oimos, y entonces hicimos creer á Fanor que era una obra maestra.—Ahora comprehendo vuestra pena. Sin duda intenta el Genio probaos y ver si le engañasteis.—Nada de eso: lo peor del caso es que tiene una entera confianza ; juzga que le hemos adulado en todo menos en esto.—¿Pues qué causa le mueve á leeros una obra que ya habeis oido?—Ha mudado varias escenas, y además acaban de llegar dos famosos literatos y grandes poetas, y para admirarlos y confundirlos intenta leerles su drama.—Y bien, ocupado en exáminar á los literatos no os preguntará nada.—Es verdad ; pero es menester reír y llorar en esa maldita comedia : ¿y cómo hemos de hacerlo? al instante se conoce en este Palacio si las lágrimas son verdaderas.—¿Y creéis que no sea facil el engañar á un Autor? En efecto , añadió Aristeo, no puede haber encanto tan poderoso que impida á un Autor el creer que son ciertas las alabanzas

y aprobaciones que se dan á sus obras , sea por razon de buena crianza ó por adulacion. Confianza , amigos míos , no hai que temer; callaremos si nos es posible , y espero que el Genio no sabrá leer en nuestros semblantes. Además , añadió Filamir , que toda su atencion la empleará en los Autores recién venidos : toda su cólera caerá sobre ellos , que hablarán sin desconfianza , pues creo que no estarán informados de la virtud del Palacio.—No Señor , y para que no la sepan los han puesto en quartos separados de los demás huéspedes.—¿Han venido juntos?—No Señor ; y ya se sabe que son contrarios , y por lo mismo los han puesto en distintos quartos.

No había acabado de decir Crisal estas palabras quando vieron que venía á ellos el Genio. ¿Apostaré , les dixo , que estabais hablando de mi drama? Si Señor , dixo temblando Zoram. Bien sé , prosiguió Fanor , que no hablariais mal de él. Me acordaré toda mi vida de la situacion en que os vi quando le leí ; pero hoi os encantará mucho mas : he

mudado algunas cosas y ha quedado sublime. Me parece que los dos literatos se han de quedar espantados... Como no conocen la virtud del Palacio hablarán con toda libertad ; ya vereis la envidia y admiracion que manifiestan. ¿Qué os parece?—A decir verdad ningún Autor , Señor , puede envidiaros...—A causa de mi nacimiento : ¿no es eso? pues os aseguro que eso no importa nada. Habrá un año que leí mi drama á un hombre mui habil , pero que tambien compone ; no pudo disimular su envidia : me alabó con tibieza de mala gana y lleno de turbacion : me movió á compasion el ver lo que estaba padeciendo. ¡Vaya que es estraña cosa el amor propio de semejantes Autores!... Por lo que á mí toca , me hago justicia y no me engaño , no : varias veces en el discurso de mis dias me habrán engañado , pero en este punto jamás : ¿y por qué? porque eso es imposible.

Estas razones y esta confianza hacian estremecer á los tres cortesanos. Se entraron todos finalmente en el Palacio , y despues de

comer Fanor hizo avisar á Learco y Tarsis (que así se llamaban los dos literatos) que estaba pronto á recibirlos. Learco vino el primero; Fanor le hizo algunas preguntas acerca de Tarsis. Le aborrezco, dixo Learco; no obstante el principio de mi odio me obliga á disimular sagazmente; quiero parecer equitativo: le infamo en secreto y le alabo en público, pero de un modo artificioso: no es mi intencion hacerle justicia, solamente quiero persuadir que no se la niego del todo. Acercándose entonces el Genio al oido de Crisal le dixo: ya lo estás oyendo, mira el efecto de la envidia de que hablaba poco ha: ahí verás si conozco bien el corazon humano.

A este tiempo entró Tarsis, y Fanor, despues de un rato de conversacion, despliega su manuscrito, los dos Autores se sientan enfrente de él, los cortesanos y Filamir á sus lados, y entonces les dice: antes de empezar la lectura, bueno será preveniros que esta obrita es una obra maestra. Sí, dixo Learco, así se acostumbra; nunca se comienza una lectura sin decir antes un equivalente de esa fra-

frase. Por lo demás, Señor, bien podeis estar seguro de que no diremos una palabra conforme á lo que pensemos y que os llenaremos de elogios. Esta respuesta dexó á Tarsis confundido; no concebía que Learco hablase con tanto atrevimiento é indiscrecion. El Genio se sonrió; sí, le dixo, cuento del todo con vuestra sinceridad, y en efecto estoi seguro de que tendreis que alabar por fuerza esta obra. Sabed, pues, que debeis llorar mucho en el primero y segundo acto, reventar de risa en el tercero y quarto, y admirar el quinto: por lo demás, el estilo de esta pieza es correcto, fácil y puro, los caracteres naturales y bien sostenidos, la trama hecha con mucho arte y el desenlace admirable. Esto si que es hablar con claridad, exclamó Tarsis; por lo comun se piensa y á veces se dice todo eso, pero de un modo ambiguo y enredado. Mas quiero la especie de orgullo que vos, Señor, manifestais; á lo menos es propio para un caracter de comedia, y podría hacer amar la modestia. Es verdad, respondió Fanor, que quando estoi en mi Palacio no pue-

puedo menos de hablar como pienso: ya conozco que estrañareis mis razones, pero ahora se verá que no exágero quando me alabo á mí propio; dice, y al punto comienza su lectura.

Como era preciso llorar durante los dos primeros actos, apenas habian oido veinte versos quando los áulicos sacaron sus pañuelos tapándose la cara con ellos. El Genio se detenía é interrumpía casi á cada verso: notad, les decía, que esto es mui profundo, este pensamiento es nuevo...esta reflexion filosófica; hablaba tanto y se alababa de manera, que los oyentes no podían decir una sola palabra. Los dos Autores se esforzaban para manifestarse mui atentos, y aprobando la industria de los cortesanos, hicieron lo mismo cubriéndose los rostros con sus pañuelos. Fanor no cabía en sí de gozo al ver tremolar todos los pañuelos; quando llegó al tercer acto, vaya, les dixo, enjugad vuestras lágrimas: ahora voi á divertirlos.

Entonces fue menester reir, y Fanor dió el exemplo. ¡Qué gracioso es esto!...¡Qué sal,  
qué

qué agudeza he puesto en este paso! exclamaba á cada instante; hai tal qual cosa algo libre y algunos equívocos no mui decentes; pero son del gusto de nuestro siglo, y sin ellos no se puede hacer reir á nadie. Es mui difícil conciliar la decencia y la alegría; yo no tengo otro fin que el de gustar y que me alaben: por tanto me paro poco en la moral y buenas costumbres, y las sacrifico sin escrúpulo siempre que se me presenta un dicho gracioso ó puedo hacer una pintura gustosa. Eso es mui natural, dixo Learco; lo mismo hacemos nosotros; no obstante es menester siquiera por el bien parecer, poner en sus producciones (por mas licenciosas que sean) unas quantas frases sentenciosa, y morales. Despues de una pintura mui libre y mui indecente, da gusto encontrar un elogio de la virtud: la misma disparidad hace que guste mas...No hai duda, interrumpió Fanor, ya vereis que conozco este primor del arte: doi fin á mi drama con quatro versos que hacen saber á los espectadores que me he propuesto *un fin moral*, y puedo aseguraros, sin  
que

que sea vanidad, que no he tenido mas fin que el de ostentar un talento superior y hacérselo creer á los que oigan mi pieza. Vamos ahora al quarto acto. ¿Señor, preguntó Tarsis, tendremos que reir todavía?—Muchos; pero silencio, escuchad:

En las tres escenas con que finalizaba el acto, Learco y Tarsis probaron varias veces á reir, y el Genio inclinándose ácia Zoram le dixo en voz baxa: ¿no reparas de qué mala gana rien? ¡La envidia se los come! Mas me agrada eso que quantos elogios podrían darme, porque mi amor propio es mui fino. Luego que se acabó la lectura, el Genio se levantó estregándose las manos: ahora, dixo riendo, estos Señores se explicarán, y veremos lo que sienten en su alma. Señor, dixo Learco, estoi fuera de mí de miedo; y yo tambien, añadió Tarsis. Ya, ya me lo pensaba yo, dixo Fanor maliciosamente...—Señor, es tan difícil poderos alabar...—Eso es decirme que os faltan expresiones; ya ese es un elogio que vale por otro...—No he visto, Señor, cosa mas loca ni disparatada...—Que mi ter-

cero y quarto acto ¿no es verdad? y en efecto no exâgeraba quando os dixe que os parecería eso mismo. Crisal, prosiguió el Genio, confiesa que es gran cosa oirse decir todo esto en este Palacio! Y tú, Tarsis, no dices nada?...—Señor, si fuese por envidia...? Y bien, exclamó el Genio transportado de alegría, y bien Zoram, no te lo había yo dicho? Ya le oyes! está comiéndose de envidia. Pero no quiero abusar mas tiempo de la necesidad en que estos pobres se hallan de que leamos en sus corazones; estoi satisfecho y no es justo humillar sin necesidad á nuestros semejantes.

Despues de esta reflexion despidió á los dos literatos. Luego que se fueron el Genio continuó hablando con los cortesanos sin hacerles pregunta ninguna, porque no tenía la menor duda: solo les habló de su gloria y de la satisfaccion que acababa de tener. Finalmente los áulicos salieron libres á costa de un buen susto, y luego que se retiró Fanor: ¿Tenía yo razon, dixo Aristeo, en esperar que escaparíamos de este riesgo? Todas las ilusio-



nes cesan aquí, pero el orgullo es el mas poderoso de todos los encantadores: en efecto no puede compararse aun ni la ceguedad del amor con la de un Autor que se ha dexado corromper de la lisonja y de la vanidad.

Al amanecer del día siguiente se encaminó Filamir al sitio en donde había visto á Mirza; no la halló y entretanto se paseó. Al cabo de un quarto de hora vió entre la yerba una hoja de papel escrita de letra de muger; ¡quál se quedó al leer unos versos amorosos, en los cuales hablaba Mirza y expresaba todo el amor que le tenía!... ¡Oh desgraciada y demasidamente amable Mirza, exclama el Príncipe; esta es sin duda una de las hojas de su cartera!... El viento la habrá arancado... ¡Ai de mi! ¡Este es el secreto que Mirza quería ocultarme!... ¡Oh, y qué peligro es para mí haberle sabido!...

A este tiempo descubre á Mirza y vuela ácia ella... ¡Ah, Señor, dixo Mirza; acabo de encontrar mi cartera... pero la falta una hoja... ¡Oh Dios, qué veo!... ¿No es la que teneis en las manos?... ¿La habeis leído?... Desventu-

rada Mirza! ya han llegado tus males á su colmo!... Al decir estas palabras se dexa caer en el suelo y parece que va á desmayarse. Penetrado el Príncipe y fuera de sí, pone una rodilla en el suelo: ¡oh Mirza, exclama con voz interrumpida, en qué horrorosa turbacion me habeis puesto!... Es posible!... ¿Me amais?... — ¡Ah cruel! puesto que habeis leído ese papel, ya no puede mi silencio ocultaros mi debilidad... Sí, os adoro... ¡Ai de mi! Solo vos me habeis inspirado la mas violenta, la mas tirana de todas las pasiones; no podré vencerla, lo conozco: este amor me acompañará al sepulcro, ó mas bien me precipitará en él. No puedo ser vuestra; habeis entregado á otra vuestro corazon, sabeis mi secreto y no me queda mas consuelo que morir!... — ¡Morir, oh Cielos!... ¿quién? ¿yo?... ¿yo sería causa de vuestra muerte?... Antes... ¡oh Mirza! ¿podreis comprehender todo el horror de mi situacion?... próximo á unirme con el vínculo mas sagrado... — Demasiado lo sé!... á ser posible que quisieseis romperle, yo no lo consentiría: Zeólida es digna de haceros feliz; el amor

no me puede hacer injusta: Gelanor me ha hablado varias veces de la Princesa; yo le escuchaba gustosa: no atreviéndome á alabaros me complacían los elogios del objeto que amais; Zeólida os ama: ¿cómo he de poder aborrecerla?...—¡Qué heroicidad!...¿Qué no aborreceis á vuestra rival?...—Sin ella, no podríais ser feliz: daría mi vida, si fuese preciso, por salvar la suya...—¡Ah Mirza! ¡qué admiracion me causais!...—Adios Señor!...ya habeis leido en mi alma, y no puedo dexar de deciros (y acordaos que es en el Palacio de la Verdad) que os amaré hasta mi último suspiro, y que reinareis para siempre en un corazon tan virtuoso, tan puro como noble y sensible: incapaz de ambicion ni de zelos, hubiera podido haceros feliz, si...Adios amado Príncipe, Adios!...—Ah! ya no puedo resistir...¡Adorable Mirza!...¿qué, pensais en abandonar este Palacio?...sé que vuestros tres meses se han cumplido...¡y yo tengo que estar aquí todavía tres semanas!...—Al punto huiría si Gelanor no estuviese enfermo; mi asistencia le es precisa, eso me detiene...Pero exíjo

de vos que no ireis á ver á Gelanor, y os pido tambien que no digais á nadie el secreto que me habeis arrancado. No se puede mentir aquí; pero se puede callar y no responder. Adios Señor...¡por la última vez!...Al decir estas palabras se aparta precipitadamente: quiere el Príncipe detenerla, pero Mirza con imperio y magestad le manda que no la siga, y Filamir la obedece gimiendo.

La admiracion, la lástima, la belleza y entendimiento de Mirza hacían una guerra cruel en el corazon de Filamir á la fidelidad que debía á Zeólida: además, su amor propio contribuía no poco al verse tan satisfecho. Inspirar un amor tan violento á una persona tan virtuosa y heróica le parecía á Filamir un triunfo tan dulce como glorioso. El amor iba á matar á la bella y sublime Mirza, no lo dudaba el Príncipe, y Zeólida podría consolarse...Esta reflexiön se presentaba á menudo en su imaginacion, y con todo amaba á Zeólida. Confesaba que la Princesa era mui inferior á su rival, y al mismo tiempo hallaba en ella un encanto indefinible que Mirza

no tenía. Zeólida le atraía, se gravaba en su corazón; Mirza le deslumbraba y le tornaba el juicio, pero era muy superior á él; en fin no sentía al pensar en su amor la dulzura que llenaba su alma quando se acordaba del de Zeólida. No obstante, no queriendo descubrir el secreto de Mirza, huía de Zeólida con cuidado. Zeólida echó de ver que Filamir temía estar á solas con ella; la razón y la vanidad la determinaron á no buscar á un amante que huía de ella. Despues de tantas pesadumbres, inquietudes, tormentos y combates empezaba Zeólida á padecer menos: había perdido demasiadas ilusiones para que el amor no estuviese ya casi apagado en su pecho.

Pasaron en fin aquellas tres semanas y Filamir vió el dia en que se había de marchar del Palacio de la Verdad. En tanto que la Princesa se despertaba quiso ir, por la última vez, al sitio en el qual había hablado á Mirza, y la había escrito pidiéndola encarecidamente se hallase en él. No se atrevía á esperar que la virtuosa Mirza consintiese en admi-

mitir su despedida: ¡quál fue su gozo quando de improviso la vió llegar! Mirza manifestó mucha sorpresa al verle; quiso huir, Filamir la detuvo. Señor, le dixo, yo creía que habíais marchado ya de aquí y volvía á este sitio demasiado grato á mi alma...—¿Pues qué no habeis recibido mi carta?...—No Señor...—Sintió mucho Filamir no deber sino á la casualidad la ventura de volverla á ver; la dixo todo lo que el agradecimiento mas tierno puede inspirar á un corazón sensible. Mirza lloró y manifestó unos sentimientos tan heróicos, y al mismo tiempo tan amorosos que el Príncipe enagenado se arrojó á sus pies y no pudo explicar su admiración sino con sus lágrimas!...En aquel instante oye un ruido en las hojas, vuelve la cabeza...¿Quién podrá decir el espanto que sintió al ver á su lado á Zeólida?...La Princesa inmóvil de dolor y asombro enmudece; Filamir confundido no se atreve á hablar: Mirza toma la palabra, y hablando con la Princesa la refiere toda su historia. Ya veis, Señora, prosiguió, que no tengo nada de culpa, ni temo que

mi misma rival pueda leer en mi alma: no solo no os aborrezco, sino que siento vivamente todo lo que debéis padecer en este instante; tanto me hacen padecer vuestros males como los míos propios. Filamir siente perderme, esto no podemos ocultaroslo; pero os ama, y si intentase faltar á la palabra que os ha dado, yo, yo misma se lo estorvaría. Voi á dexarle, no le volveré á ver... este esfuerzo me costará la vida...; pero mi honor y fama es antes que todo y antes que mi amor!...¿Pues cómo es posible, dixo Zeólida, que una pasión que la razón desaprueba pueda tener tanto dominio en un pecho como el vuestro?...Adios Filamir, prosiguió la Princesa, os vuelvo la libertad y recobro al fin la mía; renunciando á vos renuncio para siempre al himeneo...; Adios y plegue al Cielo haceros feliz!

Deteneos Zeólida, exclamó Filamir fuera de acuerdo. Andad Señor, le dixo Mirza con voz debil, id á detenerla; abandonad á la desventurada Mirza: ¡mi rival no os ama ya y vos la adorais!...Ah! si me fuese posible der-

derramando toda mi sangre volveros su corazón ya que no podeis vivir sin ella!—¡Oh Mirza! ¡qué heroismo!...Sí, vos sola mereceis...; Pero Zeólida!...¡Ni yo mismo puedo comprehender lo que pasa en mi alma...—¡Ah cruel! ¿cómo podeis dudar entre una muger que ha dexado de amaros y la tierna y desgraciada Mirza?...Si ahora, que la esperanza había nacido en mi corazón, me abandonais, me vereis morir aquí de dolor...; Pero qué he dicho?...¡Oh Cielos! me avergüenzo!...Ah! no me es posible ocultaros mis pensamientos mas recónditos; dexadme que huya...—No, no seré tan inhumano que dexé en los brazos de la muerte á la Persona mas virtuosa y amable...; Gran Dios, qué escucho! replicó Mirza; si quereis que viva me prometéis, no hai duda, vuestra mano...La respuesta del Príncipe fue un diluvio de lágrimas. Ea, pues, amado Filamir, añadió ella vivamente, salgamos de este Palacio, apresurémonos, no perdamos tiempo...

Hablando así, Mirza arrebatada de gozo apresura el paso y lleva consigo al Príncipe

que vertía dos arroyos de lágrimas. Ya estaban cerca de las puertas del Palacio, quando de improviso se les presenta el venerable Gelanor. Al verle Mirza, se estremece: Ah Príncipe, dixo, huyamos; no queráis escuchar á ese cadúco... Deteneos, les gritó el filósofo, deteneos; en vano es vuestra fuga, las puertas están cerradas. Al oír Mirza estas terribles palabras, pierde el color, y sus piernas trémulas no pueden mantenerla: Gelanor se acerca y agarrándola del brazo la dice: vuélveme, pérfida, el talismán que yo te había fiado, ó sino te denuncio y te entrego á la venganza de Fanor. No había remedio; sacó Mirza de la faldriquera una caja de cristal y se la dió á Gelanor: entonces este, volviéndose á Filamir: escuchad ahora, Señor, le dice á esta muger por quien habeis dexado á Zeólida; habla, Mirza, prosiguió el anciano, habla, yo te lo mandó. Digo, respondió Mirza, que no tenía yo mas que la apariencia de virtuosa: la ambicion y la vanidad me han inspirado el deseo de seducir á este Príncipe debil y crédulo. Ya basta, dixo Gelanor, Mirza ya estás libre.

Hu-

Huye Mirza, y Filamir levantando los ojos al Cielo exclama: ¡oh Zeólida!... ¡Desventurado de mí, qué he hecho!... ¿pero cómo podía yo resistir á una compasion tan natural?—¿Sabeis, Señor, lo que la hacía tan fuerte y viva? vuestro orgullo. Si hubieseis tenido menos vanidad hubierais podido pensar, que si el amor es dolencia peligrosa, á lo menos no es mortal. Hubierais conocido asimismo que la compasion no debe hacer quebrantar una promesa solemne...—Ah Gelanor, ¿qué haré?... Aconsejadme; sed mi protector, sed mi guia.—No me parece que el mal es sin remedio. Ya Fanor sabe todo el caso: ahora mismo está con la Princesa para mitigar su enojo y persuadirla que os conceda un perdón generoso. Luego que lo haya conseguido os enviará á buscar...—Entre tanto, deseo me digais como el talismán que Fanor había regalado á la hermosa Azelia estaba en poder de la artificiosa Mirza.—En pocas palabras os lo diré.

Quando Azelia se fue de aquí, al despedirse de mí pidió á Nádír el talismán y me

me le dió diciendo: Gelanor, yo os le entrego, pero con la condicion de que nunca se le habeis de volver á Fanor, y que solo se le prestareis á mugeres, siempre que su virtud pueda librarlas de algun grave riesgo. Esto me dixo la amable Azelia. Tomé el talismán y me he conformado con las miras benéficas de Azelia. ¡Quántas mugeres, en los diez y ocho años que han pasado desde entonces, se han preservado por él de la indignacion de sus maridos! Aquella á quien yo le entregaba guardaba el secreto exáctamente, por su propio interés, y antes de salir del Palacio me le volvía. De este modo ha pasado de muger en muger, y hasta hoi ningun hombre ha sabido este secreto.

En fin, habrá quatro meses que paseándome por los jardines encontré á una hermosa dama que lloraba amargamente; era Mirza. Supe de ella que habiendo llegado aquella mañana, acababa de saber por casualidad la virtud del Palacio: tengo un marido, prosiguió, que está con una enfermedad mortal; pocos dias le quedan de vida: ha si-

sido feliz conmigo, pero le he engañado; si me hace preguntas, sus últimos instantes serán crueles, y quizás querrá vengarse antes de morir... Disipé los temores de la bella Mirza, fiándola el talismán; á poco tiempo murió su marido entre sus brazos, dando mil gracias al Cielo que le había dado por compañera á la mas virtuosa de todas las mugeres. Ya viuda me suplicó Mirza la dexase el talismán todo el tiempo que tenía que estar aquí, para conservar su reputacion, que una pregunta indiscreta podía quitarla si no tenía aquel precioso preservativo.

Manifestó cobrarme cariño; era amable y entendida; su compañía no dexaba de gustarme; no obstante, conocí quan peligrosa podía ser para otro qualquiera, puesto que con tanta hermosura y talento tenía la posibilidad de ocultar sus pensamientos, por tanto la exígi que viviese retirada, y quando llegasteis la mandé que no saliese de su quarto: como yo era dueño de su secreto me temía y tenía que obedecerme. A esta sazón caí enfermo, y Mirza con el pretexto de asis-

tirme dilató su partida. Ayer la ví sobresaltada; tuve algunas sospechas, pero callé. Habíame mandado el Médico estar algunos dias en cama y Mirza lo sabía; pero esta mañana me vestí y ví á la Princesa, que me refirió todo lo que había pasado. Al punto fui á prevenir al Genio que ha hecho cerrar las puertas del Palacio. La Princesa ignora la perfidia de Mirza: he convenido con Fanor que no la hablaría del talismán, á fin de que vos, si quereis, podais serviros de él para volver á ganar el corazon de la Princesa.

Al acabar esta narracion, el filósofo entregó á Filamir la caja de cristal. A este tiempo llegó un criado de parte del Genio á buscar á Filamir, el qual temeroso é inquieto fue volando al quarto de la Princesa. Luego que la vió se precipitó á sus pies, la descubrió el engaño de Mirza, la enseñó el talismán y dexándole sobre una mesa prosiguió: me era fácil, ocultandoos lo que he dicho y guardando ese talismán, persuadiros que no he seguido á Mirza, y que he resistido á todas sus artes seductoras; pero aunque no pueda

renunciar á vuestra mano sin perder para siempre mi felicidad, quiero aun mas perderos que engañaros. Sí, confieso que he sido seducido, que me he visto arrastrado de un ciego impulso. ¡Oh Zeólida! ya no me inspirais aquel amor ciego, aquella pasion impetuosa que sentía antes de venir aquí, pero os amo como os amaré toda mi vida: sin vos no puedo ser feliz, y vos sola podeis hacerme venturoso.

Al oir estas palabras la amable Zeólida alargó una mano á Filamir, que la estrechó entre las suyas con el mayor afecto. Los sentimientos que me mostrais, le dixo, bastan á mi felicidad; si este Palacio no destruyese mas que las ilusiones del amor, no me arrepintiera de haber querido habitarle; pero el aire que en él se respira es nocivo aun á la amistad. Vamos, Filamir, vamos; dexemos para siempre esta peligrosa morada. Diciendo esto, se levanta, Filamir la sigue; los dos amantes van á juntarse con el Genio y la Reina y salen del Palacio.

Pero apenas estaba toda la comitiva fue-

ra del triste Palacio de la Verdad , quando advirtieron con indecible asombro que las paredes de cristal se iban oscureciendo , hasta que perdiendo su transparencia se convirtieron en pórfido y marmol de una blancura hermosísima. Entonces se apareció el Rei de los Genios , y dirigiendo sus palabras á los dos amantes : ya está el encanto destruido , les dixo ; podeis volver á habitar ese nuevo Palacio , en el qual hallareis todas las ilusiones precisas para la felicidad. Pero que la memoria del Palacio de la Verdad os sirva de preservaros de las desconfianzas injuriosas , y os enseñe á reprimir los impulsos de una indiscreta curiosidad ; no olvideis finalmente , que la confianza en el trato y la amable indulgencia son los vínculos mas dulces para unir los corazones.

FIN DEL TOMO TERCERO.



